

# Los Seis Signos De la Luz

BRUJAVERDE

SUSAN COOPER

Lectulandia

Tras la noticia del robo del Grial del Museo Británico, Will Stanton se reúne con Merriman y sus tres sobrinos, en Cornualles. Y es que Will no es un chico corriente: es el último superviviente de un grupo de guerreros inmortales que durante siglos han dedicado sus vidas a proteger el Bien frente a las fuerzas del Mal. Recuperar el Grial dependerá, de un ritual de primavera que celebran cada año en el pueblo: las mujeres se reúnen una noche para confeccionar una gran bruja verde con hojas y ramas, que arrojan al mar para pedir buena cosecha y pesca. Jane, testigo ese año de la ceremonia, podrá comprobar qué se esconde detrás de la escalofriante Brujaverde...

Lectulandia

Susan Cooper

# Brujaverde

Los seis signos de la luz - 3

ePub r1.1

OZN 09.06.14

Título original: *Greenwitch*  
Susan Cooper, 1974  
Traducción: Cruz Rodríguez Juiz  
Ilustraciones: Julie Dillon  
Diseño de cubierta: OZN

Editor digital: OZN  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Cuando se alce la Oscuridad, seis la harán retroceder;  
Cuando se alce la Oscuridad, seis la harán retroceder;  
Tres del círculo, tres del camino;  
Madera, bronce, hierro; agua, hierro, piedra;  
Cinco regresarán y uno seguirá solo.  
Hierro para el aniversario, bronce para el camino;  
Madera para la hoguera, piedra de canción;  
Fuego en el círculo de velas, agua del deshielo;  
Seis Señales, el círculo y el grial primero.  
El fuego de la montaña encontrará el arpa de oro;  
Tañida para despertar a los Durmientes, los más antiguos entre los  
antiguos;  
Poder de la bruja verde, perdida en el fondo del mar;  
Al final hallará la luz, la plata sobre el árbol.*

# Capítulo 1

Sólo un periódico contó la historia con todo lujo de detalles: **ROBAN UN TESORO DEL MUSEO.**

Varias obras de arte celta fueron robadas ayer del Museo Británico, una de ellas por un valor superior a 50000 libras esterlinas. La policía afirma que el robo es el resultado de un plan minucioso y, de momento, desconcertante. No se disparó ninguna alarma antirrobo, las vitrinas que las protegían quedaron intactas y no se han encontrado señales de cómo entraron los ladrones.

Entre los objetos desaparecidos hay un cáliz de oro, tres broches con piedras preciosas y una hebilla de bronce. El cáliz, conocido como el Grial de Trewissick, había sido adquirido por el museo el verano pasado, después de su espectacular descubrimiento en una cueva de Cornualles por parte de tres niños. Había sido valorado en 50000 libras esterlinas, pero un portavoz del museo dijo anoche que su verdadero valor es «incalculable», debido a las extraordinarias inscripciones de los costados, que ningún estudioso ha sido capaz de descifrar todavía.

El portavoz añadió que el museo ruega a los ladrones que no causen ningún daño al cáliz y ofrece una cuantiosa recompensa por su devolución. «El grial es un documento histórico extraordinario, sin precedentes en el campo de los estudios celtas —ha dicho—, y su importancia para los especialistas excede en gran medida su valor intrínseco».

Lord Clare, miembro del Consejo de Administración del Museo Británico, afirmó anoche que el cáliz...

—Va, deja ya ese periódico, Barney —dijo Simon con tono irritado—. Lo has leído por lo menos cincuenta veces. Y de todos modos, de qué te va a servir.

—Nunca se sabe —dijo su hermano menor. Dobló el periódico y se lo embutió en el bolsillo—. Puede haber alguna pista escondida.

—No hay nada escondido —dijo Jane con tristeza—. Todo es muy evidente.

Los tres formaban una hilera afligida sobre el suelo reluciente de la galería del museo, delante de una vitrina central más alta que las filas de vitrinas idénticas que había alrededor.

Salvo por un pedestal de madera negra sobre el cual resultaba evidente que había descansado algún objeto en exposición, la vitrina estaba vacía. Sobre la madera, en una placa cuadrada de color plateado, se leía la siguiente inscripción: «Cáliz de oro de origen celta desconocido, probablemente, del siglo VI. Hallado en Trewissick, sur de Cornualles, y donado por Simon, Jane y Barnabas Drew».

—Con lo que nos costó encontrarlo... —dijo Simon—. Y ahora, sencillamente, entran y se lo llevan. Ya sabía yo que esto podía pasar.

—Lo peor es no poder decirle a nadie quién lo ha hecho —se quejó Barney.

—Podríamos intentarlo —sugirió Jane.

Simon la miró con la cabeza ladeada.

—Por favor, señor, nosotros sabemos quién se ha llevado el grial a la luz del día y sin reventar ninguna cerradura. Fueron los poderes de la Oscuridad.

—Anda, hijo —continuó Barney—, vete con tus cuentos de hadas a otra parte.

—Supongo que tenéis razón —concedió Jane. Se estiró distraídamente la cola de caballo—. Pero si han sido los mismos, al menos alguien podría haberlos visto. Aquel horrible señor Hastings...

—Ni lo sueñes. Hastings cambia, lo dijo el tío abuelo Merry. ¿No te acuerdas? No tendría el mismo nombre ni la misma cara. Puede ser una persona diferente en cada ocasión.

—Me pregunto si el tío abuelo Merry sabe lo que ha pasado —dijo Barney con la vista puesta en la vitrina y el pequeño pedestal, negro y solitario, que contenía.

Dos ancianas con sombrero se les acercaron por detrás. Una llevaba un tiesto amarillo y la otra una pirámide de flores color rosa.

—El guarda dijo que se lo llevaron de aquí —le dijo una a la otra—. ¡Imagínate! Las otras vitrinas están por allí.

—Vamos, vamos —dijo la otra con fruición y ambas siguieron adelante. Barney las observó con la mente ausente mientras las pisadas de las ancianas se alejaban resonando por la galería. Se detuvieron frente a una vitrina sobre la que se inclinaba una figura de piernas largas. Barney se puso tenso y fijó la vista en aquella figura.

—Tenemos que hacer algo —dijo Simon—. Lo que sea.

—Pero ¿por dónde empezamos? —preguntó Jane.

La figura larguirucha se enderezó para que las ancianas con sombrero pudieran aproximarse a la vitrina. Cuando inclinó cortésmente la cabeza para saludarlas, la luz se reflejó en su mata de pelo blanco y desaliñado.

—No sé cómo iba a saberlo el tío abuelo Merry —continuó Simon— si ni siquiera está en Gran Bretaña, ¿no? Piensa estar fuera de Oxford todo un año... sab... Bueno, eso.

—Sabático —acabó Jane—. En Atenas. Y ni siquiera mandó una postal por Navidad.

Barney contuvo el aliento. En el otro extremo de la galería, mientras las ancianas amantes de los delitos seguían su camino, el hombre alto y de pelo canoso se volvió hacia una ventana dejando al descubierto su inconfundible perfil: nariz picuda y ojos hundidos.

—¡Gumerry! —gritó Barney.

Simon y Jane lo siguieron todavía sorprendidos mientras Barney avanzaba a patinazos por el suelo.

—¡Tío abuelo Merry!

—Buenos días —dijo afablemente el hombre alto.

—¡Pero mamá dijo que estabas en Grecia!

—Regresé.

—¿Ya sabías que alguien iba a robar el grial? —le preguntó Jane.

Su tío abuelo enarcó una de las cejas hirsutas y blancas pero no dijo nada.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó sencillamente Barney.

—Recuperarlo —contestó el tío abuelo Merry.

—Supongo que han sido ellos, ¿verdad? —dijo Simon con timidez—. Los del otro bando, ¿no? ¿La Oscuridad?

—Por supuesto.

—¿Por qué se llevaron todo lo demás? ¿Los broches y esas cosas?

—Para disimular —contestó Jane.

—Y lo han conseguido —asintió el tío abuelo Merry—. Se han llevado las piezas más valiosas. La policía creerá que sólo les interesaba el oro. —Miró las vitrinas vacías, luego levantó la mirada y los tres niños sintieron la tentación de quedarse con la vista fija en los ojos negros y penetrantes de aquel hombre, que escondían una llama fría inextinguible—. Pero yo sé que solamente querían el grial, como ayuda para algún otro plan. Sé lo que intentan hacer y sé que hay que detenerlos cueste lo que cueste. Me temo que vosotros tres, puesto que encontrasteis el grial, tendréis que volver a ayudarme... mucho antes de lo que esperaba.

—¿En serio? —dijo Jane lentamente.

—Genial —añadió Simon.

—¿Por qué se han llevado el grial justo ahora? —preguntó Barney—. ¿Significa que han encontrado el manuscrito perdido, el que explica el mensaje cifrado que hay grabado en los costados?

—No —contestó el tío abuelo Merry—. Todavía no.

—Entonces, ¿por qué?

—No puedo explicarlo, Barney. —Se metió las manos en los bolsillos y encogió los hombros huesudos—. Este asunto está relacionado con Trewissick y, desde luego, con el manuscrito. Pero también forma parte de algo mucho mayor, algo que no puedo explicar. Solamente puedo pedirlos que confiéis en mí, como ya hicisteis en otra ocasión, en otro instante de la larga batalla que libran la Luz y la Oscuridad. También os pido ayuda, si estáis seguros de que os sentís capaces de ayudarme sin comprender plenamente dónde os habéis metido.

—Muy bien —dijo Barney con calma, retirándose el flequillo pajizo de los ojos.

—Por supuesto que queremos ayudarte —contestó Simon, entusiasmado.

Jane no dijo nada. Su tío abuelo le tocó con el dedo bajo la barbilla y le levantó la cabeza para mirarla a los ojos.

—Jane —le dijo con suavidad—. No hay ninguna razón para que ninguno de



vosotros se involucre en esto si no quiere.

Jane miró la cara de rasgos marcados de su tío abuelo, pensando en lo mucho que se parecía a aquellas estatuas feroces que habían dejado atrás al entrar en el museo.

—Ya sabes que no tengo miedo —le dijo ella—. Bueno, un poco, pero es emocionante. Sólo que si Barney va a estar en peligro, bueno... Quiero decir que Barney se va a poner a chillarme y todo eso, pero él es más joven que nosotros y no deberíamos...

—¡Jane! —Barney estaba rojo de furia.

—Berrear no sirve de nada —le espetó su hermana con mucho temple—. Si te pasara cualquier cosa, Simon y yo seríamos los responsables.

—La Obscuridad no os hará ningún daño —explicó con calma el tío abuelo Merry—. Estaréis protegidos. No os preocupéis. Os lo prometo. Barney no sufrirá ningún daño.

Se sonrieron.

—¡No soy un mocoso! —chilló Barney, furioso, dando una patada en el suelo.

—Para ya —le dijo Simon—. Nadie ha dicho que lo fueras.

—¿Cuándo empiezan las vacaciones de Semana Santa, Barney? —preguntó el tío abuelo Merry.

Lo pensaron unos instantes.

—El quince, creo —gruñó Barney.

—Es verdad —añadió Jane—. Simón las empieza un poco antes, pero las vacaciones de todos coinciden durante una semana más o menos.

—Falta mucho —dijo el tío abuelo Merry.

—¿Es demasiado tarde? —Lo miraron preocupados.

—No, no creo... ¿Hay algún problema con que los tres paséis esa semana conmigo en Trewissick?

—¡No!

—¡Ninguno!

—En realidad no. Iba a ir a una especie de conferencia sobre ecología, pero puedo saltármela... —La voz de Simon se fue desvaneciendo al tiempo que recordaba la pequeña aldea de Cornualles donde habían encontrado el grial. Cualquiera que fuera la aventura que les esperara había empezado en aquel lugar, en las profundidades de una caverna de los acantilados, sobre el mar y bajo la roca. Y en el centro de todo, como en la ocasión precedente, se encontraría siempre el tío abuelo Merry, el catedrático Merriman Lyon, la figura más misteriosa de sus vidas que, de algún modo incomprensible, se hallaba envuelto en la larga lucha por el control del mundo que enfrentaba a la Luz contra la Obscuridad.

—Hablaré con vuestros padres —dijo el tío abuelo.

—¿Por qué Trewissick otra vez? —preguntó Jane—. ¿Los ladrones llevarán allí el

grial?

—Quizás.

—Sólo una semana —dijo Barney mientras miraba pensativo la vitrina vacía que tenían delante—. No es mucho. ¿Nos dará tiempo?

—No es mucho tiempo —concedió el tío abuelo Merry—. Pero tendrá que ser suficiente.

Will arrancó una brizna de hierba y se sentó sobre una roca cerca de la verja delantera, mordisqueando con desánimo.

El sol de abril brillaba sobre las hojas recién brotadas de los limeros y se oía el trino feliz de un tordo. Las lilas y los alhelíes perfumaban la mañana. Will suspiró. Todo eso estaba muy bien, todas esas maravillas de la primavera en Buckinghamshire, pero las habría apreciado mejor con alguien a su lado con quien compartir las vacaciones de Semana Santa. La mitad de su numerosa familia todavía vivía en casa, pero el hermano con el que mejor se llevaba, James, se había ido a pasar una semana en un campamento de *scouts* y la siguiente en la lista, Mary, estaba desaparecida en casa de unos parientes galeses, recuperándose de las paperas. El resto estaba ocupado con aburridas preocupaciones de mayores. Era el problema de ser el pequeño de nueve hermanos; parecía que todos los demás habían crecido demasiado rápido.

En un aspecto, Will Stanton era mucho mayor que todos sus hermanos o que cualquier otra criatura humana. Pero él era el único que conocía la gran aventura que, en su decimoprimer cumpleaños, le había revelado que era el último de los Antiguos, los guardianes de la Luz, obligados por leyes inmutables a defender al mundo del resurgir de la Oscuridad. Solamente él lo sabía... y como también era un niño normal, ahora no pensaba en ello.

*Raq*, uno de los perros de la familia, apretó el hocico húmedo contra la mano de Will. Will le acarició las orejas blandas y caídas.

—Toda una semana —le dijo al perro—. ¿Qué vamos a hacer? ¿Ir a pescar?

El perro enderezó las orejas y separó el hocico de la mano de Will; tenso y alerta, se volvió hacia la carretera. Al poco rato paró un taxi frente a la verja: no la familiar carraca del pueblo, sino un taxi brillante y profesional llegado de la ciudad. De su interior bajó un hombre menudo con arrugas y calvicie incipientes; iba vestido con un impermeable y llevaba una bolsa grande y desmañada. El hombre despidió al taxi y se quedó mirando fijamente a Will.

Sorprendido, el niño se levantó y se acercó hasta la verja.

—Buenos días.

El hombre permaneció solemnemente silencioso por un instante y luego sonrió burlón.

—Eres Will —dijo. Tenía la cara redonda y suave con los ojos también redondos,

como un pez listo.

—Exacto —contestó Will.

—El séptimo de los Stanton. Eso es uno más que yo... Yo fui el sexto. —Tenía una voz dulce pero ronca, con un acento mezcla de británico y estadounidense: las vocales eran norteamericanas pero la entonación, inglesa. Will sonrió educadamente, sin entender nada—. Tu padre fue el séptimo de su familia —añadió el tipo del impermeable. Volvió a sonreír y se le arrugó la piel junto a los ojos. Le tendió la mano a Will—: Hola. Soy tu tío Bill.

—¡Qué sorpresa! —dijo Will y le estrechó la mano. El tío Bill. Los dos se llamaban igual. El hermano favorito de su padre, que se había ido a América hacía muchos años y había montado no sabía qué negocio de éxito... ¿Algo de cerámicas, quizás? Will no recordaba haberlo visto antes; cada año por Navidad recibía un regalo del desconocido tío Bill, que además era su padrino, y le escribía una simpática carta de agradecimiento que nunca recibía respuesta.

—Estás muy crecido —le dijo el tío Bill mientras se dirigían hacia la casa—. La última vez que nos vimos no eras más que una cosita canija que se desgañitaba en su cuna.

—Nunca contestas mis cartas de Navidad.

—¿Y estás enfadado?

—No, en realidad no.

Ambos se rieron. Will decidió que su tío no estaba nada mal. Entraron en la casa al tiempo que su padre bajaba la escalera y se detenía en seco, con cara de incredulidad.

—¡Billy!

—¡Roger!

—¡Dios mío! —dijo el padre de Will—, ¿qué le ha pasado a tu pelo?

Las reuniones con parientes a los que no se ve desde hace mucho llevan su tiempo, en particular en las familias numerosas. La bienvenida se prolongó durante varias horas. Will ya casi había olvidado lo triste que estaba por no tener compañía.

Para cuando llegó la hora de almorzar ya se había enterado de que tío Bill y tía Fran estaban en Gran Bretaña visitando las fábricas de cerámica de Staffordshire y el distrito de caolín de Cornualles, donde tenían complicados negocios angloamericanos. Le había explicado todo sobre sus dos primos ya crecidos, que debían de ser de la edad de Stephen, su hermano mayor, y más cosas de las que en realidad quería saber sobre el estado de Ohio y la fabricación de cerámicas.

Saltaba a la vista que el tío Bill ganaba mucho dinero, pero aquel era sólo su segundo viaje a Gran Bretaña desde que se había marchado a Estados Unidos, hacía más de veinte años. A Will le gustaron sus ojos redondos y centelleantes y su lacónica y ronca voz. Empezaba a intuir que las perspectivas para la semana de vacaciones

habían mejorado considerablemente cuando descubrió que el tío Bill no pensaba pasar más que una noche y que al día siguiente seguiría viaje hacia Cornwall, donde lo esperaba su mujer. Will volvió a desanimarse.

—Pasará a recogerme un amigo y luego seguiremos camino hacia el sur. Pero ya sé lo que haremos: Frannie y yo volveremos a pasar aquí unos días antes del regreso a Estados Unidos. Es decir, si os parece bien.

—Eso espero —dijo la madre de Will—. Después de diez años y unas tres cartas, querido, no podrás escaparte con una miserable visita de un día.

—Me envía regalos todas las Navidades —terció Will.

El tío Bill le sonrió y, de repente, dirigiéndose a la señora Stanton añadió:

—Alice, ya que esta semana Will no tiene escuela y no está demasiado ocupado, ¿por qué no me dejas que me lo lleve a pasar las vacaciones en Cornwall? Al final de la semana te lo envío de vuelta en el tren. Hemos alquilado una casa con sitio de sobra. Además ese amigo mío se traerá un par de sobrinos que son más o menos de su edad.

Will ahogó un grito y miró suplicante a sus padres, quienes, frunciendo el ceño con gravedad, iniciaron un predecible discurso en estereo.

—Bueno, es muy amable por tu...

—Si estás seguro de que no...

—A él, desde luego, le encantaría...

—Si a Frannie no...

El tío Bill le guiñó un ojo a su sobrino. Will subió a su habitación y empezó a preparar su mochila. Metió cinco pares de calcetines, cinco mudas, seis camisas, dos jerséis, dos pantalones cortos y una linterna. Entonces recordó que su tío no se iba hasta el día siguiente, pero tampoco parecía tener sentido deshacer la bolsa. Bajó la escalera con la mochila rebotándole a la espalda como un balón demasiado hinchado.

—Bueno, Will, si de verdad quieres... ¡Oh!

—Adiós, Will —añadió su padre.

El tío Bill se rió.

—Disculpad, si pudiera llamar por teléfono...

Will acompañó a su tío hasta el vestíbulo.

—No llevo demasiadas cosas, ¿verdad? —le preguntó.

—Está bien. —Su tío marcó un teléfono—. ¿Hola? Hola, Merry. ¿Todo bien? Perfecto. Sólo una cosa. Llevo a mi sobrino pequeño a pasar la semana con nosotros. No lleva mucho equipaje —dijo sonriendo burlescamente a Will—, pero quería asegurarme de que tu coche no es uno de esos biplazas... Ja, ja. No, típico de ti. De acuerdo, fantástico, hasta mañana. —Colgó y se dirigió a Will—: Muy bien, chico. Salimos a las nueve de la mañana. ¿Te parece bien, Alice? —La señora Stanton cruzaba el vestíbulo cargando con la bandeja del té.

—Espléndido —contestó.

Desde el principio de la llamada telefónica, Will había permanecido en silencio.

—¿Merry? —preguntó lentamente—. Es un nombre muy poco corriente.

—Sí, ¿verdad? —dijo su tío—. Él tampoco es un tipo corriente. Da clases en Oxford. Es brillante, pero supongo que podríamos decir que también es un poco raro... Es muy tímido y detesta conocer gente. De todo modos, se puede confiar en él —añadió apresuradamente en dirección a la señora Stanton—. Y conduce muy bien.

—¿Qué pasa, Will? —preguntó su madre—. Ni que hubieras visto un fantasma. ¿Ocurre algo?

—Nada. En serio, nada de nada.

Simon, Jane y Barney trataban de salir de la estación de Saint Austell forcejeando con un montón de maletas, bolsas de papel, chubasqueros y libros. La multitud procedente del tren de Londres iba disminuyendo, tragada por coches, autobuses y taxis.

—Dijo que nos encontraríamos aquí, ¿no?

—Pues claro.

—Pues yo no lo veo.

—Llega un poco tarde, eso es todo.

—El tío abuelo Merry nunca llega tarde.

—Deberíamos enterarnos de dónde sale el autobús de Trewissick por si acaso.

—No, mira, ya lo veo. Ya os dije que nunca llega tarde. —Barney se puso a saltar y agitar la mano en el aire. Luego se detuvo—. No viene solo. Hay un hombre con él. —Una nota de indignación se apoderó de su voz—: Y un chico.

Un coche pitó imperiosamente delante de la casa de los Stanton una, dos y hasta tres veces.

—Nos vamos —dijo el tío Bill cogiendo su bolsa y la mochila de Will.

Will besó a sus padres de mala gana, tambaleándose bajo una enorme bolsa llena de bocadillos, termos y refrescos que su madre le había depositado entre los brazos.

—Compórtate —le dijo su madre.

—No creo que Merry baje del coche —le avisó Bill mientras se acercaban al camino—. Es muy tímido, no le des importancia. Pero es un buen amigo. Te gustará, Will.

—Seguro que sí —contestó el niño.

Al final del camino esperaba un enorme Daimler bastante viejo.

—Bueno, bueno... —dijo el padre de Will en tono respetuoso.

—¡Y yo preocupado por si íbamos a caber! —comentó Bill—. Tendría que haber supuesto que tendría un coche como este. Bueno, adiós a todos. Vamos, Will, puedes ir delante.

Entre un aluvión de despedidas se metieron en el majestuoso automóvil, donde

una figura alargada y envuelta en una bufanda esperaba encorvada sobre el volante, tocada por una horrible gorra de pelo largo marrón.

—Merry —anunció el tío Bill con el coche ya en marcha—, te presento a mi sobrino y ahijado. Will Stanton, este es Merriman Lyon.

El conductor ladeó su antiestética gorra y dejó escapar una mata de pelo blanco y greñado. Sus ojos oscuros miraron de reojo a Will, por encima de su perfil arrogante y aguileño.

—*Saludos, Antiguo* —dijo una voz familiar en la mente de Will.

—*Es maravilloso volver a verte* —contestó en silencio Will, muy contento.

—Buenos días, Will Stanton —dijo Merriman en voz alta.

—¿Cómo está usted? —contestó Will.

De camino entre Buckinghamshire y Cornualles tuvieron tiempo para hablar largo y tendido, sobre todo después del almuerzo campestre, cuando el tío de Will se quedó dormido y siguió descansando apaciblemente durante el resto del viaje.

—¿Y Simon, Jane y Barney no tienen ni idea de que la Obscuridad planeó el robo del grial para que coincidiera con la fabricación de la Brujaverde? —preguntó por fin Will.

—Nunca han oído hablar de la Brujaverde —contestó Merriman—. Tú tendrás el privilegio de explicarles lo que es. De casualidad, por supuesto.

—Hum. —Will pensaba en otra cosa—. Me sentiría mucho mejor si supiéramos qué forma adoptará la Obscuridad.

—Un viejo problema. Sin solución. —Merriman lo miró de reojo, levantando una de las cejas, hirsutas y blancas—. Sólo podemos esperar, ya lo veremos. Y creo que no tendremos que esperar demasiado...

Ya bastante entrada la tarde, el Daimler entró zumbando majestuosamente por el patio delantero de la estación de ferrocarril de Saint Austell, en Cornualles. Will vio a un chico poco mayor que él de pie en medio de un pequeño montón de equipajes, vestido con la chaqueta del colegio y con cierto aire de afectada autoridad. Junto a él había una chica de su misma altura, con el pelo largo recogido en una cola de caballo y expresión preocupada, y un niño con una espesa mata de pelo rubio, casi blanco, que los observaba acercarse sentado plácidamente sobre una maleta.

—*Sí no pueden saber nada de mí* —le dijo a Merriman en el habla telepática de los Antiguos — *me parece que no les voy a gustar nada de nada.*

—*Es muy probable* —convino Merriman—. *Pero nuestros sentimientos no tienen la menor importancia comparados con la urgencia de esta búsqueda.*

—*Velar a la Brujaverde* —dijo Will con un suspiro.

## Capítulo 2

—Pensé que podrías instalarte aquí, Jane —dijo Merriman abriendo la puerta del dormitorio y deteniéndose cuidadosamente antes de entrar—. Es muy pequeña pero tiene buena vista.

—¡Oh! —exclamó Jane, encantada. El cuarto estaba pintado de blanco y decorado con unas alegres cortinas amarillas a juego con el edredón de la cama. El techo era abuhardillado de manera que la pared de un lado tenía la mitad de altura que la del otro y no cabía más que una cama, un tocador y una silla. Pero el cuartito parecía rebosante de sol incluso a pesar de que al otro lado de las cortinas el cielo estaba completamente gris. Jane se quedó a contemplar el paisaje mientras su tío abuelo le mostraba a los chicos su habitación, y llegó a la conclusión de que la vista de la ventana era lo mejor de todo.

El cuarto de Jane daba encima de un lateral del puerto, con vistas a las barcas y las motoras, el embarcadero lleno de cajas y langosteras y una pequeña industria conservera. Toda la vida y el ajetreo del puerto transcurrían a sus pies y, a la izquierda, más allá del malecón y del oscuro brazo de tierra llamado Kemare Head, se extendía el mar. En aquel instante, se veía gris y salpicado de motitas blancas. La mirada de Jane abandonó la línea de horizonte oceánico y se fijó al otro lado de la carretera empinada que había frente al puerto, donde se encontraba la casa alta y estrecha en la que habían pasado el verano anterior. La Casa Gris. Allí había empezado todo.

Simon llamó a la puerta y asomó la cabeza.

—Oye, tienes una vista estupenda. Nosotros no, pero nuestro cuarto es bonito, alargado y estrecho.

—Como un ataúd —dijo Barney en un hilillo de voz desde detrás de la puerta.

Jane se rió.

—Entrad. Mirad la Casa Gris. Me pregunto si nos encontraremos con el capitán Thing, el tipo que se la alquiló a Gumerry.

—Toms —corrigió Barney—. Capitán Toms. Y yo quiero ver a *Rufus*, espero que se acuerde de mí. Los perros tienen muy buena memoria, ¿verdad?

—Cruza el umbral del capitán Toms y lo descubrirás —sugirió Simon—. Si *Rufus* te muerde es que los perros no tienen buena memoria.

—Qué gracioso.

—¿Qué ha sido eso? ¿Lo habéis oído? —dijo Jane de repente—. ¡Silencio!

Permanecieron en un silencio roto solamente por el ruido de los coches y las gaviotas, con el murmullo del mar de fondo.

Luego oyeron unos golpes muy suaves.

—¡Viene del otro lado de la pared! ¿Qué es?

—Parece que sigue un ritmo. Creo que es morse. ¿Alguien sabe morse?

—Yo no —dijo Jane—. Deberías haberte apuntado a los *boy scouts*.

—Se supone que lo aprendimos en clase el año pasado —añadió Barney con poca confianza—. Pero yo no... Espera un momento. Eso es una D... Esa no la sé... E..., hum..., W..., fácil. Otra vez lo mismo. ¿Qué demonios...?

—Drew —interrumpió Simon—. Alguien está escribiendo Drew. Nos llaman.

—Es ese chico —dijo Jane—. Esta casa son en realidad dos casas unidas, así que debe de tener una habitación como esta pero al otro lado de la pared.

—Stanton —dijo Barney.

—Exacto. Will Stanton. Respóndele, Barney.

—No —se negó él.

Jane lo miró fijamente. El largo pelo rubio de su hermano le caía por los lados, tapándole la cara, pero Jane lograba verle el labio inferior sobresaliendo en un gesto de testarudez que conocía muy bien.

—¿Y por qué no?

—Ya ha parado —dijo Barney, evasivo.

—Pero no tiene nada de malo mostrarse amistoso.

—Bueno, no. En fin, no sé... Es un estorbo. No veo por qué el tío abuelo Merry lo ha dejado venir. ¿Cómo vamos a poder descubrir la manera de recuperar el grial con un desconocido rondando por ahí?

—Probablemente el tío abuelo Merry no pudo librarse de él —dijo Jane. Se soltó la coleta y sacó un peine del bolsillo—. Quiero decir que el que alquila las casas es su amigo el señor Stanton, y Will es el sobrino del señor Stanton. Eso lo explica todo.

—Podemos librarnos de él sin problemas —dijo, confiado, Simon—. O mantenerlo alejado. Pronto descubrirá que no es bienvenido; parece bastante despierto.

—Bueno, al menos podemos ser educados —repuso Jane—. Desde ya... Dentro de cinco minutos será hora de cenar.

—Claro, claro —contestó Simon sin interés.

—Es un lugar maravilloso —elogió Will—. Desde mi habitación se ve todo el puerto. ¿De quién son las casas?

—De un pescador llamado Penhallow —contestó su tío—. Un amigo de Merry. Debe de hacer mucho tiempo que pertenecen a la familia, a juzgar por esa fotografía. —Señaló hacia una gran fotografía amarillenta y de marco labrado que había en la repisa de la chimenea y que mostraba a un solemne caballero Victoriano con traje oscuro y cuello almidonado—. Tengo entendido que es el abuelo del señor Penhallow. De todos modos las casas están modernizadas, claro. Se alquilan juntas o separadas: alquilamos las dos cuando Merry decidió invitar a los niños Drew. Comeremos todos juntos aquí.



Señaló una alegre habitación llena de estanterías, butacas y lámparas de todas las épocas y una gran mesa maciza rodeada de ocho sillas de respaldo alto muy dignas.

—¿Hace mucho que conoces al señor Lyon? —preguntó Will con curiosidad.

—Uno o dos años —contestó Bill Stanton acomodándose en la butaca—. Lo conocimos en Jamaica, ¿verdad, Fran? Estábamos de vacaciones... Nunca llegué a averiguar si Merry estaba allí por trabajo o de vacaciones.

—Por trabajo —contestó su mujer mientras ponía la mesa. Era una persona serena, alta y de movimientos lentos: nada que ver con lo que Will esperaba de una estadounidense—. Algo relacionado con una investigación gubernamental. Da clases en la Universidad de Oxford —dijo en atención a Will—. Es un hombre muy inteligente. Y un encanto: el pasado otoño se acercó hasta Ohio para pasar unos días con nosotros aprovechando que iba a dar una conferencia en Yale.

—Ah —dijo Will, pensativo. Un repentino ruido a sus espaldas le impidió seguir preguntando.

Alguien había abierto una enorme puerta de madera dejando entrever a Merriman en el acto de cerrar una segunda puerta idéntica a la primera.

—Estas puertas conectan las dos casas —explicó Merriman mirando socarrón la cara de sorpresa de Will—. Cuando las alquilan por separado cierran las dos con llave.

—Enseguida cenaremos —anunció Fran Stanton arrastrando las palabras. En ese instante una anciana bajita y robusta, con el pelo recogido en un moño, entró en la habitación, cargada con una bandeja repleta de copas y platos.

—Buenas noches, profesor —dijo sonriendo a Merriman. A Will le gustó su cara al instante: todas sus arrugas parecían dibujadas por las sonrisas.

—Buenas noches, señora Penhallow.

—Will —dijo su tío—, te presento a la señora Penhallow. Ella y su marido son los dueños de las casas. Señora, mi sobrino Will.

La anciana le sonrió mientras dejaba la bandeja.

—Bienvenido a Trewissick, querido. Nos encargaremos de que pases unas vacaciones estupendas, tú y esos tres pillines.

—Gracias —contestó Will.

La puerta de separación entre las casas se abrió con un gran estruendo y por ella aparecieron los Drew en tropel.

—¿Señora Penhallow! ¿Cómo está?

—¿Ha visto a *Rufus* por aquí?

—¿Nos llevará a pescar el señor Penhallow?

—¿Todavía sigue aquí la horrible señora Palk? ¿Y su sobrino?

—¿Cómo va el *Brezo blanco*?

—Poco a poco, poco a poco —dijo la señora Penhallow riendo.

—Bueno —dijo Barney—. ¿Cómo está el señor Penhallow?

—Muy bien. En su barca, claro. Pero ahora aguardad un momentito a que os traiga la cena. —Y salió de la sala.

—Por lo que veo vosotros ya conocíais el lugar —dijo Bill Stanton adoptando una expresión solemne.

—Pues sí —contestó Barney, encantado—. Aquí todo el mundo nos conoce.

—Tendremos que ver a un montón de amigos —dijo Simon en voz alta y mirando fugazmente de reojo a Will.

—Sí, ya habían estado aquí antes. Estuvieron un par de semanas el verano pasado —explicó Merriman. Barney lo miró enfadado, pero el rostro curtido y arrugado de su tío abuelo permaneció impasible.

—Tres semanas —corrigió Simon.

—¿Sí? Bueno, perdón.

—Es muy agradable estar de vuelta —terció Jane en tono diplomático—. Muchas gracias por dejarnos venir, señor y señora Stanton.

—No hay de qué —contestó el tío de Will agitando la mano—. Todo ha salido a pedir de boca: vosotros tres y Will podréis pasarlo en grande y dejarnos a los viejos que nos aburramos solos.

Después de un breve silencio, Jane contestó alegremente y sin mirar a sus hermanos:

—Pues claro.

—¿De dónde viene el nombre del lugar: Trewissick? —le preguntó Will a Simon.

—Eehh... —dijo Simon, cogido de imprevisto—. No lo sé. ¿Tú sabes lo que significa, Gumerry?

—Buscadlo —contestó secamente su tío abuelo—. La investigación agudiza la memoria.

—Aquí es donde se celebra la ceremonia de la Brujaverde, ¿no? —dijo Will en tono desafiante.

Los Drew clavaron la vista en él.

—¿La Brujaverde? ¿Qué es eso?

—Correcto —terció Merriman. Miró a sus sobrinos con un pequeño temblor en la comisura de los labios.

—Lo leí en no sé qué libro sobre Cornualles —explicó Will.

—Ah —terció Bill Stanton—. Will está hecho todo un antropólogo, me lo explicaba su padre el otro día. Id con cuidado, que es todo un experto en ceremonias y cosas por el estilo.

Will parecía bastante incómodo.

—Es algo relacionado con la primavera —explicó—. Construyen una imagen con hojas y la lanzan al mar. A veces la llaman Brujaverde, y otras, la Novia del Rey

Marcos. Es una vieja tradición.

—Claro, como el carnaval de verano —dijo Barney quitándole importancia al asunto.

—Bueno, no exactamente. —Will se frotó la oreja y en tono de disculpa añadió —: Quiero decir que eso del carnaval de Lammas es una cosa más bien turística, ¿no?

—¡Cómo! —exclamó Simon.

—Will tiene razón, ya lo sabes —concedió Barney—. El verano pasado había muchos más visitantes bailando en la calle que gente del pueblo. Yo entre ellos. —Y se quedó mirando a Will con expresión pensativa.

—¡Aquí llega la cena! —gritó la señora Penhallow, materializándose en medio de la sala con una bandeja de comida casi mayor que ella.

—La señora Penhallow debe de saber muchas cosas de la Brujaverde —sugirió Fran Stanton con su vocecita estadounidense—. ¿No es así, señora Penhallow? —Lo había dicho con la buena intención de poner algo de paz en una situación que le parecía un tanto espinosa, pero consiguió el efecto contrario. La pequeña y rechoncha galesa dejó bruscamente la bandeja en la mesa y borró la sonrisa de su cara.

—No me parece bien hablar de brujas —dijo educada pero determinante y volvió a marcharse.

—¡Vaya por Dios! —se lamentó la tía Fran, consternada.

Su marido se rió:

—*Yankees, go home.*

—¿Qué es en realidad todo este asunto de la Brujaverde, Gumerry? —le preguntó Simon a la mañana siguiente.

—Will te lo explicará.

—Sólo sabía lo que había leído en un libro cualquiera.

—Me temo que ese chico va a ser un estorbo —se quejó Barney.

Merriman lo miró con dureza:

—Nunca menosprecies a alguien sin conocerlo bien.

—Yo sólo quería decir... —replicó Barney.

—Cállate, Barney —le ordenó su hermana.

—La fabricación de la Brujaverde —explicó Merriman— es un viejo rito primaveril que todavía se celebra en esta zona para dar la bienvenida al verano y conseguir buenas cosechas y capturas abundantes. Se celebrará dentro de un par de días. Si sois un poco más amables es posible que Jane pueda verlo.

—¿Jane? —preguntó Barney—. ¿Sólo Jane?

—La fabricación de la Brujaverde es una celebración privada de los aldeanos —continuó Merriman. A Jane le pareció notar cierta tensión en la voz de su tío, pero la cara del profesor quedaba tan cerca del estrecho rellano que las sombras la ocultaban—. Normalmente no se permite acercarse a ningún visitante y, de las gentes del lugar,

solamente están presentes las mujeres.

—¡Por Dios! —se quejó Simon.

—Pero nosotros deberíamos estar intentando recuperar el grial, ¿no, Gumerry? —terció Jane—. Al fin y al cabo, para eso vinimos. Y de momento no hemos avanzado gran cosa.

—Paciencia —pidió Merriman—. En Trewissick, como recordaréis, no tienes que forzar las cosas para que ocurran. Te ocurren sin más.

—En tal caso, voy a dar una vuelta —anunció Barney apretándose discretamente contra un costado su libreta, pero su tío abuelo lo miró desde lo alto, como un faro.

—¿A hacer algunos bosquejos?

—Ajá —concedió Barney de mala gana. La madre de los Drew era artista. A Barney siempre le había aterrorizado la idea de descubrir que poseía ese mismo talento, pero en el último año había presenciado desconcertado cómo sus temores empezaban a hacerse realidad.

—Intenta dibujar las casas desde el otro lado del puerto —sugirió Merriman—. Con los botes.

—De acuerdo. ¿Por qué?

—Bueno, no sé —dijo su tío abuelo vagamente—. Quizás resulte útil. Para regalárselo a alguien. A mí mismo, por ejemplo.

Al cruzar el muelle, Barney pasó junto a un hombre que estaba sentado frente a un caballete. Era una visión bastante habitual en Trewissick, que, como otras aldeas pintorescas de Cornualles, se había convertido en un lugar frecuentado por los aficionados a la pintura.

Este artista en particular lucía una buena mata de pelo negro despeinado y tenía un lienzo cuadrado y de aspecto pesado. Barney se detuvo a echar un vistazo por encima del hombro del pintor. Parpadeó. El caballete soportaba una tela abstracta de vivos colores que no guardaba ninguna relación visible con la escena del puerto que se extendía ante ellos; algo realmente inesperado si se comparaba con las pequeñas acuarelas pulcras y lánguidas que dibujaban diecinueve de cada veinte pintores de Trewissick. El hombre pintaba como un poseso y, sin detenerse ni volverse siquiera, le dijo a Barney que se fuera.

El chico se demoró un momento. El cuadro poseía una gran fuerza, de un carácter peculiar que lo incomodaba.

—Vete —repitió el hombre en voz más alta.

—Ya me voy —contestó Barney retrocediendo un paso—. ¿Por qué pone verde en la esquina superior? ¿Por qué no azul? ¿U otro verde mejor? —Le molestaba el refulgente zigzag de una sombra particularmente desagradable de un color verde amarillento mostaza que desviaba la atención del resto del cuadro. El hombre empezó a emitir un ruido sordo como el gruñido de un perro y enderezó la espalda. Barney

huyó de allí diciéndose para sus adentros que usar aquel color era un error.

Al llegar al extremo más alejado del puerto se subió a un muro bajo, de espaldas a las empinadas y recortadas rocas del cabo. Desde allí no llegaba a vislumbrar al pintor irascible porque quedaba escondido detrás de las inevitables pilas de cajas de pescado del muelle. Barney afiló un lápiz nuevo con su cortaplumas y empezó a garabatear. El bosquejo de un bote pesquero no le salió bien, pero en cambio el esbozo del conjunto del puerto empezó a tomar cuerpo y Barney cambió el lápiz por el anticuado plumín, al que era particularmente aficionado. Entonces se puso a trabajar más rápido, contento con el dibujo y absorto en los detalles, experimentando la sensación —todavía nueva, aquella primavera— de que algo de sí mismo emergía a través de sus dedos. Era algo mágico. Hizo una pausa y sostuvo el dibujo en alto.

Y sin el menor ruido, una mano enguantada en negro apareció por el lado y cogió la libreta de dibujo. Barney oyó el ruido del papel al rasgarse antes de poder volverse. Luego lanzaron la libreta a sus pies, que cayó del revés en el suelo, y se oyeron pasos que se alejaban. Barney se levantó con un grito indignado, a tiempo para ver a un hombre corriendo por el muelle con la página de su libreta ondeando contra sus ropas oscuras. Era el pintor melenudo e irascible que había visto antes.

—¡Eh! —bramó Barney, furioso—. ¡Vuelve!

El hombre giró al final del muro del muelle sin volver la vista atrás. Llevaba mucha ventaja y el camino del puerto era cuesta arriba. Barney llegó a tiempo de oír el motor de un coche arrancar y alejarse por la carretera. El niño dobló la esquina como una exhalación y al llegar a la carretera se dio de bruces contra alguien que subía la colina.

—¡Eh! —gruñó el desconocido, casi sin aliento. Luego recuperó la voz—. ¡Barney!

Era Will Stanton.

—Un hombre —resolló Barney mirando a su alrededor—. Con jersey negro.

—Un hombre llegó corriendo desde el puerto justo delante de ti —confirmó Will con el ceño fruncido—. Se metió en un coche y salió en aquella dirección.

—Era él —dijo Barney, atisbando resentido hacia la carretera vacía.

Will miró en la misma dirección mientras jugueteaba con la cremallera de su chaqueta.

—Estúpido, qué estúpido he sido —se quejó con una energía sorprendente—. Supe que pasaba algo... No estaba lo bastante atento, estaba pensando... —Sacudió la cabeza como para librarse de algún pensamiento—. ¿Qué hizo?

—Es un chiflado. Está loco. —Barney apenas podía hablar de lo enfadado que estaba—. Yo estaba sentado dibujando y el hombre apareció de la nada, arrancó el dibujo de mi libreta y salió zumbando con él. ¿Por qué iba a hacer eso una persona normal? —¿Lo conocías?

—No. Bueno, es decir, lo había visto, pero solamente hoy. Estaba sentado en el muelle con un caballete, pintando.

Will sonrió de oreja a oreja. A Barney le pareció una sonrisa de lo más estúpida.

—Parece que tu dibujo le pareció mejor que el suyo.

—Anda ya —dijo Barney con impaciencia.

—Bueno, ¿cómo era su cuadro?

—Extraño. Muy peculiar.

—Ahí lo tienes.

—No, no tengo nada. Era extraño pero bueno, aunque de una forma desagradable.

—¡Dios mío! —exclamó Will con expresión ausente. Barney miró desafiante aquella cara redonda cubierta por un espeso flequillo castaño y se sintió más irritado que nunca. Empezó a pensar en una excusa para largarse de allí—. Tenía un perro en el coche —añadió Will con la cabeza en otra parte.

—¿Un perro?

—No paraba de ladrar. ¿No lo oíste? Y de brincar. Casi saltó del coche cuando el hombre entró. Espero que no se comiera tu dibujo.

—Pues yo espero que sí —respondió Barney secamente.

—Un perro muy bonito —comentó Will en el mismo tono vago y soñador—. Uno de esos setters irlandeses de largas patas, de un cobrizo intenso. Ningún hombre como Dios manda encerraría a un perro así en el coche.

Barney se quedó inmóvil, mirándolo. Solamente había un perro como aquel en Trewissick. De repente se dio cuenta de que justo al otro lado de la carretera veía una casa, alta y gris, que le resultaba familiar. En ese instante se abrió una verja lateral de la casa y apareció un hombre: un anciano robusto de barba corta y canosa que se apoyaba en un palo para caminar. De pie junto a la carretera, el anciano se llevó los dedos a la boca y silbó dos notas agudas. Luego gritó: «¿*Rufas*? ¡*Rufus!*!».

Barney corrió rápidamente a su encuentro.

—¿Capitán Toms? Es el capitán Toms, ¿verdad? Por favor, escuche, yo conozco a *Rufus*, ayudé a buscarlo el verano pasado, y creo que lo han robado. Un hombre se lo llevó en un coche, un hombre vestido de negro y con el pelo largo, un tipo horrible. —Hizo una pausa—. Claro que si era un conocido de usted...

El hombre de la barba miró atentamente a Barney.

—No —le contestó con lentitud intencionada—. No conozco a ningún caballero que responda a esa descripción. Pero parece que tú sí conoces a *Rufus*. Y por esa mata de pelo que tienes deduzco que debes de ser el sobrino pequeño de Merriman. Uno de mis huéspedes del año pasado, ¿verdad? El niño aquel que tenía tan buena vista.

—Eso es. —Barney sonrió—. Soy Barnabas. Barney. —Pero algo en la expresión del capitán Toms lo sorprendió: parecía como si estuviera manteniendo una conversación paralela. El anciano ni siquiera lo miraba; contemplaba absorto la

superficie del agua, perdido en sus propios pensamientos.

De repente Barney se acordó de Will. Se giró y, para su sorpresa, descubrió que también Will se encontraba junto a él con la vista perdida en la nada y la expresión vacía, como si escuchara. ¿Qué le pasaba a todo el mundo?

—Este es Will Stanton —le anunció en voz alta al capitán Toms.

La cara barbuda permaneció inmutable.

—Sí —contestó el capitán Toms suavemente. Luego sacudió la cabeza como si se despertara—. ¿Un hombre vestido de negro, dices?

—Era un pintor. De muy mal carácter. No sé quién era ni nada. Pero Will lo vio alejarse con un perro que parecía *Rufus*... justo delante de su puerta...

—Ya haré mis averiguaciones —aseguró el capitán para tranquilizarlo—. Pero entrad, entrad los dos. Le enseñarás a tu amigo la Casa Gris, Barney. Espera a que encuentre la llave... estaba atareado en el jardín... —Se palpó los bolsillos, palmeándose la chaqueta inútilmente con la mano que le dejaba libre el bastón. Estaban frente a la puerta delantera.

—¡La puerta está abierta! —exclamó Will bruscamente. Su tono era seco, muy distinto del balbuceo estúpido de hacía un momento. Barney parpadeó incrédulo.

El capitán Toms empujó la puerta entreabierta con el bastón y entró ruidosamente en la casa.

—Así es como el tipo se ha llevado a *Rufus*. Abrió la puerta delantera mientras yo estaba en el jardín de detrás... Sigo sin encontrar mi llave. —Y volvió a hurgarse en los bolsillos. Al entrar en la casa, Barney notó un crujido bajo los pies; se agachó y recogió una hoja de papel blanco.

—No ha recogido... —Se calló de repente. La nota era muy breve y estaba escrita con letras grandes. Barney no pudo evitar leerla de un vistazo. Se la ofreció al capitán, pero fue Will, aquel extraño Will rápido y enérgico, quien cogió el papel y se puso a leerla junto al anciano: cabeza con cabeza, una joven y otra anciana, una castaña y otra gris.

La nota estaba escrita en grandes mayúsculas negras recortadas de un periódico y pegadas cuidadosamente en una hoja de papel.

Decía: SI QUIERE RECUPERAR A SU PERRO CON VIDA, ALÉJESE DE LA BRUJEVERDE.

## Capítulo 3

El mar reflejaba como un espejo el cielo del atardecer. En la tranquilidad de la tarde, las grandes y lentas olas del Atlántico, tensándose como músculos bajo la piel, constituían el único indicio de la enorme fuerza invisible que escondía el océano. Las barcas pesqueras se retiraban lentamente, dejando tras de sí una amplia estela coleante; los motores resoplaban suavemente en la tarde sin viento. Jane estaba de pie en el extremo de Kemare Head, encaramada en un desagüe de granito cuyas rocas se hundían varios metros en el mar, mientras observaba a las barcas alejarse. Desde allí parecían barquitos de juguete: los restos de la flota pesquera que todas las semanas, todos los meses y todos los años, desde tiempos inmemoriales, salía a la pesca de la sardina y la caballa justo antes del anochecer y continuaba la caza hasta el alba. Cada año eran menos embarcaciones, pero seguían saliendo todos los años.

El sol descendió en el horizonte, una bola gorda y brillante que cubría de luz amarilla el mar en calma, y la última barca salió del puerto de Trewissick con el motor golpeando como un latido apagado en los oídos de Jane. Mientras los últimos trazos dejados por las estelas de las barcas bañaban el malecón, el gran sol desapareció bruscamente en el horizonte y la luz de aquel atardecer de abril empezó a desvanecerse lentamente. Se levantó una brisa suave. Jane, estremeciéndose, se abrigó con la chaqueta y sintió el frío repentino de la obscuridad.

Como respondiendo a la brisa incipiente, al otro lado de la bahía, en el cabo situado frente a Kemare Head, se encendió una luz. Al mismo tiempo Jane sintió un calor repentino a sus espaldas.

Se volvió y vislumbró unas figuras negras dibujadas contra las llamas de la hoguera que había prendido con la pila de ramas y maderas arrastradas por el mar que esperaba aquella precisa noche para convertirse en una buena fogata. La señora Penhallow le había explicado que los dos faros permanecerían encendidos hasta el regreso de las barcas pesqueras y sus llamas crepitarían durante toda la noche, hasta el amanecer.

La señora Penhallow: todo un misterio. Jane recordó de nuevo la tarde que había pasado a solas en la sala de estar, hojeando una revista mientras esperaba a Simon. Había oído un carraspeo nervioso y de repente se había encontrado con la señora Penhallow, regordeta y sonrosada, y particularmente inquieta.

—Si quieres asistir a la fabricación de esta noche, pequeña, serás bienvenida —dijo bruscamente.

—¿La fabricación? —le preguntó Jane, sorprendida.

—La fabricación de la Brujaverde. —La cadencia galesa de la señora Penhallow resultaba más evidente de lo habitual—. Lleva toda la noche, es un proceso largo y normalmente no se permite que se acerque por allí gente de fuera. Pero si te parece



que te apetece... Ya que eres la única pariente del profesor... —Resumió el resto con un gesto de la mano—. A las mujeres les pareció correcto y a mí me gustaría que vinieras.

—Muchas gracias —contestó Jane, asombrada pero agradecida—. Esto... ¿La señora Stanton también puede ir?

—No —dijo la señora Penhallow secamente. Luego, al ver la cara de incompreensión de Jane, añadió con más dulzura—: Verás, es que es extranjera. No estaría bien.

De pie en el cabo, observando la fogata, Jane rememoró el carácter irrevocable de aquellas palabras. Ella había aceptado el ofrecimiento y, sin ni siquiera tratar de explicarle la situación a Fran Stanton, después de cenar se había acercado hasta el cabo en compañía de la señora Penhallow.

Aun así nadie le había explicado lo que iba a ocurrir. Nadie le había explicado en qué consistía aquello que llamaban la Brujaverde, cómo lo harían o qué le pasaría. Sólo sabía que el proceso duraba toda la noche y acababa cuando los pescadores regresaran al hogar. Jane se estremeció de nuevo. Caía la noche y ella no era demasiado aficionada a las noches de Cornualles: escondían demasiados misterios.

Sombras negras recorrían las rocas a su alrededor, danzando y desapareciendo con el movimiento de las llamas. Buscando instintivamente algo de compañía, Jane se adentró en el círculo de luz brillante que emitía la hoguera, pero sólo consiguió ponerse todavía más nerviosa porque las otras figuras se movieron adelante y atrás fuera del alcance de su vista y, de repente, se sintió vulnerable. Asustada por la tensión del ambiente, no sabía si acercarse más.

—Ven, pequeña —le dijo suavemente la señora Penhallow, junto a ella—. Acércate. —El tono de su voz era algo apremiante. Agarró a Jane del brazo y la llevó aparte—. Ha llegado la hora. Si quieres, todavía puedes irte.

Luego desapareció otra vez, dejando a Jane sola, cerca de un grupo de mujeres que estaban ocupadas en algo que ella no lograba ver. Jane encontró una roca y se sentó al calor de la hoguera mientras observaba a su alrededor. Allí había montones de mujeres de todas las edades: las más jóvenes llevaban jersey y vaqueros; el resto, faldas negras y bastas, largas como abrigos, y botas fuertes. Vio una gran pila de piedras del tamaño de una cabeza humana y, a lo lejos, otra pila más alta de ramas verdes —que le parecieron de espino-demasiado frondosas para usarlas como leña. Pero no comprendió la finalidad de ninguna de las dos pilas.

Entonces una mujer bastante alta se separó del resto con un brazo en alto. Gritó algo que Jane no entendió y al momento las mujeres se pusieron todas a trabajar siguiendo un curioso orden por pequeños grupos. Algunas cogían una rama, la despojaban de hojas y brotes y comprobaban que fuera flexible; luego otras recogían la rama y, con la rapidez que da la práctica, la tejían con otras ramas y, lentamente, el

resultado empezó a tomar la forma de un armazón.

Al cabo de un rato el armazón dio muestras de querer ser un gran cilindro. La limpieza, doblaje y tejido de ramas duró mucho rato. Jane no paraba de moverse, inquieta. Las hojas de algunas ramas no parecían de espino. Pero Jane no estaba lo bastante cerca como para distinguir qué eran y no tenía intención de acercarse más. Tenía la impresión de que solamente allí, medio oculta en su roca, sin que nadie la viera y viéndolo todo desde lejos, estaría a salvo.

De repente descubrió que la mujer alta que parecía la cabecilla estaba a su lado. Sus ojos negros la miraban desde lo alto, destacándose en la palidez del rostro enmarcado por la bufanda que llevaba anudada al cuello.

—Jane Drew —dijo la mujer con un acento de Cornualles muy duro—. Una de las personas que encontró el grial.

Jane dio un brinco. No había llegado a olvidarse por completo del grial, pero tampoco lo había relacionado con la extraña ceremonia que estaban celebrando. De todos modos, la mujer no volvió a mencionarlo.

—Ya verás la Brujaverde —le dijo en un tono más amigable, casi a modo de saludo.

El cielo había oscurecido casi por completo, solamente quedaba un resto apenas perceptible de luz diurna. Las hogueras de los dos faros brillaban en los cabos.

—¿Qué están haciendo con esas ramas? —preguntó apresuradamente Jane, aferrándose a la compañía que le ofrecía la mujer frente a la solitaria obscuridad.

—Es madera de avellano para el armazón. Serbal para la cabeza. El cuerpo es de ramas y flores de espino. Dentro se ponen las piedras para que se hunda. Y quien tenga un problema, o sea estéril o quiera pedir algún deseo, tiene que tocar la Brujaverde antes de que la lleven al acantilado.

—Oh.

—Ya verás la Brujaverde —repitió con simpatía la mujer antes de irse. Luego, por encima del hombro, añadió—: Tú también puedes pedir un deseo, si quieres. Te llamaré cuando sea el momento.

Y dejó a Jane ansiosa y presa de una gran curiosidad. Ahora las mujeres parecían más atareadas, no paraban de trabajar mientras murmuraban una extraña melodía sin palabras.

El cilindro tomó una forma más precisa y tupida y las mujeres lo rellenaron de piedras. Empezó a distinguirse la cabeza: era grande, alargada, angulosa y sin rasgos. Cuando acabaron el armazón lo rellenaron con ramas verdes salpicadas de flores blancas. Jane olió el aroma dulzón del espino y, por algún motivo, le recordó al mar.

Pasaron varias horas. Jane dormitaba acurrucada junto a la roca y, cada vez que se despertaba, el armazón tenía exactamente el mismo aspecto que antes. Parecía que nunca iban a acabar de tejer. La señora Penhallow le trajo té caliente de un termo en

dos ocasiones.

—Si te parece que ya has tenido bastante, pequeña, sólo tienes que decirlo —le dijo, preocupada, la señora Penhallow—. No cuesta nada llevarte a casa.

—No —contestó Jane con la vista fija en la enorme imagen llena de hojas y su corte de trabajadoras incansables. No le gustaba la Brujaverde, le daba miedo. Su forma achaparrada resultaba amenazadora, aunque también hipnótica: Jane apenas podía quitarle los ojos de encima a aquello. Aquello. Jane siempre había pensado que las brujas eran mujeres, pero no podía sentir ninguna cualidad femenina en la Brujaverde. Era inclasificable, como una roca o un árbol.

La fogata continuaba ardiendo, alimentada regularmente con madera; su calor reconfortaba en medio de la noche helada. Jane se alejó un poco para estirar las piernas y, tierra adentro, vio una tenue luz gris que empezaba a iluminar el cielo. Pronto amanecería. Sería una mañana de niebla: ya sentía en su rostro las finas gotas del rocío. Dibujadas contra el cielo veía las rocas más prominentes de Trewissick, cinco dedos antiguos señalando al cielo a medio camino de Kemare Head. Y pensó: «La Brujaverde es así; me recuerda a las rocas».

Cuando regresó junto al mar, la Brujaverde estaba acabada. Las mujeres se habían separado de la gran figura y estaban sentadas en torno al fuego, comiendo bocadillos y bebiendo té entre risas. Jane contempló la enorme imagen que habían construido con hojas y ramas sin entender la alegría de las mujeres. Porque, de repente, en el frío amanecer, comprendió que aquella imagen silente contenía más poder del que Jane había presenciado en ninguna otra criatura o cosa. Aquello contenía truenos, tormentas y terremotos y todas las fuerzas del mar y la tierra. Estaba fuera del Tiempo, no tenía límites ni edad, estaba más allá de cualquier línea divisoria entre el bien y el mal. Jane la contempló, horrorizada, y la cabeza ciega de la Brujaverde le devolvió la mirada. No se movería ni parecería cobrar vida, eso Jane lo sabía. El horror que sentía no era fruto del miedo, sino de la sensación repentina de soledad infinita y atroz que le transmitió la imagen. Solamente en una gran soledad se ostentaba un gran poder.

Al mirar a la Brujaverde, Jane sintió un sobrecogimiento terrible y, también, algo parecido a la lástima.

Pero el sobrecogimiento provocado por una fuerza tan inconcebible como aquella era más intenso que ningún otro sentimiento.

—Así que lo sientes, ¿verdad? —La cabecilla de las mujeres volvía a estar a su lado y sus palabras, duras y tajantes, no eran en realidad una pregunta—. Pocas mujeres lo hacen. Ni niñas. Sólo muy pocas. Ninguna de las que hay allí, ninguna. — Señaló con desdén al feliz grupo—. Pero alguien que ha tenido el grial en las manos puede sentir muchas cosas... Ven. Pide tu deseo.

—No. —Jane retrocedió instintivamente.

Al instante un puñado de cuatro chicas se alejó del grupo y corrió hacia la tenebrosa imagen de hojas. No paraban de reírse y llamarse a gritos unas a otras. Una de ellas, más corpulenta y ruidosa que las demás, se adelantó y dio una palmada a los espinos que quedaban por encima de su cabeza.

—¡Concedednos a todas maridos ricos, oh Brujaverde! —gritó.

—¡O si no, concededle a ella al joven Jim Tregoney! —chilló otra.

Y entre risotadas regresaron corriendo con el grupo.

—¡Míralas! —dijo la mujer—. Las insensatas no sufren ningún daño. Por tanto, tampoco hay peligro para el que comprende. ¿Vienes?

Se aproximó a la gran figura silente, apoyó en ella la mano y murmuró algo que Jane no logró oír. Jane la siguió, nerviosa. A medida que se acercaba a la Brujaverde volvió a notar aquella fuerza inmensa que parecía representar pero también, una vez más, una tristeza enorme. La melancolía flotaba sobre la imagen como la niebla. Jane tendió el brazo para asir una rama de espino y se detuvo.

—Ay —dijo impulsivamente—, desearía que fueras feliz.

En cuanto lo dijo pensó: «Qué infantil, podría haber pedido cualquier cosa, hasta recuperar el grial... Incluso si todo esto es una farsa, al menos podrías haberlo intentado...». Pero la galesa de mirada penetrante la observaba con una extraña expresión de sorpresa que bordeaba la aprobación.

—¡Un deseo arriesgado! —le dijo—. Porque aunque hay quien alcanza la felicidad con cosas inofensivas, otros solamente son felices causando dolor. Pero quizás tu deseo depare algo bueno.

Jane no supo qué decir. De repente se sintió muy tonta.

Luego le pareció oír una vibración sorda proveniente del mar y se dio la vuelta. También la mujer estaba mirando a lo lejos, a la línea gris del horizonte que antes no se veía. Varias luces blancas, rojas y verdes parpadeaban en medio del negro mar. Los primeros pescadores regresaban a puerto.

Después Jane recordaría muy poco de aquella larga espera. El viento estaba helado. Lenta, muy lentamente, las barcas pesqueras fueron acercándose, surcando el mar de color gris piedra que brillaba con las luces del frío amanecer. Y entonces, cuando por fin se aproximaron al embarcadero, el pueblo estalló lleno de vida. Las motoras se llenaron de luces y voces, los motores tosían y el aire rebosaba de gritos, risas y bullicio de descargas; y en lo alto revoloteaban y chillaban las gaviotas, ladronas madrugadoras que se arremolinan en torno a los botes como grandes nubes blancas para lanzarse a por los pescados que tiran los pescadores. Después Jane recordaría sobre todo las gaviotas.

Cuando hubo finalizado la descarga, los camiones partieron para el mercado y las cajas estuvieron en la conservera, una procesión de pescadores empezó a subir por el camino del puerto. También había trabajadores de la fábrica, mecánicos, tenderos y

granjeros: todos los hombres de Trewissick. Pero los pescadores, con jerséis oscuros, ojeras, mal afeitados, cansados y oliendo a pescado, encabezaban el grupo. Llegaron por el cabo, llamando alegremente a las mujeres, y a Jane le pareció el menos romántico de los encuentros, con sueño, frío y a la luz mortecina del amanecer, y sin embargo todos parecían de muy buen humor. La hoguera seguía encendida, quemando una nueva ración de leña; los hombres se reunieron junto al fuego, frotándose las manos y parlotando todos a un tiempo con voces roncadas que a Jane, tras pasar la noche charlando con las mujeres, le hacían daño en los oídos.

Las gaviotas surcaban el cielo a la deriva, llenas de esperanza pero sin saber qué hacer. En medio de todo el trajín destacaba la Brujaverde, inmensa, silenciosa, un poco empedernida por la luz y el ruido pero, aun así, inquietante y amenazadora. A pesar del escándalo que formaban hombres y mujeres, se mantenía un curioso respeto hacia la extraña imagen vegetal y se evitaba a todas luces bromear acerca de la Brujaverde. Jane se dio cuenta de que, por alguna razón que no conocía, aquel detalle la tranquilizaba.

Distinguió la larga figura de Merriman junto a la multitud de lugareños pero no intentó acercársele. En aquel momento sólo cabía esperar el curso de los acontecimientos. Los hombres formaron un grupo y las mujeres se alejaron. De repente, la señora Penhallow había regresado junto a Jane.

—Ven, yo te indicaré el camino, pequeña. Ahora, cuando salga el sol, los hombres llevarán la Brujaverde al acantilado. —Miró a Jane con una sonrisa medio de apremio, medio de disculpa—. Para que traiga buena suerte y capturas y cosechas abundantes. Eso dicen... Pero debemos mantenernos alejadas para dejarles sitio. — Con un gesto indicó a Jane que la siguiera hasta un lado del cabo. La niña no acababa de entender lo que pasaba.

Los hombres empezaron a agruparse en torno a la Brujaverde. Algunos la tocaron ostentadamente, entre risas y pidiendo a gritos un deseo. Por primera vez, a la luz creciente del día, Jane se dio cuenta de que la figura tejida con hojas había sido construida sobre una plataforma similar a una gran bandeja hecha con tablas y que la plataforma tenía una pesada rueda en cada punta, cuidadosamente calzada con piedras grandes. Entre gritos y chillidos los hombres retiraron las piedras de las ruedas y liberaron la plataforma, haciendo que la figura se balanceara. La Brujaverde medía quizás la mitad que un hombre, pero era muy ancha para su altura y su enorme cabeza cuadrada tenía casi la misma anchura que el cuerpo. No parecía una copia de un ser humano. A Jane le pareció una representante única de alguna especie desconocida y temida, procedente de otro planeta o de algún remoto momento inimaginable de nuestro pasado.

—¡Adelante, muchachos! —gritó una voz. Los hombres habían atado varias sogas a las cuatro ruedas de la plataforma, las agarraron y empezaron a tirar de ellas

con cuidado pero sin pausa, arrastrando la bamboleante imagen hacia el borde del cabo. La Brujaverde avanzaba pesadamente. Jane olía el denso aroma del espino. Las flores parecían más brillantes y las ramas verdes de los costados de la Brujaverde, casi luminosos; tierra adentro, por encima de los páramos que cerraban Trewissick, apareció el sol. Su resplandor amarillo los iluminó, la multitud estalló en vítores y la plataforma con la figura verde llegó al revoltijo de rocas que formaba el borde del acantilado.

De repente, se oyó un grito muy agudo por encima del gentío; Jane se giró sobresaltada y vio a lo lejos varios hombres enfrascados en una escaramuza. Por lo visto un hombre intentaba abrirse camino; Jane entrevió una cabeza de pelo negro y rostro contorsionado por la rabia y luego el grupo se volvió a cerrar.

—Otro fotógrafo de esos de los periódicos; no debería sorprenderme —dijo la señora Penhallow con una pizca de petulancia en su agradable voz—. No se permite fotografiar a la Brujaverde, pero siempre hay uno o dos que lo intentan. Los jóvenes se ocupan de ellos.

Jane supuso que los jóvenes estarían poniendo a buen recaudo al intruso de aquel año, a juzgar por la velocidad con que su figura era alejada a empujones. Volvió a buscar a Merriman, pero había desaparecido. Y un cambio en las voces del gentío atrajo de nuevo su atención hacia Kelmare Head.

Alguien volvió a tomar la voz cantante, esta vez con palabras familiares de la infancia: «A la una... a las dos... ¡a las tres!, preparados, listos, ya». Ahora sólo sostenían las sogas de las ruedas traseras: había aproximadamente una docena de hombres por rueda. A la última voz de mando el gentío estalló en murmullos y rumores y las filas de hombres echaron a correr detrás de la Brujaverde, que iba dando bandazos cada vez más rápido. Entonces, con un solo movimiento, detuvieron el carro justo en el borde del acantilado y evitaron que cayera sosteniéndolo por las sogas.

Y la gran figura verde tejida con ramas, la Brujaverde, que no tenía sogas que la retuviera, salió disparada por los aires y cayó por el acantilado de Kemare Head. Durante medio segundo permaneció visible mientras caía entre los torbellinos de gaviotas blancas y estridentes, pero luego desapareció y se hundió empujada por el peso de las piedras ocultas en el interior de su cuerpo. Se hizo un silencio absoluto, como si todo Cornualles contuviera el aliento, y luego oyeron un chapuzón.

El cabo entero estalló en gritos y risas. La gente se abalanzó hacia el borde del acantilado, donde los que sostenían las sogas izaron lentamente la plataforma. Después de echar un vistazo al vacío, la muchedumbre rodeó al grupo de hombres y, entre vítores, desanduvo con ellos Kemare Head. Cuando se dispersó el gentío, Jane se encaramó al borde y se asomó cuidadosamente al precipicio.

Abajo, el oleaje del mar bañaba lentamente el pie del acantilado como si nada

hubiera pasado. Solamente algunas ramas desperdigadas de espino flotaban en el agua, subiendo y bajando al ritmo de las olas, avanzando y retrocediendo.

Se sintió algo mareada y decidió alejarse de las rocas y unirse al alegre gentío. Ya no se notaba el aroma de los espinos, ahora olía a una mezcla de madera quemada y pescado. La fogata se había consumido y la gente empezaba a marcharse de regreso al pueblo.

Jane vio a Will Stanton antes de que él la descubriera a ella. El grupo de pescadores que estaba junto a Jane se movió un poco y allí estaba Will, recortado su perfil contra el cielo gris de la mañana, con el pelo castaño cayéndole recto hasta las cejas y la barbilla prominente que, por un instante, le recordó a Merriman. El chico de Buckinghamshire oteaba el mar, inmóvil, perdido en intensas contemplaciones privadas. Luego, volvió la cabeza y fijó la vista en Jane.

La intensidad previa dejó paso a una sonrisa amable y relajada con tanta rapidez que a Jane no le pareció normal. Pensó: hemos sido tan ariscos con él que no puede alegrarse tanto de verme.

Will se acercó a ella.

—Hola. ¿Has estado aquí toda la noche? ¿Ha sido emocionante?

—Ha durado mucho —dijo Jane—. Así que la emoción se dispersó. Y la Brujaverde... —Se calló.

—¿Cómo fue la fabricación?

—Pues, bonita. Espeluznante. No sé. —Sabía que nunca podría describirla a la sensata luz del día—. ¿Has visto a Simon y Barney?

—No. —Will desvió la mirada—. Estaban... ocupados... en algo. Supongo que con tu tío abuelo.

—Imagino que te estaban esquivando —dijo Jane asombrada de su propia sinceridad—. No pueden evitarlo, ¿sabes? No creo que les dure mucho. Se acostumbrarán a ti. Además tienen otras preocupaciones, que no tienen nada que ver contigo...

—No te preocupes. —Jane vio en el rostro del chico una fugaz mueca conciliadora, pero luego Will volvió a desviar la mirada. Jane tenía la desagradable impresión de que estaba malgastando el tiempo hablando, que la rudeza de los Drew no importunaba a Will Stanton lo más mínimo. Así que buscó refugio en la cháchara banal.

—Fue bonito ver a los pescadores y todos los demás subiendo desde el puerto. Había gaviotas por todas partes... y también vi a Gumerry, pero parece que ya no está. ¿Lo has visto?

Will negó con la cabeza y hundió las manos en los bolsillos de su maltrecha chaqueta de piel.

—Tuvimos suerte de que nos trajera. Por lo visto normalmente se toman muchas

molestias para mantener alejados de aquí a los forasteros.

—Un fotógrafo de la prensa —recordó Jane— trató de acercarse a la Brujaverde cuando la llevaban hacia el acantilado. Un grupo de chicos se lo llevó a rastras. No paraba de chillar.

—¿Un hombre vestido de negro? ¿Con el pelo largo?

—Pues sí, la verdad es que sí. Al menos me lo pareció. —Lo miró sorprendida.

—Ah. —La cara amable y redonda de Will volvió a adoptar un aire ausente—. ¿Eso fue antes o después de que vieras a Merriman?

—Después.

—Ah —repitió Will.

—¡Eh, Jane! —Barney se acercaba corriendo casi sin aliento, golpeando el suelo con sus botas demasiado grandes y con Simon pisándoles los talones—. Adivina lo que hemos hecho. Nos encontramos al señor Penhallow y nos dejó subir a bordo del *Brezo blanco*, y los ayudamos a descargar...

—¡Puaj! —Jane se echó hacia atrás—. ¡Y que lo digas! —Arrugó la nariz por la peste que echaban los jerséis llenos de escamas de pez y se volvió hacia Will.

Pero Will ya no estaba. Jane miró a su alrededor, pero no lo vio en ninguna parte.

—Will Stanton estaba conmigo. Pero se ha desvanecido. ¿No lo habéis visto?

—Lo habremos espantado.

—La verdad es que deberíamos ser más amables con él —dijo Barney.

—Bueno, bueno, bueno —dijo Simon en tono indulgente—. Haremos que esté contento. Lo llevaremos de excursión o algo así. Va, Jane, explícanos algo de la Brujaverde.

Pero Jane no estaba escuchando.

—Qué extraño —dijo lentamente—. No me refiero a que Will se marchara, sino a algo que dijo. Sólo hace tres días que conoce a Gumerry y es un chico bien educado. Pero hace un momento me estaba hablando de él y se le escapó sin pensar... No llamó a Gumerry «tu tío abuelo» ni «profesor Lyon» como suele hacer. Lo llamó «Merriman». Como si fuera alguien de su edad.



## Capítulo 4

El cielo fue el primer detalle extraño del día. Cuando los Drew recorrieron Kemare Head de regreso al puerto, el sol ya estaba bien alto, pero no calentaba porque con él se había levantado también una bruma densa. Al poco rato la niebla cubría todo el cielo de modo que el sol seguía allí colgado, familiar y extraño al mismo tiempo, como una naranja de peluche.

—Calima —contestó Simon cuando Jane le hizo notar la niebla—. Va a hacer un buen día.

—No sé... A mí me parece raro, casi como una señal de peligro...

Para cuando hubieron acabado con el generoso desayuno que la somnolienta señora Penhallow les sirvió en la casa, la neblina era todavía más espesa.

—Se despejará cuando el sol esté más alto —aseguró Simon.

—Quisiera que el tío abuelo Merry volviera a casa —dijo Jane.

—Deja de preocuparte. Will Stanton tampoco ha regresado, quizás están charlando con el señor Penhallow o cualquier otra persona. ¿Qué te pasa hoy?

—Necesita echar un sueñecito —dijo Barney—. La pobrecita no ha dormido nada.

—Sí, pobrecita yo —dijo Jane bostezando ostensiblemente.

—¿Ves? —insistió Barney.

—Sí, quizás tengas razón —asintió Jane mansamente. Fue al dormitorio y puso la alarma del despertador para al cabo de una hora.

Cuando el zumbido estridente de la alarma la despertó se encontró completamente confusa. Aunque había descorrido las cortinas, la habitación estaba casi a oscuras. Por un instante Jane creyó que era de noche y se estaba levantando muy temprano, hasta que recordó la imagen de la Brujaverde cayendo al mar de madrugada y saltó de la cama asustada. El cielo parecía compacto, formado por pesados nubarrones; Jane nunca había visto nada igual. La luz diurna era tan tenue que parecía que no hubiera salido el sol.

Simon y Barney estaban solos en la planta baja, observando angustiados el cielo.

Jane sabía que el señor y la señora Stanton habían salido de Trewissick a primera hora de la mañana para una visita de dos días a varias canteras de caolín y los chicos le informaron de que la señora Penhallow se había ido a dormir. Merriman y Will todavía no habían aparecido.

—¿Qué estará haciendo Gumerry? ¡Le habrá pasado algo!

—No sé muy bien qué podemos hacer aparte de esperar. —Ahora Simon también parecía decaído—. O sea, podríamos salir a buscarlo, pero ¿por dónde empezamos?

—La Casa Gris —dijo de repente Barney.

—Buena idea. Vamos, Jane.

—Por lo visto ha adoptado la apariencia de un pintor —le explicó Will a Merriman mientras seguían al último grupo de aldeanos de regreso de Kemare Head—. Un hombre moreno, de estatura media y larga melena negra que posee cierto talento, aunque desagradable. Bonito detalle, ¿verdad?

—Quizás ese toque desagradable no sea intencionado —contestó Merriman con gravedad—. Ni siquiera los grandes señores de la Obscuridad pueden evitar que su verdadera naturaleza salga a la luz.

—¿Crees que es uno de los grandes señores?

—No. No, casi seguro que no. Pero sigue, sigue.

—Ya ha entrado en contacto con los niños. Con Barney. Y tiene un tótem: robó un dibujo del puerto que había hecho Barney.

—Yo tenía un fin pensado para ese dibujo —musitó entre dientes Merriman—. Nuestro amigo nos lleva mucha más ventaja de lo que suponía. Nunca subestimes a la Obscuridad, Will. Esta vez, yo casi lo hago.

—También ha robado el perro del capitán Toms, *Rufus*. Dejó una nota amenazando con que mataría al perro si el capitán se acercaba a la Brujaverde y se aseguró de que Barney también la leyera. Puro chantaje. Si después de eso el capitán Toms se hubiera acercado a Kemare Head, Barney lo habría considerado un asesino... Claro que la Obscuridad sabía que así sólo mantenía alejado de la fabricación a uno de los Antiguos, pero podría haberle sido de gran ayuda... Por cierto, *Rufus* es un animal estupendo, ¿verdad? —Por un instante la voz de Will dejó de ser la de un eterno Antiguo para convertirse en la de un niño entusiasmado.

El semblante sombrío de Merriman se relajó y su rostro curtido esbozó una sonrisa.

—*Rufus* también intervino en el descubrimiento del grial el verano pasado. Se comunica con los seres humanos mucho mejor que la mayoría de los animales.

Al final del verde cabo la mayoría de los aldeanos tomó el camino de bajada hacia el muelle y la carretera principal. Merriman condujo a Will todo recto, hacia la carretera más elevada, con vistas al puerto. Se detuvieron para dejar pasar a otro grupo de tejedoras exhaustas y luego cruzaron en dirección a la estrecha casa pintada de gris que se destacaba por encima del resto de los adosados. Merriman abrió la puerta delantera y entraron en la casa.

Un largo pasillo se extendía ante ellos débilmente iluminado por la luz de la mañana. El capitán Toms los invitó a entrar desde una puerta abierta a la derecha del corredor.

La puerta daba a una amplia habitación llena de estanterías, butacas y cuadros de veleros. El capitán estaba sentado en un sillón de cuero con la pierna derecha estirada. El pie, enfundado en una zapatilla de felpa calzada sobre el vendaje, descansaba sobre un escabel de cuero acolchado.

—La gota —se excusó el capitán ante Will—. De vez en cuando da la lata. Dicen que es por haber llevado una juventud disipada. Me inmoviliza con más eficacia que cualquier señor de la Obscuridad: si nuestro amigo lo hubiera adivinado, no tendría que haberse molestado en secuestrar al pobre *Rufus*.

—Pero creo que no tiene ese don. —Merriman se tumbó cuan largo era en un sofá y dejó escapar un suspiro de alivio—. No acabo de entender por qué, puesto que está claro que tiene cierto rango. Quizás no se atreve a ponerlo en práctica. En cualquier caso el robo del grial, el interés por entrar en contacto con los niños y, sobre todo, con Barney, todo ello apunta a una misma dirección.

El capitán Toms se mesó pensativamente su larga barba canosa.

—Piensas que planea hacer que el niño adivine el futuro mirando el grial... Bueno, es posible.

—Pero ¿esa es su prioridad? —preguntó Will.

—Lo sea o no, habrá que vigilar de cerca a Barney.

—Lo perseguiré a todas partes —dijo Will—. Me va a odiar.

—Paseaba sin descanso por la habitación, mirando los cuadros sin verlos. — ¿Dónde está la Obscuridad? ¿Dónde está ese hombre? Me parece que no anda muy lejos.

—Yo también tengo esa impresión —dijo en voz baja el capitán sin moverse de su sillón—. Está muy cerca. Al salir el sol esta mañana lo sentí pasar junto a la casa bastante deprisa y desde entonces tengo la vaga sensación de que anda por aquí cerca.

—Eso fue cuando trató de apoderarse de la Brujaverde, antes de que la lanzaran al mar —dijo Merriman—. Ha sido una suerte que no lo consiguiera porque, de lo contrario, la criatura habría reaccionado. Los pescadores lo echaron en esta dirección: estaban muy enfadados y fueron bastante bruscos... Les seguí hasta el pueblo, hasta que lo soltaron. Luego se rodeó de una sombra y lo perdí. Pero sí, anda cerca. El mal se siente.

Will se paró en seco, tieso como un perro al acecho. Rápidamente Merriman bajó sus largas piernas del sofá y se levantó.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Sientes algo? ¿Oyes algo?

—Creo que sí. Tenéis razón. —El capitán Toms se acercó renqueando hasta la puerta, apoyando todo su peso en el bastón—. Rápido, salgamos.

Los ladridos se oían cada vez más fuertes mientras cruzaban el vestíbulo y cuando llegaron a la puerta de entrada de la Casa Gris se oyó aún más alto y cercano el ruido histérico de un perro pidiendo que lo liberaran. El cielo era de color gris plomizo y el día, opaco y lúgubre. Carretera abajo, más allá del puerto y los muelles, una ráfaga rojiza se les acercaba a toda velocidad seguida por la figura oscura de un hombre.

—Mirad: ¡los niños! —gritó Will, alarmado.

En el muelle que bordeaba la carretera del puerto, Simon, Jane y Barney echaron a correr entusiasmados; todavía no veían a *Rufus*, pero lo oían ladrar.

—¡*Rufus*! —Barney lo llamaba a gritos, muy contento—. ¡*Rufus*!

Los Antiguos permanecieron atentos, a la espera.

Cuando *Rufus* dio la vuelta a la esquina corriendo alegremente hacia los niños, los Antiguos vieron al hombre obscuro alzar la mano. El perro se paralizó instantáneamente en el aire y se desplomó tieso como un tronco justo en medio del camino de los niños. Simon no tuvo tiempo de esquivarlo, tropezó con el perro y cayó al suelo. Se quedó tumbado sin moverse. Jane y Barney derraparon aterrorizados. El hombre moreno se les acercó, se detuvo y señaló a Barney con la mano en alto.

Sólo Simon lo vio. Tumbado en el suelo de cara a la colina, empezó a volver en sí tras el instante de total inconsciencia que se había apoderado de él al caer y abrió los ojos, aturcido. Y al hacerlo vio, o le pareció ver, a tres figuras resplandecientes envueltas por una luz blanca y ardiente. Las luces se elevaban y crecían cegando a Simon; cada vez se acercaban más a él y al final tuvo que cerrar los ojos porque le dolían. Seguía oyendo un zumbido en la cabeza, no había recuperado plenamente la consciencia. Con el tiempo se diría que todo aquello había sido cosa de su imaginación, la confusión fruto del golpe. Pero nunca olvidaría del todo la sobrecogedora sensación que sintió.

Jane y Barney contemplaban horrorizados y sin poder moverse al hombre moreno que se les echaba encima, pero sólo llegaron a ver el espeluznante cambio de su expresión cuando se echó atrás, alejándose de ellos por efecto de alguna fuerza invisible. Gruñía con un furia maligna y parecía estar librando una feroz batalla contra... nada. Tenía el cuerpo rígido; toda la batalla se libraba en sus ojos y en la fría línea de su boca. Siguió una espera terrible, muy larga, mientras la oscura figura se petrificaba en un fiero gesto contrahecho bajo la luz plomiza del cielo encapotado. Luego fue como si algo dentro de él se rompiera y salió huyendo sin echarles siquiera un último vistazo; desapareció.

*Rufus* se movió y empezó a aullar; Simon se despertó y se incorporó. Con las manos y las rodillas apoyadas en el perro, le dio palmaditas en la cabeza todavía medio grogui. *Rufus* le lamió la mano, forcejando con sus cuatro patas como un cachorro recién nacido.

—Yo me siento igual-dijo Simon y se levantó con cuidado.

Jane lo pinchó nerviosamente con un dedo.

—¿Estás bien?

—No tengo ni un rasguño.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Vi una luz muy brillante... —Su voz se desvaneció mientras se esforzaba por recordar.

—Eso ha sido porque te has golpeado la cabeza —dijo Barney—. ¿No viste aquel hombre? Lo teníamos justo encima de nosotros cuando... No sé, algo lo detuvo. Ha sido muy raro.

—Como si le diera un ataque —dijo Jane—. Ha empezado a retorcerse, con esa horrible expresión en los ojos, y luego, sencillamente, se ha ido corriendo.

—Era el pintor. El que me robó el dibujo.

—¿De verdad? Claro, también robó a *Rufus*, por eso...

Pero Barney no estaba escuchando. Tenía la vista fija en lo alto de la empinada carretera que había junto al puerto.

—Mirad —dijo con una voz extraña y uniforme.

Miraron adonde les indicaba y vieron a Merriman que venía a su encuentro desde la Casa Gris. La chaqueta abierta le ondeaba al viento y llevaba las manos en los bolsillos, la brisa que empezaba a soplar por todas partes le levantaba el pelo rebelde y canoso.

—Vais a acabar empapados si os quedáis ahí, esperando a que llueva —les dijo al llegar junto a ellos.

Jane miró distraídamente el cielo cada vez más oscuro.

—¿No has visto lo que acaba de pasar?

—En parte —contestó Merriman—. ¿Te has hecho daño, Simon?

—Estoy bien.

Barney seguía mirando a Merriman con expresión desconcertada.

—Has sido tú, ¿verdad? —le dijo en voz baja—. Tú lo has detenido, de algún modo. El pintor ha venido de la Oscuridad.

—Vamos, Barney —dijo bruscamente Merriman—. Eso es mucho suponer. Será mejor que no hagamos conjeturas sobre el origen de tu desagradable amigo y nos limitemos a disfrutar de que se haya marchado y de que *Rufus* esté sano y salvo entre nosotros.

El perro le lamió la mano agitando frenéticamente la cola. Merriman le frotó las suaves orejas.

—Vamos a casa —dijo. Sin volver la vista atrás, *Rufus* echó a andar colina arriba por el lado del puerto y los niños lo vieron desaparecer por la entrada lateral de la Casa Gris.

—Todo eso está muy bien —dijo Barney— pero yo pensaba que nos habías traído aquí para que te ayudáramos.

—¡Barney! —lo riñó Jane.

—Ya me estás ayudando —le dijo Merriman con dulzura—. Te lo dije, ten paciencia.

—Salimos a buscarte —explicó Simon—. Pensamos que a lo mejor te había pasado algo.

—Estaba en la Casa Gris, charlando con el capitán Toms.

—Will Stanton tampoco ha vuelto desde la fabricación de la Brujaverde.

—Supongo que estaría visitando los alrededores. Seguro que ya está en casa. — Merriman volvió a echar un vistazo a los nubarrones, cada vez más bajos. Un ruido sordo llegó desde las nubes que cubrían el mar—. Va. A casa. Antes de que estalle la tormenta.

Los chicos echaron a andar tras las largas zancadas de su tío abuelo, intentando no quedarse rezagados.

—Pobre Brujaverde —dijo Jane distraídamente—, sola en el mar. Espero que el oleaje no la haga añicos.

Subieron los últimos peldaños de la casa y cuando alcanzaron la puerta un destello blanco atravesó el cielo y el estruendo de un gran trueno retumbó por toda la bahía.

—No creo que lo hagan —aseguró Merriman a través de los ruidos.

Jane volvía a estar de pie en Kemare Head pero, en esta ocasión, estaba sola y la tormenta se encontraba en su punto culminante. No parecía ni de día ni de noche. Todo el cielo era gris, denso, pesado; los rayos partían el cielo, los truenos retumbaban y estallaban, devueltos por el eco de los páramos. Las gaviotas chillaban y revoloteaban en la ventisca. A sus pies, el mar hervía y las olas rugían estrellándose contra las rocas.

Jane sentía el empuje del viento, que la inclinaba sobre el acantilado... luego la alzó por los aires y la dejó caer por entre las gaviotas que acechaban a su alrededor.

La caída fue terrorífica, pero también tuvo algo de desenfreno delicioso. Las olas se arremolinaron para salir a su encuentro y, sin ningún choque, ningún chapuzón ni ninguna sensación de haber penetrado en otro elemento, Jane siguió cayendo, lentamente, sumergiéndose en las verdes aguas submarinas que no alcanzaba el frenesí de la tormenta. Nada se movía, solamente las algas se mecían suavemente por efecto de las olas más profundas del océano. Y delante de ella apareció la Brujaverde.

La enorme imagen vegetal estaba de pie, apoyada contra un grupo de rocas escarpadas que le daban cobijo. Seguía intacta, tal como Jane la había visto antes, con la inhumana cabeza cuadrada colocada sobre su ancho cuerpo de gigante. Las hojas y las flores de espino se extendían como algas empujadas suavemente por el mar, meciéndose adelante y atrás. Los pececillos atravesaban la cabeza a toda velocidad y, de vez en cuando, si la fuerza de la tormenta llegaba hasta allí, toda la estructura se balanceaba.

Entonces, mientras Jane contemplaba la imagen, el balanceo se intensificó, como si la tormenta estuviera adentrándose en las profundidades del mar. Podía sentir el envite de las olas. Jane se movía como un pez, obedeciendo y resistiéndose al oleaje al mismo tiempo. La Brujaverde empezó a dar vueltas y a oscilar cada vez más rápido

y más fuerte, inclinándose tanto en todas las direcciones que parecía que acabaría por caerse y ser arrastrada por la corriente. Jane sintió el agua helada y oscura como si anunciara la presencia de un poder maligno y, horrorizada, vio cambiar los movimientos de la Brujaverde. Las extremidades se movían solas, la frondosa cabeza se tensaba y agitaba como si fuera una cara. De repente, el frío desapareció, el mar recuperó su color verde y azul y las algas y los peces volvieron a dejarse mecer por las olas... Pero ahora Jane sabía que la Brujaverde estaba viva. No era buena ni mala, simplemente estaba viva, consciente.

La gran cabeza de hojas se volvió hacia Jane y la Brujaverde le habló directamente a su mente, sin voz.

—Tengo un secreto —le dijo la Brujaverde.

Jane sintió la misma soledad que había notado cuando estaban en tierra, su pena y su vacío. Pero a través del dolor notó que la Brujaverde se aferraba a algo que la reconfortaba, como un niño coge un juguete, si bien este niño tenía cientos de años y a lo largo de su vida eternamente renovada nunca antes había disfrutado de semejante consuelo.

—Tengo un secreto. Tengo un secreto.

—Qué suerte —dijo Jane.

La torre viviente de ramas se inclinó hacia la niña, acercándosele.

—Tengo un secreto y es mío. Mío, mío. Pero te lo revelaré. Si me prometes no explicarlo, explicarlo.

—Lo prometo.

La Brujaverde dio unos bandazos, agitando todas sus ramas y hojas en el agua, y cuando se alejó del nicho rocoso donde había estado recostada, Jane entrevió un objeto oculto en las sombras. Era una cosa pequeña y brillante, escondida en una fisura de la roca, entre arena blanca. Parecía un minúsculo bastón resplandeciente, algo sin importancia salvo porque brillaba con una luz extraña.

—Es muy bonito —dijo Jane como si hablara con un niño pequeño que le estuviera mostrando su juguete.

—Mi secreto —dijo la Brujaverde—. Yo lo guardo. Nadie debe tocarlo. Lo guardo muy bien, para siempre.

Y sin previo aviso, la oscuridad y el frío volvieron a apoderarse del agua, extendiéndose por todo el mundo submarino. La Brujaverde se transformó instantáneamente. Se volvió hostil, ruda, amenazadora. Se abalanzó sobre Jane.

—¡Lo explicarás! ¡Lo explicarás! ¡Lo explicarás!

La cabeza frondosa se distorsionó, convirtiéndose en una parodia horrible de una cara, gruñendo furiosa; las ramas se extendieron, abriéndose, tratando de agarrar y envolver a Jane al tiempo que la Brujaverde se le acercaba inexorablemente. Jane retrocedió aterrorizada, agachándose. Súbitamente notó el agua ardiente, violenta,

opresiva y llena de ruidos atronadores.

—¡No lo diré! ¡Lo prometo! ¡Lo prometo! ¡¡Lo prometo!! Sintió el aire fresco en la cara.

—¡Jane! ¡Despierta! Vamos, Jane, despiértate, ya pasó, no es real... Jane, despierta...

La voz grave de Merriman la llamaba con dulzura pero insistente, sus fuertes manos le asían los hombros, tranquilizándola. Jane se sentó de un brinco, miró a la cara de Merriman, apoyó la frente húmeda en el brazo de él y rompió a llorar.

—Explícame qué te ha pasado —le dijo Merriman con cariño.

—¡No puedo! ¡Lo he prometido! —Cada vez lloraba más.

—Vamos, mírame —le dijo cuando estuvo más calmada—. Has tenido una pesadilla y ya ha pasado. Oí gritos apagados en tu cuarto y cuando entré estabas enterrada bajo las mantas: debías de estar achicharrándote. No me extraña que hayas tenido pesadillas. Va, ahora explícame lo que has soñado.

—Ay —suspiró abatida, y se lo contó.

—Hum. —La cara huesuda y dura de Merriman quedaba oculta por las sombras y Jane no pudo deducir nada de su expresión.

—Ha sido horrible —dijo Jane—. Sobre todo el final.

—Seguro que sí. Me temo que los acontecimientos de anoche han alimentado excesivamente tu imaginación.

Jane consiguió dibujar una débil sonrisa.

—Hoy hemos cenado pastel de manzana y queso. Eso también habrá ayudado un poco, ¿eh?

Merriman se rió y se incorporó, alzándose contra el bajo techo.

—¿Ya estás bien?

—Muy bien, gracias. —Justo cuando él se iba lo llamó—: ¿Gumerry?

—¿Qué ocurre?

—De todos modos, lo siento mucho por la Brujaverde.

—Espero que conserves ese sentimiento —dijo, enigmático, Merriman—. Y ahora, que duermas bien.

Jane se tumbó tranquila, oyendo el repicar de la lluvia en la ventana y los últimos estruendos del final de la tormenta. Antes de caer dormida, recordó súbitamente que reconocía el pequeño objeto brillante que era el secreto de la Brujaverde del sueño. Pero se durmió antes de poder recordar de qué se trataba.



## Capítulo 5

Simon se hundió todavía más en la pequeña y acogedora cueva que había formado entre la almohada y las ropas de la cama.

—Hum. Nnnooo... Vete.

—Va, vamos, Simon. —Barney tiraba constantemente de la sábana—. Levanta. Hace una mañana superior, ya verás. Gracias a la lluvia de ayer, hoy todo está resplandeciente. Podríamos bajar hasta el puerto antes de desayunar, sólo por dar un paseo. No se ha despertado nadie más. Venga.

Refunfuñando, Simon abrió un ojo y miró, parpadeando, hacia la ventana. Una gaviota indolente cambió de rumbo, trazando un arco descendente sobre el fondo azul del cielo sin ni siquiera batir las alas.

—Bueenoo, está bien.

En el puerto todo era quietud. Las barcas permanecían inmóviles, sujetas de las amarras y proyectando el reflejo de sus mástiles en las aguas tranquilas. Las redes que habían sido arrastradas hasta el malecón para ser remendadas olían a cresoto.

Nada rompía el silencio salvo el traqueteo distante de la camioneta del repartidor de leche del pueblo. Los chicos bajaron la colina siguiendo estrechos senderos y chapoteando en los charcos dejados por la lluvia hasta llegar al mar. El sol les calentaba la cara.

Mientras contemplaban los primeros botes se les acercó trotando un perro mestizo del pueblo, les olisqueó juguetonamente los pies y después siguió su camino.

—A lo mejor *Rufus* también anda por ahí —dijo Barney—. Vayamos a ver.

—Vale. —Simon lo siguió sin prisas, contento, relajado por el silencio, el sol y el suave murmullo del mar.

—¡Allí está! —El larguirucho perro venía dando saltos por el muelle. Cuando lo vio empezó a hacer cabriolas y a menear el rabo, enseñando sus dientes blancos y dejando que la larga lengua rosada colgara a voluntad.

—Tontín —le dijo cariñosamente Simon mientras el perro le lamía la mano. Barney se agachó e inspeccionó solemnemente los ojos castaños de *Rufus*.

—Me gustaría que pudiera hablar. ¿Qué nos dirías, eh, chico? ¿Qué sabes del pintor de la Obscuridad y adonde te llevó? ¿Dónde, *Rufus*? ¿Dónde te escondió?

El setter se quedó quieto un momento, mirando a Barney; luego ladeó la cabeza alargada y emitió un ruido extraño, mitad ladrido, mitad gemido, como si preguntara algo. Se volvió, dio unos pasos torpes por el muelle y miró atrás, esperando a que los chicos lo siguieran.

—¡Increíble! —exclamó Simon.

—¡Nos lo va a enseñar! —Barney daba saltitos nerviosos—. ¡Vamos, Simon, rápido! ¡Te apuesto a que nos lleva al escondite del pintor! ¡Y después se lo diremos a

Gumerry!

*Rufus* aulló inquisitivo.

—No sé —dijo Simon—. Deberíamos ir a casa. Nadie sabe dónde estamos.

—Oh, vamos, rápido, antes de que cambie de opinión. —Barney agarró a su hermano del brazo y tiró de él tras el perro rojizo, que ya trotaba confiado por el muelle.

*Rufus* los guió a través del puerto y cogió la carretera interior que conectaba la Casa Gris con el mar. Al principio el camino les resultó familiar, puesto que se adentraba por los callejones más estrechos del pueblo, por entre casas silenciosas donde todos dormían todavía tras las cortinas corridas y una o dos veces pasaron frente a una casita con el rótulo prepotente de HOTEL PARTICULAR. Luego se encontraron detrás de Trewissick, en las tierras de labranza limitadas por setos que bordeaban los conos blancos y las lagunas verdes que formaban las excavaciones de arcilla hasta que, tierra adentro, se fundían con los páramos.

—No podemos alejarnos más, Barney. Deberíamos regresar.

—Sólo un poquito más.

Siguieron adelante por caminos silenciosos y resplandecientes con el verdor primaveral de los árboles. Simon miró alrededor con desasosiego. No pasaba nada malo: el sol los calentaba, los dientes de león coloreaban la hierba... ¿qué podía ir mal? De repente *Rufus* se salió del camino y entró en otro estrecho y lleno de vegetación con un cartel en la esquina que anunciaba: GRANJA PENTREATH. Los árboles de los lados elevaban sus ramas inclinadas formando un arco que cubría el sendero con un dosel de hojas; incluso a la luz de día, el sendero resultaba sombrío y frío y solamente tenues motitas de sol lograban filtrarse a través del follaje. Súbitamente Simon sintió que un mal presentimiento se apoderaba de él. Se quedó petrificado.

Barney lo miró por encima del hombro.

—¿Qué pasa?

—No lo sé muy bien.

—¿Has oído algo?

—No. Sólo que... es como si hubiera estado antes aquí...

—Simon se estremeció. —Es un sensación de lo más extraña.

Barney lo miró, inquieto.

—¿Quizás deberíamos regresar?

Simon no contestó, tenía la vista fija al frente y el ceño fruncido. *Rufus*, que había desaparecido momentáneamente tras un recodo del sendero, regresaba a toda prisa.

—¡Rápido, a los árboles! —Simon agarró a Barney del brazo y, con el perro pisándoles los talones, se colaron en la espesura de árboles y arbustos que bordeaba el sendero. Allí, abriéndose camino cuidadosamente para no hacer ruido, avanzaron

poco a poco hasta alcanzar a ver la parte del sendero que seguía tras el recodo. No dijeron nada, ni siquiera en susurros; apenas si respiraban y *Rufus* se agazapó a sus pies, más quieto que un perro muerto.

Delante de ellos la vegetación clareaba, los árboles ya no formaban un túnel frondoso, sino que se abría un campo salpicado de extraños árboles de gran tamaño y matorrales dispersos. Al otro lado del campo, el camino no era más que un sendero estrecho, cubierto de hierba y marcado por surcos de ruedas, que se adentraba en otra densa arboleda. El camino a la granja Pentreath no parecía muy transitado. Y no se veía rastro de granja alguna. En cambio, en el claro iluminado por el sol, vieron un carromato.

Era alto, bello, resplandeciente: un verdadero carromato gitano antiguo como sólo habían visto en los cuadros. Sobre las altas ruedas con rayos de madera se levantaban laterales blancos, también de madera y ligeramente inclinados hacia afuera, que llegaban hasta un techo con chimenea coronada por una tapa cónica. Los aleros de las cuatro esquinas estaban adornados con volutas y en las paredes laterales se abrían ventanas cuadradas con cuidadas cortinas. De la parte delantera salían los ejes para el caballo, que estaba pastando cerca de allí. En la parte de atrás una robusta escalera de seis travesaños conducía a una puerta pintada a juego con las volutas de los alerones y de dos hojas, como las que se usan en los establos: la mitad superior estaba abierta y la inferior cerrada con llave.

Mientras permanecían agazapados detrás de los árboles observándolo todo con la respiración contenida, apareció una figura en el umbral, abrió la mitad inferior de la puerta y empezó a descender los escalones de la caravana. Barney agarró todavía más fuerte el brazo de Simon. No había error posible: la melena negra y revuelta, el ceño fruncido; el pintor iba incluso vestido exactamente igual que en las dos ocasiones anteriores, con jersey y pantalones azul marino como un pescador.

Barney tragó saliva, muy nervioso por la proximidad del pintor, a quien parecía rodear una nube de malevolencia. De repente el chico se alegró muchísimo de que estuvieran escondidos en la espesura de la arboleda, fuera de su vista. Y así permaneció en el más absoluto silencio, rezando para que *Rufus* no hiciera ningún ruido.

Pero aunque en el claro no se oía el menor ruido, salvo los cantos matinales de los pájaros desde los árboles, el hombre de negro se detuvo súbitamente nada más bajar la escalera. Alzó la cabeza y la giró con aire de ciervo alertado. Barney vio que tenía los ojos cerrados. Luego el pintor se volvió en dirección a los niños, con sus fríos ojos abiertos y dijo con toda claridad: «Barnabas Drew. Simon Drew. Salid de ahí».

No se les pasó por la cabeza huir ni ninguna otra idea que no fuera la más incondicional obediencia. Barney salió automáticamente de entre los árboles y notó que Simon lo seguía con la misma decisión. Hasta *Rufus* trotaba dócilmente junto a

ellos.

Se quedaron los tres juntos de pie a la luz del sol, al lado del carromato y de cara al hombre de negro y, aunque sentían la tibieza del sol en la piel, tuvieron la impresión de que el día se había vuelto frío. El hombre los miró sin sonreír, inexpresivo.

—¿Qué queréis? —preguntó.

En algún lugar de la mente de Barney se encendió una chispa. Luego la chispa encontró yesca y se convirtió en llama: una pequeña luz de resentimiento que estalló con furia y disipó el miedo.

—Bueno, para empezar, quiero que me devuelva mi dibujo —dijo Barney con descaro.

Entrevió a Simon a su lado, sacudiendo levemente la cabeza como si intentara resistirse al sueño y comprendió que su hermano también se había librado del hechizo.

—Me robó mi dibujo en el puerto, vaya usted a saber por qué. A mí me gustaba y quiero que me lo devuelva.

Los ojos oscuros del hombre lo contemplaron con frialdad, sin dejar traslucir las emociones que escondían.

—Unos garabatitos muy prometedores para tu edad.

—Bueno, la verdad es que no lo necesito para nada —dijo Barney, admirándose al recordar el poder que transmitía el cuadro de aquel hombre.

—No —contestó él con una mueca extraña, una media sonrisa—. Ahora no. —Volvió a subir los escalones y, desde el otro lado de la puerta, añadió por encima del hombro—: Muy bien, adelante.

*Rufus*, que había permanecido petrificado desde el principio, empezó a emitir un gruñido sordo desde el fondo de la garganta. Simon trató de calmarlo con una caricia.

—No me parece muy sensato entrar, Barney —le advirtió su hermano.

—Qué va, a mí me parece muy bien —replicó Barney a la ligera y se encaminó hacia la escalera del carromato. Simon no pudo sino seguirlo.

—Quieto aquí, *Rufus* —ordenó Simon. Y el perro se sentó a los pies de la escalera sin dejar de emitir aquel gruñido inquietante e interminable. Los niños siguieron oyéndolo de fondo, a modo de advertencia del peligro que les acechaba.

El hombre de negro les daba la espalda.

—Mirad bien este *vardo* romaní —les dijo sin volverse—. Ya quedan muy pocos como este.

—¿Romaní? —repitió Simon—. ¿Es usted gitano?

—Medio romaní, medio *gorgio*. —El hombre se dio la vuelta y se quedó mirándolos con los brazos cruzados—. Sí, soy medio gitano. Que es lo mejor que se puede encontrar por ahí en estos tiempos. Hasta el *vardo* es sólo gitano a medias.

Señaló al techo del carromato con la cabeza y al alzar la vista los niños vieron que todo él estaba bordeado con las mismas volutas de brillantes colores que adornaban el exterior, de una pared colgaban varias herramientas pequeñas, así como un viejo violín y una alfombra de lana con un extraño estampado a rayas. Pero el mobiliario era moderno y, a todas luces, barato; además la chimenea no era auténtica, sino que se trataba de un tiro de ventilación para expulsar el aire caliente que generaba la cocina eléctrica.

De repente se dieron cuenta de que el techo estaba pintado. De punta a punta, por encima de las fiorituras convencionales y brillantes de las volutas, una gran pintura abstracta se extendía sobre sus cabezas. Sus siluetas y colores no formaban ningún diseño reconocible y, sin embargo, resultaba una visión inquietante, perturbadora, llena de extrañas espirales y sombras atravesadas por colores chillones que atacaban los sentidos. Barney sintió de nuevo el poder y la repulsión que le había transmitido el lienzo que el hombre estaba pintando en el puerto y en el techo encontró de nuevo aquella sombra verde irritante que tanto le había desagradado.

—Vamos a casa —le dijo repentinamente a su hermano.

—Todavía no —intervino en voz baja el hombre de negro y, aunque no se movió, Barney notó el frío de la Obscuridad tratando de controlarlo... Hasta que sin previo aviso el tenue ruidito de fondo que llevaba rato molestándolo se convirtió repentinamente en el silbido de la tetera hirviendo que llenó toda la habitación, haciendo que cualquier premonición del mal resultara absolutamente ridícula.

Pero Simon también lo había notado. Miró al hombre obscuro y pensó: «Intentas que no nos asustemos todavía, tratas de retrasar el momento. ¿Por qué quieres que nos quedemos?».

El hombre moreno estaba ocupado en la prosaica tarea de echar café instantáneo en una taza y verter el agua hirviendo de la tetera.

—¿Alguno de vosotros tomará café? —preguntó por encima del hombro.

—No, gracias —contestó rápidamente Simon.

—No diría que no a un vaso de agua —dijo Barney. Y al ver el ceño fruncido de su hermano, añadió—: Verá, es que pasear me ha dado mucha sed. Me basta con agua del grifo.

—En el armario que tienes a tus pies, a la derecha, encontrarás algunas latas de naranjada —indicó el pintor. Se acercó a la mesa y se sirvió un café—. Precintadas —añadió lanzando una mirada irónica a Simon—. Con gas. Inofensivas. Directas de fábrica.

—Gracias —contestó inmediatamente Barney, y se agachó para abrir el armario.

—Saca también la caja de cartón que hay dentro.

—Vale. —Tras rebuscar ruidosamente durante un rato, Barney apareció con una caja marrón de lo más vulgar, la colocó sobre la mesa y dejó las dos latas de refresco

que aguantaba con la articulación del codo. Sin decir nada más, Simon cogió una y la abrió. El gas emitió un silbido tranquilizador, pero Simon no bajó la guardia y se limitó a simular que bebía. Barney bebió con avidez, emitiendo ruiditos de placer.

—Mejor ahora, gracias. Bueno, ¿y ahora podría devolverme mi dibujo?

—Abre la caja —dijo el hombre mientras se tomaba el café con la cara medio oculta por la larga melena negra.

—¿Está dentro?

—Abre la caja —repitió el hombre en un tono algo tenso. Simon se preguntó a qué vendría tanta tensión.

Barney dejó la bebida en la mesa y levantó la tapa de la caja de cartón. Sacó una hoja de papel y la levantó para verla mejor.

—Sí, es mi dibujo. —Echó otro vistazo a la caja y de repente se le iluminaron los ojos, con un resplandor que viajó directo a su cerebro mientras contemplaba el interior de la caja sin poder creer lo que veía—. ¡Simon! ¡Es el grial! —gritó con la voz rota.

Al instante el mundo a su alrededor cambió. Las puertas de la pequeña caravana se cerraron con un crujido y las persianas se bajaron ocultando la luz del día. Durante unos segundos reinó la más completa oscuridad, pero enseguida los iluminó una luz mortecina. Barney buscó con ojos desorbitados la fuente emisora y para su sorpresa descubrió que el resplandor, tenue e inquietante, no procedía de una lámpara sino del techo pintado. Arriba, las fantasmagóricas espirales verdes que tanto lo habían desagradado emitían un brillo frío e inhóspito. Ahora veía que sí tenían forma; dibujaban formas angulares agrupadas como si fueran algún tipo de escritura desconocida. Iluminado por aquel resplandor verde y frío bajó la vista con miedo, desconfiado, y vio el mismo objeto maravilloso y familiar que antes había descubierto en el interior de la caja. Lo levantó con cuidado y, olvidándose de todo cuanto lo rodeaba, lo depositó sobre la mesa.

—¡Sí que lo es! —suspiró Simon, a su lado.

Ante ellos brillaba el grial gales, la pequeña copa dorada que habían visto por primera vez, tras una ardua búsqueda, en una cueva situada bajo los acantilados de Kemare Head y que habían salvado temporalmente de las gentes y el poder de la Oscuridad. No comprendían qué era ni lo que era capaz de hacer, sólo sabían que para Merriman y las fuerzas de la Luz era uno de los grandes Objetos de Poder, algo de valor infinito cuya verdadera importancia se entendería el día que logran descifrarse las extrañas runas grabadas en sus laterales. Barney contempló, como había hecho miles de veces antes, los dibujos, motivos y signos incomprensibles de los costados dorados del grial. Sólo con que tuvieran... Pero el antiguo manuscrito que habían encontrado dentro de una cajita de plomo en las profundidades de aquella cueva perdida junto al grial descansaba ahora en el fondo del mar, adonde lo había

lanzado el propio Barney desde la punta de Kemare Head en un último esfuerzo por salvar el grial y el manuscrito de manos de la Oscuridad. Aunque el grial estaba a salvo, el manuscrito se había hundido en el mar y sólo él contenía el secreto que permitiría comprender el valioso mensaje del cáliz.

La débil luz del carromato no lograba debilitar el resplandor del grial, que refulgía como una hoguera amarilla ante ellos, cálido y brillante.

—Está muy bien —murmuró Simon—. No tiene ni un rasguño.

—Está en buenas manos —contestó una voz fría desde la oscuridad.

Bruscamente despertaron del ensimismamiento en que habían caído al ver el grial y se encontraron de nuevo envueltos por las tinieblas del pintor de la Oscuridad. Los ojos negros del hombre los observaban desde detrás de la mesa; él mismo era como un dibujo surrealista en blanco y negro: ojos y pelo negros y rostro blanco. Y su voz traslucía ahora mayor fuerza y confianza, incluso cierta nota de triunfo.

—Os permito que echéis un vistazo al grial para hacer un trato con vosotros.

—¿Un trato? —preguntó Simon en un tono de voz más agudo y potente de lo que pretendía—. Usted lo único que hace es robar cosas. El dibujo de Barney, el perro del capitán Toms... y el grial. Seguro que fue usted el que lo robó del museo, o sus amigos...

—Yo no tengo amigos —lo interrumpió el hombre de improviso, como movido por una reacción de amargura que no hubiera podido evitar y al darse cuenta su fría mirada titubeó un instante. Pero enseguida se recuperó y miró a los niños sintiéndose completamente dueño de sí mismo otra vez.

—El robo puede ser un medio para alcanzar otro fin, mi joven amigo. Mi fin es muy simple y no causa mal alguno. Todo lo que pido son cinco minutos de vuestro tiempo, es decir, del de tu hermano pequeño y... cierto talento... que él posee.

—No pienso dejarlo solo ni un minuto —dijo Simon.

—Nunca te he pedido que lo hicieras.

—Entonces, ¿qué?

Barney permanecía callado, observando la escena con cautela. Por una vez no le molestó que Simon tomara el mando. Algo dentro de su mente empezaba a temer cada vez más a aquel hombre de cara pálida, inexpresiva y extraña, quizás porque poseía un talento evidente. Habría sido más fácil enfrentarse a un monstruo.

El pintor miró a Barney.

—Es muy simple, Barnabas Drew —le dijo—. Cogeré la copa a la que llamas grial y la llenaré con algo de agua y un poco de aceite. Luego te pediré que te sientes tranquilamente, mires en su interior y me expliques lo que ves.

Barney lo miró sorprendido. Una idea le rondaba la cabeza como la bruma marina: quizás el hombre no era malo, a lo mejor sólo estaba un poco loco. Eso explicaría todas las cosas raras que había hecho el pintor; al fin y al cabo, incluso los

grandes artistas actúan a veces de forma extraña, como el lunático Van Gogh...

—¿Miro el agua con aceite y le digo lo que veo? —preguntó con cautela—. El aceite forma dibujos muy bonitos en el agua, y colores... Bueno, parece algo inofensivo. ¿No, Simon?

—Supongo —contestó su hermano. Tenía la vista clavada en el hombre de negro, en sus fieros ojos y la palidez de su rostro, y la misma sugestión hipnótica se estaba apoderando de su mente. También a él le parecía cada vez más verosímil que su supuesto adversario no guardara ninguna relación con la Obscuridad, a pesar de lo que pudiera pensar el tío abuelo Merry, y que fuera sencillamente un lunático excéntrico e inofensivo. En cuyo caso sería más seguro seguirle la corriente—. Sí —dijo con firmeza—. ¿Por qué no?

Simon pensó que cuando toda aquella tontería acabara podrían coger el grial y escapar corriendo. Podrían zafarse del tipo, llamar a *Rufus* y devolverle el grial a Gumerry... Miró intensamente a Barney, tratando de comunicarse con él, le dio un codazo disimulado y echó un vistazo al grial. Barney asintió. Sabía lo que su hermano trataba de decirle, a él se le había ocurrido lo mismo.

El hombre oscuro llenó un vaso con agua del grifo y luego la vertió en el grial. Después cogió una botellita marrón de un estante de al lado de la mesa y le añadió un par de gotas de un líquido oleoso. Miró ansiosamente a Barney. Estaba tenso como una vara.

—Ahora —dijo—, siéntate aquí y mira atentamente. Mira con atención y sin prisas. Y dime lo que ves.

Barney se sentó en una silla frente a la mesa y cogió lentamente el cáliz con ambas manos. Aunque el oro grabado del exterior brillaba tanto como de costumbre, la superficie interior se había vuelto de color negro opaco. Barney miró el líquido del cuenco. A la luz fría y verde que incomprensiblemente emitían las pinturas del techo, Barney vio cómo la delgadísima capa de aceite que se extendía sobre la superficie del agua se arremolinaba y se enroscaba, girando, separándose y juntándose constantemente, amontonándose en islas que luego se desvanecían y se mezclaban con el resto del líquido. Y vio... y vio...

Las penumbras cayeron sobre su mente como un ataque de sueño repentino.



## Capítulo 6

Jane estaba al borde de las lágrimas.

—¡No pueden haber desaparecido sin más! ¡Seguro que les ha pasado algo horrible!

—Tonterías —dijo Merriman—. De un momento a otro entraran corriendo, pidiendo el desayuno.

—Pero hace más de una hora que hemos desayunado.

Jane contemplaba distraídamente el ajeteo del puerto iluminado por el sol.

Estaban en el caminito empedrado de los adosados, por encima de la red de escaleras y callejones que descendían en dirección al puerto.

—Seguro que están bien, Jane —dijo Will—. Se habrán despertado temprano, habrán ido a dar una vuelta por ahí y se habrán alejado más de lo previsto. No te preocupes.

—Supongo que tienes razón. Seguro que sí. Es sólo que no puedo quitarme de la cabeza esa horrible imagen de los dos camino de Kemare Head, como hacían siempre el verano pasado, y con alguno de ellos atrapado en el acantilado o algo... Vaya, ya sé que me estoy comportando como una estúpida. Lo siento, Gumerry. —Jane se echó atrás la melena con impaciencia—. Imagino que todo esto es culpa de haber visto cómo tiraban a la Brujaverde. Ya me callo.

—Ya sé lo que haremos —dijo Will—. ¿Por qué no nos acercamos a Kemare Head a echar un vistazo? Te sentirás mucho mejor.

—¿En serio? —les preguntó Jane con la mirada iluminada.

—Pues claro —contestó Merriman—. Y si esos tardones llegan mientras no estamos, ya les dará el desayuno la señora Penhallow. Adelantaos vosotros dos, yo iré a hablar con la señora Penhallow y después os alcanzo.

—Así es mucho mejor —dijo Jane más animada—. Esperar es terrible. Gracias, Will.

—De nada —contestó él de buen humor—. Es una mañana muy bonita para salir a pasear.

—*Creo que los tiene la Obscuridad* —le dijo telepáticamente a Merriman, bastante más triste—. ¿Lo notas?

—*Pero están bien* —fue la fría respuesta telepática que recibió Will — *y quizás nos convenga más así.*

Barney estaba de pie en el umbral del carromato parpadeando por culpa del sol.

—¿Qué? ¿Las cogemos o qué?

—¿El qué? —preguntó Simon.

—Pues las bebidas, claro.

—¿Qué bebidas?

—Pero ¿a ti qué te pasa? Las bebidas que nos acaba de ofrecer. Ha dicho que tenía unas latas en el armario y que nos sirviéramos nosotros mismos. Y algo de una caja de cartón. —Barney dio media vuelta para entrar en el carromato, pero vio que su hermano lo miraba muy sorprendido y se detuvo en seco—. Simon, ¿me quieres decir qué te pasa?

Simon estaba lívido, su rostro crispado y arrugado con una extraña expresión adulta de preocupación y angustia. Se quedó mirando a Barney unos instantes y luego, haciendo un gran esfuerzo, se obligó a ponerse al mismo nivel de conversación que su hermano.

—Cógelas —le dijo—. Cógelas tú y tráelas fuera. Se está muy bien al sol.

Oyeron un ruido a sus espaldas, procedente del interior del carromato y Barney vio que su hermano saltaba como si acabara de recibir una puñalada y luego volvía a esforzarse por mantener el control. Simon se apoyó en la pared del carromato, de cara al sol.

—Vamos, Barney —dijo.

Desconcertado, Barney entró en el carromato, cuyo interior iluminaba el sol que entraba por las ventanas. El pintor estaba tomándose una taza de café apoyado en la mesa.

—¿Aquí? —Barney señaló con el pie un pequeño armario que había bajo el fregadero.

—Sí —contestó el hombre.

Barney se arrodilló, sacó dos latas de naranjada y revisó el contenido del armario.

—Dijo que había una caja de cartón. No la veo.

—No era nada importante —contestó el pintor.

—Aquí hay algo... —Barney estiró el brazo y sacó una hoja de papel. Le echó un vistazo y se sentó sobre los talones mirando al pintor con rostro inexpresivo—. Es mi dibujo. El que me quitó.

—Bueno, por eso viniste, ¿no? —Sus ojos negros miraron con frialdad a Barney desde debajo de un ceño fruncido—. Cógelo, bébete el refresco y lárgate.

—Me gustaría saber por qué me lo quitó.

—Me hiciste enfadar —contestó el hombre escuetamente. Dejó la taza de café y acompañó a Barney hasta la salida—. Ningún mocosito critica mi obra. No volvamos a empezar —advirtió con voz amenazadora cuando Barney abrió la boca—. Ahora, vete.

—¿Qué ocurre? —preguntó Simon desde el umbral.

—Nada —dijo Barney. Enrolló el dibujo, cogió dos latas de refresco y salió del carromato.

—En realidad no tengo sed —le dijo su hermano.

—Bueno, pues yo sí. —Barney bebió un buen trago de naranjada.

El pintor los observaba con el ceño fruncido mientras les impedía la entrada al carromato. Fuera, su enorme caballo dio un paso adelante y siguió pastando rítmicamente bajo el sol.

—¿Ya podemos irnos? —preguntó Simon.

—Yo no tengo ningún poder sobre vosotros —se apresuró a contestar el hombre entrecerrando los ojos—. ¿Por qué me lo preguntas?

Simon se encogió de hombros.

—Barney acaba de decir que nos fuéramos y usted nos ha dicho que todavía no. Por eso.

El rostro oscuro del pintor pareció aliviado.

—Tu hermano ya tiene su querido dibujo, así que fuera, ya os podéis ir. A la izquierda, pasada la granja, encontraréis un atajo que lleva al pueblo —y señaló hacia el sendero cubierto de hierba que desaparecía a la vuelta de la esquina—. El camino está lleno de maleza, pero os llevará hasta Kemare Head.

—Gracias —dijo Simon.

—Adiós —dijo Barney.

Cruzaron el claro sin volver la vista atrás. Fue como salir de una niebla densa.

—¿Crees que será una trampa? —susurró Barney—. Podría haber alguien esperándonos en la granja.

—Demasiado retorcido —dijo Simon—, no necesita tendernos trampas.

—Muy bien. —Barney miraba con curiosidad a su hermano sin dejar de caminar—. Simon, de verdad, tienes muy mal aspecto. ¿Seguro que te encuentras bien?

—Que te calles —le contestó Simon en voz baja pero firme—. Estoy bien. Vamonos de aquí.

—¡Mira! —dijo Barney en cuanto doblaron la esquina—. ¡Está vacía!

Frente a ellos se erigía una granja gris y de una sola planta claramente abandonada: no había movimiento, la maquinaria se oxidaba desparramada por el patio y se veían varias ventanas sin cristales o con los cristales rotos. La cubierta de paja de una edificación anexa se caía sin remedio y el bosque comía terreno a la casa, acosada por las verdes ramas de las zarzas.

—No me extraña que viva en el carromato. ¿Crees que es medio gitano de verdad?

—Lo dudo —contestó Simon—. Me pareció una excusa inventada para justificar ese aire extraño que tiene. Yo no sé por qué lo dice, pero seguro que Gumerry lo sabrá. Ahí está el camino. —Se dirigió hacia un pasadizo abierto en la maraña de vegetación que crecía cerca de la casa y ambos se adentraron en un estrecho sendero lleno de zarzas.

—Me muero de hambre —dijo Barney—. Espero que la señora Penhallow haya preparado huevos con beicon.

Simon echó un vistazo alrededor con la misma expresión demacrada de antes.

—Tengo que hablar con Gumerry. Los dos tenemos que hablar con él. No sabría explicarte por qué, pero es muy urgente.

Barney lo miró, asombrado.

—Bueno —dijo—, estará en casa, ¿no?

—Quizás. Pero debe de hacer siglos que han desayunado, seguro que nos están buscando.

—¿Dónde?

—No lo sé. Podríamos probar con la Casa Gris, para empezar.

—Vale —dijo Barney alegremente—. Este sendero debe de llevar cerca de la casa. Y podemos... —Se paró en seco, con la vista clavada en Simon—. ¡Rufus! ¡Nos lo hemos olvidado! ¡Simon, es horrible, me he olvidado por completo de él! ¿Dónde habrá ido?

—Se escapó. Esa es una de las cosas que tengo que explicarle a Gumerry. —Simon continuó caminando cansinamente—. Todo está relacionado. Tenemos que encontrar al tío abuelo Merry inmediatamente o puede ocurrir algo terrible.

—Por aquí no se ve ni rastro de ellos. —Will trepó hasta la cima de las rocas que formaban el extremo de Kemare Head.

—No —dijo Merriman. Estaba de pie, quieto, dejando que su pelo blanco ondeara al viento como si fuera una bandera.

—Habrán bajado por la siguiente bahía —dijo Jane—. Vayamos a ver.

—De acuerdo.

—Esperad —dijo Merriman. Alzó el brazo y señaló tierra adentro, hacia el silencioso grupo de rocas que coronaba la bahía de Trewissick. Al principio Jane no vio nada, pero luego descubrió una mancha cobriza que se acercaba a ellos muy rápido, una mancha que al cabo de unos instantes se convirtió en la imagen de un perro corriendo desesperadamente.

—¿Rufus?

El setter cobrizo se detuvo derrapando delante de ellos, jadeando y resollando con ladridos entrecortados.

—Siempre va corriendo de un lado para otro tratando de explicarse —dijo Jane con impotencia, y se agachó a acariciarle la cabeza—. Ojalá pudieras hablar. ¿Quieres venir con nosotros, Rufus? ¿Quieres ayudarnos a buscar a Barney y a Simon?

Pero enseguida quedó claro que Rufus sólo intentaba persuadirlos de que desandarán el camino que había recorrido por el cabo. Saltó, aulló y ladró hasta que lo siguieron.

Y a medida que se aproximaban a las rocas, los inmensos monolitos de granito gris que se levantaban solitarios entre las hierbas azotadas por el viento, vislumbraron a Simon, Barney y el capitán Toms acercándose por el camino del pueblo.

Avanzaban lentamente porque el anciano necesitaba el bastón, pero Jane adivinó la impaciencia contenida de sus hermanos por su forma de andar.

Merriman los esperó detrás de las rocas. Luego miró a Simon con expresión interrogativa.

—Así que echó un chorrito de aceite en el grial —dijo Simon—, que se quedó flotando sobre el agua y Barney se sentó a mirarlo.

—¿Sentarme? —preguntó Barney—. ¿Dónde?

—A la mesa. En el carromato. Estábamos a oscuras, salvo por aquella luz verde tan rara que salía del techo.

—No recuerdo ninguna luz verde. Anda ya, Simon, no recuerdo haber visto el grial ni siquiera un segundo... Estoy seguro de que no lo he visto.

—Barney —se quejó su hermano tratando de contenerse. Simon se recostó en una de las rocas—. ¿Te vas a callar o no?

Estabas bajo los efectos de algún tipo de hechizo, por eso no te acuerdas de nada.

—Sí que me acuerdo, recuerdo todo lo que hicimos, que fue casi nada. Quiero decir que sólo estuvimos allí un par de minutos, lo justo para recuperar mi dibujo. Y no me senté dentro...

—Barnabas —interrumpió su tío abuelo en voz baja pero con una dureza que dejó a Barney petrificado. Luego añadió en un susurro—: Perdona.

Simon no le prestaba atención. Tenía la mirada vidriosa y perdida, como si contemplara algo que no estuviera allí.

—Barney estuvo un rato mirando en el interior del grial y luego el ambiente se enfrió repentinamente; fue horrible. Barney empezó a hablar, pero —tragó saliva— pero... no con su voz, era otra voz y también hablaba de un modo extraño, con palabras diferentes... Dijo un montón de cosas que no entendí, sobre alguien llamado Anubis y sobre prepararse para recibir a los grandes dioses. Luego dijo «Están aquí», pero no explicó a quién se refería. Y el pintor, el hombre de la Oscuridad, empezó a preguntarle cosas y Barney le iba respondiendo, pero con aquella voz profunda y extraña que no era la suya. Parecía la voz de otro.

Simon se revolvió nerviosamente; los demás estaban sentados a su alrededor, entre las enormes piedras, escuchándolos en silencio, concentrados. El viento ululaba suavemente entre la vegetación, rodeando las columnas pétreas.

—El hombre preguntó: «¿Quién lo tiene?», y Barney contestó: «La Brujaverde». El pintor dijo: «¿Dónde?» y Barney: «En las profundidades verdes, inalcanzable en el reino de Tethys». Entonces el otro dijo: «No para mí» y Barney se quedó callado durante un rato hasta que se puso a hablar con su verdadera voz y empezó a describir lo que veía. Parecía muy alterado. Dijo: «Hay una criatura grande y extraña, toda de color verde, y todo está a oscuras menos un lugar de donde sale una luz muy brillante, pero brilla tanto que no se puede mirar... y tú no le gustas, ni yo, ni

nadie..., no dejará que nadie se le acerque...». El pintor estaba muy nervioso, tanto que apenas podía permanecer sentado. Le preguntó a Barney qué hechizo afectaría a la criatura. De repente Barney dejó de ser él mismo, otra vez parecía como si no estuviera allí y habló con aquella voz profunda que no era la suya; dijo: «El hechizo de Mana y el hechizo de Reck y el hechizo de Lir y, no obstante, ninguno de ellos si Tethys se pone en tu contra. Porque muy pronto la Brujaverde se convertirá en la criatura de Tethys y tendrá toda la fuerza que emana del mar».

—Ah —dijo el capitán Toms.

—El hechizo de Mana y el hechizo de Reck y el hechizo de Lir. ¿Estás seguro de que dijo eso? —preguntó Will bruscamente.

Simon, cansado y resentido, levantó la cabeza y lo miró con desdén.

—Por supuesto que estoy seguro. Si hubieras oído una voz como esa saliendo de la boca de tu hermano recordarías todas y cada una de sus palabras durante el resto de tu vida.

Will asintió lentamente, sin que su cara redonda trasluciera ninguna emoción.

—Sigue, sigue —pidió Merriman con impaciencia.

—Entonces el pintor se acercó a Barney y le habló en susurros. Yo casi no podía oír lo que decía. Le preguntó si estaba siendo vigilado. Pensé que Barney se moría. Miró al interior del grial con la expresión contrahecha y los ojos en blanco, pero después se recuperó y la voz dijo: «Estarás a salvo si no empleas los hechizos fríos». El hombre asintió con un gesto y dejó escapar un ruidito sibilante; parecía muy contento. Se recostó en la silla. Creo que ya había preguntado todo lo que quería saber pero de repente Barney se levantó y aquella voz horrible se puso a gritar diciendo: «A no ser que descubras el secreto del Objeto de Poder ahora que la primavera ha llegado a su clímax, el grial tendrá que ser devuelto a la Luz. Debes apresurarte antes de que la Brujaverde se adentre en las grandes profundidades, date prisa». Después la voz se calló y Barney se desplomó en la silla y... —Simon levantó la cabeza desafiante y añadió con voz temblorosa—... y agarré a Barney para ver si estaba bien y el pintor se enfadó mucho y me chilló. Supongo que pensó que rompería el hechizo o algo así. Así que yo también me enfadé y le grité que no llegaría a ninguna parte después de que te explicáramos lo que había pasado. Entonces se volvió a sentar sonriéndome de una forma muy desagradable y me dijo que con sólo chasquear los dedos podía hacer que olvidáramos todo lo que él quisiera.

—Y Barney lo ha olvidado —dijo Jane—. Pero tú no. —Oímos a *Rufus* ladrando fuera— continuó Simon —y Barney y yo salimos a buscarlo, pero el hombre de negro se levantó de un brinco y chasqueó los dedos una sola vez delante de nosotros. Barney tenía la mirada vidriosa y se movía muy despacio, abrió la puerta como un sonámbulo. Así que lo imité porque estaba claro que tenía que ir con muchísimo

cuidado para que el pintor no sospechara que podía recordar lo que había pasado. *Rufus* ya no estaba. Se había escapado. Barney parpadeó, sacudió la cabeza y, de repente, se puso a hablar como si acabáramos de llegar al claro. Como si hubiera retrocedido en el tiempo. Yo intenté hacer lo mismo que él. —Pues no te salió demasiado bien— dijo Barney. —Tenías un aspecto espantoso, pensaba que te ibas a poner a vomitar...

—¿Qué pasó con el grial? —preguntó Jane.

—Imagino que todavía lo tiene el pintor.

—No sé —dijo Barney—. No recuerdo haberlo visto. Lo que sí recuerdo es que me devolvió el dibujo. Mira. —Le entregó el dibujo a Merriman, que lo hizo girar entre los dedos distraídamente sin quitar la vista de encima a Simon.

—Simon —dijo Jane—, ¿por qué funcionó el chasquido de dedos con Barney y contigo no?

—Fue por las bebidas —respondió Simon—. Ya sé que suena estúpido, pero tiene que haber sido eso. Nos dio unos refrescos de naranja y seguro que estaban envenenados.

—Burdo —dijo Merriman—. Anticuado. Interesante. —Miró a Will, que le devolvió la mirada, también impenetrable.

—Pero las latas estaban cerradas —protestó Barney con incredulidad—. Por eso nos las bebimos, porque no podía haberles metido nada. Y de todos modos tú ni siquiera abriste la tuya.

—El hechizo de Mana —le dijo en voz muy baja Will Stanton a Merriman—. Y el hechizo de Reck.

—Y el hechizo de Lir.

—No, Barney —dijo Simon—. En realidad entraste a por las bebidas dos veces, pero la primera es una de las cosas que has olvidado. Y aunque la segunda vez no bebí nada, la primera fingí que tomaba un poco de naranjada. Así que el pintor creyó que la treta funcionó con los dos.

—No podemos esperar más —le dijo Will a Merriman—. Tenemos que ir inmediatamente.

Simon, Jane y Barney se quedaron mirándolo. Su voz tenía un tono decidido y escueto nada infantil. Merriman asintió, con expresión adusta y tensa.

—Cuida de ellos —le pidió al capitán Toms sin dar más explicaciones. Luego se volvió hacia Simon y con la misma lúgubre expresión añadió—: ¿Estás seguro de que al final la voz que hablaba a través de Barney dijo: «Antes de que la Brujaverde se adentre en las grandes profundidades»?

—Sí —contestó nerviosamente Simon.

—Entonces todavía sigue aquí —dijo Will y, para perplejidad de los niños, él y Merriman salieron corriendo hacia la punta del cabo.

El anciano larguirucho y el niño robusto echaron a correr con la veloz gracilidad de los animales, cada vez más rápido, de una manera que hacía olvidar su edad y cualquier impresión de familiaridad.

Al llegar a las rocas del borde del cabo no se detuvieron, sino que siguieron adelante. Ágilmente, Will se subió de un salto a la cima de Kemare Head y se lanzó al vacío, quedando suspendido en el aire con los brazos abiertos; detrás de él se lanzó Merriman, con su pelo blanco ondeando al viento como la cresta de una garza. Durante unos segundos pareció que las dos figuras extendidas de brazos y piernas quedaban colgadas del cielo y luego, con una lentitud que invitaba a pensar que el tiempo mismo contenía el aliento, cayeron y desaparecieron de la vista. Jane gritó.

—¡Se matarán! —exclamó Simon, horrorizado—. ¡Se matarán!

El capitán Toms se volvió hacia los niños con expresión severa. No se apoyaba sobre el bastón, parecía incluso más alto que antes. Extendió el brazo y los señaló con la mano abierta.

—Olvidad —dijo—. Olvidad.

Los niños, cogidos de improviso, parecían indecisos. Después desapareció el terror de sus caras y adoptaron un gesto perdido, inexpresivo.

—Nuestra misión —explicó con mucho tacto el capitán— consiste en mantener alejado de la Brujaverde al hombre de la Obscuridad. Will y vuestro tío abuelo se han unido a los pescadores... Nosotros cuatro tenemos que vigilar por otro lado, desde los adosados y la Casa Gris. Y ahora, no tengáis miedo.

Bajó lentamente el brazo y, como marionetas, los niños volvieron a la vida.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Simon—. Vamos, Jane.

—Yo voy con usted, capitán —dijo Barney.

—Te prepararé el desayuno, que ya es muy tarde —dijo el capitán Toms guiñándole un ojo, apoyado otra vez en el bastón.



## Capítulo 7

Se zambulleron en el mar como aves marinas, sin dejar ni una onda en las aguas del Atlántico. Penetraron hacia las profundidades, donde brillaba una luz verde y mortecina, y aunque respiraban como los peces, se movían por el agua como rayos de luz, a una velocidad que ningún pez alcanzaría jamás.

A millas de distancia y brazas de profundidad, aceleraron progresivamente su descenso hacia las profundidades remotas. El mar estaba lleno de ruidos, sonidos sibilantes, gemidos, chasquidos y golpes como descargas de un cañón que provocan los bancos de peces que se dispersaban asustados cuando los veían pasar. El agua fue caldeándose y coloreándose de un verde jade y translúcido. Por debajo de él, a lo lejos, Will vio los últimos restos de un viejo naufragio. Los mástiles habían sido reducidos a meros tocones y la broma había carcomido las cubiertas. De entre la arena que se había ido acumulando sobre el casco sobresalían un cañón antiguo cubierto de corales y dos calaveras blancas y sonrientes. Quizás los mataron los piratas, pensó Will, y perecieron destruidos, como tantos otros, no por las Oscuridad ni por la Luz, sino por sus propios congéneres...

Las marsopas jugueteaban por encima de sus cabezas y enormes tiburones grises se cruzaban en su camino, volviéndose para observar con curiosidad a los dos Antiguos que descendían veloces como rayos. Bajaron más y más, hacia el submundo nebuloso, la zona de penumbras oceánicas que apenas alcanza la luz del sol y donde todos los peces —largos y esbeltos peces de grandes bocas y extrañas especies planas con ojos telescópicos— brillan con resplandor propio. Llegaron al fondo del mar, que cubre una superficie mayor que cualquier tierra, prado, bosque, montaña o desierto, a la fría oscuridad donde ningún hombre normal sobreviviría; una región dominada por el miedo y la traición, donde los peces se devoran entre sí y la vida se reduce a fieros ataques y al terror de la lucha desesperada. Will vio enormes peces parecidos a sapos con sedales de puntas brillantes ondeando en sus espaldas, cruelmente colgados de bocas enormes y repletas de dientes. Vio una criatura espantosa que parecía toda boca, una boca inmensa como una chimenea con puerta y un cuerpo raquítico que iba disminuyendo hasta formar una cola larga como un látigo. A su lado, el cuerpo de otra criatura empezó a agitarse horriblemente mientras un pez grande desaparecía entre forcejeos dentro de aquella boca-trampa. Will se estremeció.

—Ni luz —le dijo a Merriman mientras continuaban el descenso—, ni alegría ni nada. Sólo hay miedo.

—Este no es el mundo de los hombres —contestó Merriman—, es el mundo de Tethys.

Incluso en lo más oscuro del mar se sabían observados y escoltados por vasallos de Tethys que resultaban invisibles incluso para los ojos de un Antiguo. La Dama del

Mar supo de su presencia mucho antes de que ellos se acercaran mínimamente. Ella tenía sus propios canales de información. Más vieja que la tierra, más vieja que los Antiguos y que la humanidad, la Señora gobernaba su reino de olas como había hecho desde el nacimiento del mundo: sola, con poder absoluto.

Llegaron a una gran grieta abierta en el lecho marino, un abismo más profundo que el océano. El fondo del mar estaba cubierto por una capa fina de barro rojo. Aunque habían dejado cualquier vestigio de luz diurna a millas de distancia sobre sus cabezas, las aguas negras disfrutaban de otro tipo de luz que les permitía ver como a criaturas de las profundidades. Pares de ojos ocultos en las grietas y oquedades los observaban desde la obscuridad. Se estaban acercando a su destino.

Mientras Will y Merriman aminoraban el ritmo del descenso a aquellos rincones perdidos del océano, notaban a su alrededor la presencia de todos esos observadores, pero sólo de forma muy vaga, como en un sueño. Y cuando por fin el mar los condujo hasta Tethys, no la vieron. Era una mera presencia: Tethys era el mar; y le hablaron con gran reverencia, en la lengua de los Antiguos.

—Bienvenidos —les dijo Tethys desde las oscuras profundidades del mar—. Bienvenidos, Antiguos de la tierra. Hacía ya tiempo que no veía a ninguno de los vuestros, quizás quince siglos.

—Fui yo quien vino entonces —dijo Merriman con una sonrisa.

—Lo recuerdo, halcón. Y te acompañó otro Antigo, pero creo que no era él.

—Yo acabo de llegar a la tierra, señora, pero os presento mis más profundos respetos —dijo Will.

—Ah... —contestó Tethys—. Aaah... —y su suspiro fue el susurro del mar—. Halcón, ¿qué te ha llevado a repetir este arduo viaje?

—Venimos a pedirnos un favor, señora —contestó Merriman.

—Claro, siempre es por eso.

—Y para obsequiaros con un presente —añadió Merriman.

—¿Sí? —Las sombras de las profundidades se agitaron levemente como por efecto de una suave marejada.

Will miró a Merriman, sorprendido: no sabía nada de ningún regalo, a pesar de que ahora le parecía de lo más apropiado. Merriman se sacó de la manga un papel enrollado que, en aquellas penumbras, pareció un cilindro resplandeciente; lo desenrolló: era el dibujo de Trewissick que había hecho Barney. Will se acercó para verlo mejor. Se trataba de un esbozo en tinta y lápiz, tosco pero muy vivido; las casas del fondo sólo estaban insinuadas y Barney se había concentrado en dibujar con todo detalle el primer plano, compuesto por una barca pesquera y el mar rizado a su alrededor. Hasta había reproducido en la popa el nombre de la barca, que se llamaba *Dama Blanca*.

Merriman extendió el brazo y dejó que el dibujo se meciera libremente en el

agua; desapareció inmediatamente entre las sombras. Hubo un momento de espera y después se oyó una risita de Tethys. Parecía complacida.

—De modo que los pescadores no me olvidan. Incluso después de tanto tiempo, algunos todavía me recuerdan.

—El poder del mar nunca cambiará —musitó Will—. Hasta los hombres se dan cuenta de eso. Y además estos son isleños.

—Y estos son isleños —repitió Tethys con fruición—. Y son mi gente, si es que alguien lo es.

—Hacen lo que han hecho siempre —dijo Merriman—. Salen a pescar al caer el sol y regresan con el alba. Y una vez al año, en plena primavera, cuando ya apunta el verano, fabrican para vos, para la Dama Blanca, una figura verde de ramas y hojas y la lanzan al mar como ofrenda.

—La Brujaverde —dijo Tethys—. Ya ha vuelto a renacer, es el momento. Pronto llegará. —Su voz adquirió una frialdad palpable a través de las sombras—. ¿Qué favor era ese, halcón? La Brujaverde es mía.

—La Brujaverde siempre ha sido vuestra y siempre lo será. Pero como su entendimiento no es tan profundo como el vuestro, ha cometido el error de quedarse con algo que pertenece a la Luz.

—Eso no es asunto mío —contestó Tethys.

Una tenue luz irradió de la sombra azul en la que se ocultaba y los peces y las criaturas marinas que los rodeaban los iluminaron con destellos y resplandores. Will vio estrellas que se mecían sobre enormes bocas abiertas, anillos de luces como ojos de buey que recorrían de cabo a rabo extraños peces alargados. A lo lejos distinguió un grupo de luces muy raras de colores variados que parecía corresponder a algún tipo de criatura de gran tamaño que se escondía en la penumbra. Se estremeció, asustado por aquel elemento extraño en el que respiraban y nadaban gracias a la magia.

—La Magia Salvaje no tiene aliados ni enemigos —dijo Merriman con frialdad—. Ya lo sabéis. Podéis no ayudarnos, pero tampoco debéis entorpecer nuestra misión porque en tal caso estaríais colaborando con la Oscuridad. Y si la Brujaverde se queda con lo que ha encontrado, la Oscuridad saldrá muy reforzada.

—Un argumento muy flojo —repuso Tethys—. Lo único que en realidad significa es que entonces la Luz no conseguirá ir con ventaja. Pero no se me permite ayudar a la Luz ni a la Oscuridad a ganar ningún tipo de ventaja... No me habléis con artimañas, amigo.

—La Dama Blanca todo lo ve —dijo Merriman, con un tono de voz triste y humilde que desconcertó a Will hasta que comprendió que no era más que una forma delicada de recordarle el regalo que le habían traído.

—Ja. —La voz que hablaba desde la oscuridad pareció divertida—. Tendremos

que regatear, Antiguos. Podéis tratar de persuadir a la Brujaverde en mi nombre para que os entregue esa... cosa... que tanto valoráis. Antes de que la criatura llegue a las profundidades del océano el asunto queda entre vosotros y ella. No interferiré, ni la Obscuridad se inmiscuirá en mi reino.

—¡Gracias, señora! —dijo Will, entusiasmado.

Pero la voz siguió hablando sin pausa.

—Solamente hasta que la Brujaverde regrese a las profundidades marinas, como hace todos los años. Hasta que vuelva a su hogar, a mí... Después, Antiguos, todo lo que tenga lo habréis perdido para siempre. No deberéis seguirla. Nadie. No podréis volver aquí ni siquiera con el hechizo que hoy os ha traído a mí. Si la Brujaverde decidiera traerse vuestro secreto a las profundidades, aquí permanecerá para siempre.

Merriman hizo un intento de decir algo, pero la voz lo atajó con dureza.

—Eso es todo. Ahora marchaos.

—Señora... —dijo Merriman.

—¡Fuera! —gritó Tethys, repentinamente colérica.

Los rodeó un gran resplandor y las profundidades se llenaron de estruendos, se levantaron corrientes furiosas que tiraban de sus extremidades, los peces y las anguilas cruzaban a su lado en todas direcciones, veloces como rayos, y una enorme figura emergió de las penumbras. Era el objeto obscuro en cuyo interior se encontraban las luces brillantes que había visto Will y que ahora se acercaban paulatinamente, creciendo cada vez más y emitiendo destellos blancos y purpúreos desde una masa negra e hinchada del tamaño de una casa. Will comprobó aterrorizado que aquella cosa era un calamar gigante, uno de los grandes monstruos de las profundidades, inmenso y terrible. Tenía unos tentáculos larguísimos y cubiertos de ventosas que agitaba constantemente; Will sabía además que la criatura podía moverse a la velocidad del rayo y que un mordisco de su horrible boca picuda podría aniquilarlos en un instante. Aterrado, buscó a tientas un hechizo para destruirlo.

—¡No! —le dijo Merriman telepáticamente—. Aquí no sufriremos ningún daño, aunque parezca peligroso. Creo que la Dama del Mar... sólo está... invitándonos a que nos marchemos. —Se inclinó en una reverencia exagerada ante las sombras de las profundidades—. Nuestro agradecimiento y respeto, señora —anunció en voz alta y clara, y luego se alejó hacia la superficie con Will a su lado. Dejaron atrás la figura amenazadora del calamar gigante y retrocedieron por donde habían llegado, en dirección al gran océano abierto.

—Debemos ir a ver a la Brujaverde —le dijo a Will—. No tenemos tiempo que perder.

—Si vamos los dos —le gritó Will mientras se alejaban— y le lanzamos el hechizo de Mana, el de Reck y el de Lir, ¿nos entregará el manuscrito?

—Después. Pero los hechizos harán que oiga y escuche, porque sólo ellos pueden domeñar la magia que fabricó a la Brujaverde.

Surcaron el mar como rayos de luz procedentes de las gélidas regiones inferiores hacia las tibias aguas tropicales y de regreso al frío mar de Cornualles. Pero cuando llegaron a su destino, la Brujaverde no estaba bajo el oleaje de Kemare Head. No había rastro de ella. Se había ido.

## Capítulo 8

Cuando Simon y Jane llegaron de regreso a la casa se encontraron a Fran Stanton poniendo la mesa.

—Hola —los saludó—. ¿Tenéis hambre? La señora Penhallow ha tenido que salir, pero ha dejado unas empanadas muy apetitosas.

—Ya se huelen, ya —dijo Simon, hambriento.

—Qué bien —dijo Jane—. ¿Lo habéis pasado bien? ¿Dónde habéis estado?

—No nos hemos alejado mucho —contestó la señora Stanton—. Hemos ido a Saint Austell, aquí al lado. Viendo canteras, fábricas y ese tipo de cosas. —Arrugó la cara con gesto amistoso—. En fin, después de todo Bill vino para eso. Y la verdad es que hay algo mágico en esas enormes pirámides de arcilla blanca y las charcas tan plácidas que se forman a sus pies. El agua es tan verde... ¿Os estáis divirtiendo? ¿Qué habéis hecho?

—Will y el tío abuelo Gumerry han ido a dar un paseo. Barney está en la Casa Gris con el capitán Toms. Se supone que nosotros iremos esta tarde; el capitán nos ha invitado a cenar —improvisó Jane—. Es decir, si no le importa.

—Por mí, perfecto —contestó Fran Stanton—. De todos modos Bill y yo tampoco cenaremos aquí, lo he dejado visitando a un conocido cerca de Saint Austell y tengo que pasar a recogerlo esta noche. He vuelto sólo para descansar un poco. Va, vamos a comer, y así me podrás explicar todo ese asunto de la Brujaverde que no me dejaron ver, Jane.

De manera que Jane, con ciertas dificultades, dio una descripción de la fabricación de la Brujaverde como una alegre fiesta nocturna, una especie de excursión para las chicas del lugar, mientras Simon engullía empanadas de Cornualles y se esforzaba por no mirarla a los ojos. La señora Stanton la escuchó alegremente, moviendo con admiración la cabeza.

—Me parece maravilloso que todavía se mantengan estas costumbres tan antiguas —dijo—. Y está muy bien que no dejen asistir a la celebración a los extranjeros. En mi país, muchos de los indios permiten que los blancos participen de sus danzas nativas y antes de que te des cuenta ya se ha convertido todo en una atracción para turistas.

—Me alegro de que no se sintiera ofendida —dijo Jane—. Teníamos miedo de que...

—Ay, no, no. ¡Qué va! Tengo suficiente material para darles una conferencia estupenda a mi grupo de viajes cuando regrese a casa. Verás, somos un club que se reúne una vez al mes y cada vez que nos juntamos alguien da una pequeña charla con diapositivas sobre algún lugar que haya visitado. Esta será la primera vez —añadió con una pizca de nostalgia— que voy a poder hablar de algún lugar excepcional...

Salvo por la vez que fuimos a Jamaica, aunque todo el mundo ha estado en Jamaica.

Un rato después, mientras Simon y Jane bajaban camino del puerto, recordarían la conversación del almuerzo.

—La verdad es que es un encanto —dijo Jane—. Me alegro de que nos tenga a nosotros como tema para su club.

—Los nativos y sus pintorescas costumbres ancestrales.

—Vamos, Simon, si ni siquiera eres nativo. Tú eres uno de los visitantes de Londres.

—Pero no soy ni la mitad de extranjero que ella. No es culpa suya. Pero como viene de tan lejos no acaba de conectar. Como toda esa gente que va al museo a ver el grial y dicen que es una maravilla sin tener ni idea de lo que es en realidad.

—Querrás decir la gente que solía ir a verlo, cuando aún estaba allí.

—Vaya, sí.

—En fin, nosotros nos comportaríamos como la señora Stanton si fuéramos a su país.

—Pues claro, pero esa no es la cuestión...

Siguieron discutiendo amigablemente mientras cruzaban el muelle y se encaminaban colina arriba hacia la Casa Gris. Jane se detuvo a recuperar el aliento y echó un vistazo al trayecto que llevaban recorrido. De repente se apoyó en la pared que tenía al lado y se quedó clavada, con la vista fija en el horizonte.

—¡Simon!

—¿Qué pasa?

—¡Mira!

En el puerto, en el mismísimo centro del muelle, estaba el pintor, el hombre de la Obscuridad. Estaba sentado en un taburete plegable colocado frente a un caballete, con una mochila abierta a sus pies y pintando. Se movía despacio, sin prisas, tranquilamente sentado mientras pintaba un cuadro. Dos visitantes se detuvieron junto a él para observarlo, pero no les prestó atención y siguió pintando sin alterarse.

—¡Está ahí sentado! —exclamó Simon con incredulidad.

—Es un truco. Seguro. A lo mejor tiene un cómplice, alguien que le hace el trabajo mientras él trata de atraer nuestra atención.

—No había señales de que alguien más hubiera estado en el carromato —dijo Simon despacio—. Y la granja parecía llevar varios años abandonada.

—Vayamos a contárselo al capitán.

Pero no hubo necesidad de explicarle nada. Al llegar a la Casa Gris se encontraron a Barney en una pequeña habitación del piso de arriba con vistas al puerto, vigilando al pintor con el telescopio más largo del capitán Toms. En cuanto al capitán, tras franquearles la entrada, se había quedado en la planta baja. «A este pie mío —se había quejado— no se le dan muy bien los escalones».

—Pero te apuesto a que si quiere puede ver más cosas con los ojos cerrados que yo con este trasto —dijo Barney atisbando por el telescopio con un ojo cerrado y la cara toda arrugada—. El capitán es especial. Ya sabéis, como Gumerry. Son de la misma especie.

—Pero me pregunto qué especie será esa —dijo Jane, pensativa.

—¿Quién sabe? —Barney se enderezó—. Una especie extraña. Una superespecie. La especie que pertenece a la Luz.

—Sea lo que sea la Luz.

—Sí. Sea lo que sea.

—¡Oye, Jane! ¡Mira esto! —Simon estaba inclinado sobre el telescopio—. Es fantástico, como si estuviéramos allí mismo. Casi se le pueden contar las pestañas.

—Llevo tanto rato mirando esa cara que podría dibujarla de memoria —dijo Barney.

—Es como poder oír todo lo que dice. —Simon se había quedado pegado a la lente, extasiado—. Hasta podrías leerle los labios. Se ve hasta el menor cambio de expresión.

—Es verdad —dijo Barney. Echó un vistazo distraído por la ventana, respiró sobre el cristal y dibujó una cara en el trozo empañado, luego la borró—. La vista de su cara es de primera. El único problema es que no se ve el cuadro.

Jane estaba mirando por el telescopio. Observaba con nerviosismo la cara atrapada en la distancia por la potencia de la lente, una cara de cejas oscuras y gesto concentrado que enmarcaba una melena larga y rebelde.

—Bueno, claro, desde aquí ves la parte de atrás del caballete, sólo tienes ángulo para verle la cara por encima de la tela. Pero no importa, ¿no?

—Sí que importa, si eres un artista como Barney —dijo Simon, y se llevó las manos a la cabeza poniendo pose de artista extravagante.

—Ja, ja —rió Barney con paciencia—. No es sólo eso. A lo mejor el cuadro tiene alguna importancia.

—¿Por qué?

—No lo sé, pero el capitán Toms me preguntó qué estaba pintando el hombre de negro.

—¿Qué te dijo cuando le explicaste que no lo veías?

—Nada.

—Bueno, entonces no importa.

—Este pintor tuyo no cambia nunca de expresión, ¿no? —Jane seguía observando por el telescopio—. Está ahí sentado mirando a la tela y sin hacer nada. Qué raro.

—No es tan raro —opinó Simon—. Es de esos tipos que lo mira todo fijamente.

—No, lo que quiero decir es que es muy raro que no mire a otro lado. Si te fijas en mamá cuando está pintando un paisaje, le ves los ojos yendo de un lado para otro



todo el rato. Van de lo que sea que esté pintando al cuadro y luego otra vez a lo que pinta. Pero el pintor no lo hace.

—Déjame ver. —Barney la hizo a un lado y se abalanzó ansiosamente sobre el telescopio, apartándose el pelo de la cara—. Es verdad, tienes razón. ¿Cómo es que no me he fijado antes? —Se golpeó la rodilla con el puño.

—Pues yo sigo sin ver a qué viene tanta emoción —musitó Simon.

—Bueno, a lo mejor no es nada. Pero yo iría a explicárselo al capitán Toms.

Bajaron los tres tramos de escalera ruidosamente y entraron en el salón revestido de libros de la parte delantera.

Rufus se levantó y los saludó agitando la cola.

El capitán Toms estaba de pie junto a una estantería, ojeando un librito pequeño que sostenía entre las manos. Al oírlos entrar, levantó la vista y cerró el libro.

—¿Alguna novedad?

—Sigue allí sentado, pintando —dijo Barney—. Pero Jane se ha dado cuenta de una cosa: de que no pinta del natural. Quiero decir que sólo mira a la tela, nunca mira a ningún otro sitio.

—Así que lo mismo podría estar pintando aquí que en su carromato —apuntó Simon, que empezaba a pensar con rapidez—. O sea, que no debe de haber venido a pintar, tiene que haber venido por alguna otra razón.

—Podría ser —concedió el capitán Toms. Separó cuidadosamente los libros de la estantería más cercana y volvió a colocar en su sitio el que tenía en las manos—. Pero también podría ser que no.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Jane.

—Puede que la pintura y esa otra razón sean en realidad la misma cosa. El problema está en que —el capitán se quedó mirando a sus libros como si esperara de ellos una respuesta—, por mucho que lo intente, no consigo averiguar lo que trama.

Se turnaron durante horas para vigilarlo. Al final, tras una cena temprana que lo mismo habría pasado por merienda, Jane y Simon regresaron con el capitán Toms al salón forrado de libros. El anciano chupaba con fruición una pipa de agradable aroma con el pelo canoso rodeándole la calva como la tonsura de algún viejo monje genial.

—Pronto obscurecerá —dijo Jane mirando al cielo de color anaranjado—. Y tendrá que dejar de pintar.

—Sí, pero de momento sigue ahí —dijo Simon—, porque si no, Barney habría bajado. —Se puso a dar vueltas por la sala, echando miradas distraídas a los cuadros de las paredes—. Me acuerdo de estos barcos del año pasado. *Cierva dorada... Mary y Ellen... Lotería*: qué nombre más curioso para un barco.

—Sí lo es, sí —admitió el capitán Toms—. Pero muy adecuado. La lotería es una apuesta y el barco era de unos tipos a los que les gustaba arriesgar. Era una nave de contrabando muy famosa.

—¡Contrabandistas! —A Simon se le iluminaron los ojos.

—Hace doscientos años por Cornualles pasaba una ruta regular de contrabando. Contrabando... Ni siquiera lo llamaban así; para ellos era comercio de bajo coste. Tenían unas barquitas pequeñas pero rápidas y muy bonitas. Algunas construidas aquí mismo, en Trewissick. —El anciano miró con expresión ausente su pipa, haciéndola girar entre sus dedos—. Pero el *Lotería* tiene una historia negra, relacionada con un antepasado mío al que a veces desearía olvidar. Aunque es mejor recordar las cosas... El *Lotería* era una preciosidad de barco, con base en Polperro. Su tripulación tenía años de experiencia en el contrabando y nunca los habían atrapado, hasta que un día, al este de Trewissick, se toparon con un cúter del gobierno, se enfrentaron y acabó muriendo un funcionario. Claro, el asesinato ya no era contrabando. Así que toda la tripulación del *Lotería* fue perseguida. En Cornualles no cuesta mucho escabullirse, de modo que todos estuvieron a salvo por una temporada. Y así habrían seguido, pero un miembro de la tripulación, Roger Toms, se entregó y declaró como testigo de la acusación asegurando que su compañero Tom Potter había sido el autor del disparo mortal.

—Y Roger Toms era su antepasado —dijo Jane.

—Así es, el pobre infeliz. Las gentes de Polperro lo metieron en un barco con destino a las islas del canal de la Mancha para que no pudiera testificar contra Tom Potter en el juicio. Pero los hombres del gobierno lo trajeron de vuelta y Tom Potter fue arrestado, juzgado en el Old Bailey de Londres y colgado.

—¿Y no era culpable? —preguntó Simon.

—Nadie lo sabe. Las gentes de Polperro aseguraban que era inocente, hubo incluso quien dijo que Roger Toms había sido el autor del disparo. Pero quizás estuvieran protegiendo a uno de los suyos, porque Tom Potter era de Polperro y Roger Toms había nacido en Trewissick.

—No debería haber delatado a un compañero —sentenció Simon con severidad—, aunque fuera culpable. Eso es como un asesinato.

—Así es —concedió el capitán Toms—. Y Roger Toms no se atrevió a volver a poner el pie en Cornualles en toda su vida. Pero nadie supo nunca sus verdaderas motivaciones. En Trewissick hay quien dice que Potter era culpable y que Toms lo delató por el bien de todas las esposas e hijos, dando por seguro que si no se acusaba al único culpable, antes o después atraparían y colgarían a toda la tripulación del *Lotería*. Pero la mayoría no lo tiene en buena consideración. Es la vergüenza del pueblo, incluso hoy. —El capitán miró al cielo cada vez más oscuro y sus ojos azules se endurecieron repentinamente—. De Cornualles ha salido lo mejor y lo peor. Y también lo ha recibido.

Jane y Simon se quedaron mirándolo, sorprendidos. Pero antes de que pudieran abrir la boca, Barney entró en el salón.

—Tu turno, Simon. Capitán, ¿podría tomar algo más del pastel de la cena?

—Vigilar abre el apetito, ¿eh? —dijo el capitán Toms en tono solemne—. Pues claro que puedes.

—Gracias. —Barney se detuvo un instante en el umbral, observando la habitación—. Mirad —dijo y encendió las luces.

—¡Dios! —exclamó Jane parpadeando por el exceso repentino de luz—. La verdad es que está muy oscuro. No nos habíamos dado cuenta.

—Y él sigue allí fuera, pintando —comentó Barney.

—¿Todavía? ¿A oscuras? ¿Cómo puede pintar a oscuras?

—Bueno, pues lo hace. Quizás no pinte lo que tiene delante, pero sigue manchando la tela con pintura, inmutable. Ha salido la luna, es solo media luna, pero da luz suficiente para verlo con el telescopio. Os digo que ese tipo está loco como una cabra.

—No te acuerdas del carromato —le dijo Simon—. No está loco. Viene de la Oscuridad.

Simon salió del salón y subió la escalera. Barney se encogió de hombros con indiferencia y se dirigió a la cocina a por su pastel.

—Capitán Toms —preguntó Jane—, ¿cuándo volverá Gumerry?

—Cuando haya encontrado lo que ha ido a buscar. No te preocupes. Los dos vendrán directamente aquí. —El capitán se levantó y cogió el bastón—. Creo que yo también voy a ir a echar una miradita por el telescopio, así que si me disculpas un momento, Jane...

—¿Podrá?

—Uy, sí, no te preocupes. Subiré a mi ritmo. Salió renqueando del salón y Jane se arrodilló en el asiento empotrado de la ventana para contemplar el puerto. Se había levantado viento, que empezaba a silbar entre las contraventanas. Jane pensó que el pintor de la Oscuridad iba a coger frío. No entendía por qué seguía allí afuera. ¿Qué estaba haciendo?

El viento arreció. La luna se escondió y el cielo se quedó a oscuras. Jane ya no veía el perfil de las nubes como antes. De repente se dio cuenta de que tampoco oía el mar. Normalmente el suave rumor de las olas rompiendo contra el espolón producía una música constante y baja, como un elemento más de la vida; siempre estaba presente, por lo que apenas se le prestaba atención. Pero ahora se distinguía claramente el sonido de cada una de las olas; Jane oía el chasquido y la salpicadura de cada ola. El mar, como el viento, estaba enfureciéndose.

Simon y el capitán Toms regresaron al salón. Jane los vio reflejados como fantasmas en la ventana y se volvió.

—Ya no lo vemos —dijo Simon—. No hay luz. Pero no creo que se haya marchado.

—¿Qué hacemos? —le preguntó Jane al capitán. El viejo marinero tenía una expresión preocupada y pensativa, con el rostro arrugado. Ladeó la cabeza y se quedó escuchando al viento.

—Esperaría un poco a ver qué pasa con el tiempo, por más razones de las que imagináis. Después... después, ya veremos. Barney apareció en el umbral, mascando un enorme pedazo de pastel amarillo.

—Mira qué bien —dijo Jane muy animada, para dejar de oír el mar—, debes de haberte comido la bandeja entera.

—Mmmff —dijo Barney y tragó—. ¿Sabes que todavía está fuera?

—¿Qué?

—No sólo he estado dándome un atracón en la cocina. Salí un momento por la puerta trasera y crucé la carretera para mirarlo desde allí... Pensé que si abría la puerta de delante podría ver la luz. ¡Y todavía sigue allí! Exactamente en el mismo lugar. Mira, Simon, ese tipo tiene que estar chiflado de verdad. Venga de donde venga. Porque sigue sentado frente a su caballete completamente a oscuras y continúa pintando. ¡Pintando, si está negro como boca de lobo! Aunque tiene algún tipo de iluminación, por eso se ve que sigue en su sitio, por el resplandor de la luz. Pero de todos modos, en serio...

El capitán Toms se sentó bruscamente en una butaca.

—No me gusta —musitó para sí—. No tiene sentido. Intento ver y sólo encuentro oscuridad...

—Se ha levantado mucho viento —dijo Jane con un estremecimiento.

—En la calle se oyen las olas rompiendo contra el cabo con mucha fuerza —dijo Barney, contento. Se zampó el último trozo de pastel.

—¿Va a haber tormenta, capitán? —preguntó Simon.

El anciano no contestó. Siguió encorvado en su butaca, con la vista fija en la chimenea vacía. *Rufus*, que estaba echado tranquilamente en la alfombra, se levantó y le lamió la mano, gimiendo. Una repentina ráfaga de viento se coló silbando por la chimenea y golpeó la puerta de entrada. Jane dio un bote, sobresaltada.

—¡Ay! Espero que Gumerry esté bien. Ojalá hubiéramos acordado algún tipo de señal para hacerlo volver en caso de necesitarlo. Como hacen los indios con las señales de humo.

—Pues ahora necesitarías un fuego, con lo oscuro que está —dijo Barney—. Un faro, por ejemplo.

—Por estas tierras —dijo, ausente, el capitán— los faros son tan antiguos como las gentes que los encienden. Son un aviso que se remonta al principio de los tiempos... —Se inclinó hacia delante, cruzando las manos por encima de su bastón labrado y clavando la vista delante de él como si contemplara el pasado infinito, obviando el salón y los niños que lo acompañaban. Cuando volvió a hablar, su voz

pareció más joven, clara y fuerte. Todos lo observaron sorprendidos—. La última vez que la Obscuridad se alzó en estas tierras, llegó del mar. Y los hombres de Cornualles encendieron faros en todas partes para alertar de su llegada. Desde Estols hasta Trecobben y Carn Brea, de Saint Agnes a Belovely y el risco de Saint Bellarmine, incluso en Cadbarrow, Rough Tor y Brown Willy. La última hoguera la encendieron en Vellan Druchar, donde la Luz presentó batalla a la Obscuridad. Las fuerzas de la Obscuridad estaban retirándose hacia el mar para escapar y contraatacar después. Pero la Dama trajo un viento del oeste que acabó con todas sus esperanzas de darse a la fuga, así que las fuerzas de la Obscuridad fueron derrotadas. Por el momento. Sin embargo, los primeros Antiguos profetizaron que un día la Obscuridad volvería a alzarse desde ese mismo mar, en la misma costa.

Se calló bruscamente, dejándolos a todos perplejos. Finalmente, Simon se atrevió a preguntar con voz ronca:

—¿La...? ¿Se está alzando la Obscuridad?

—No lo sé —respondió sencillamente el capitán Toms en su tono de voz habitual—. Creo que no, Simon. De momento es imposible, pero en tal caso, está ocurriendo algo que no logro comprender. —Se levantó apoyándose en el brazo de la butaca—. Puede que haya llegado el momento de que salga ahí fuera a echar un vistazo.

—Iremos con usted —dijo inmediatamente Simon.

—¿Seguro?

—Para ser sincera —confesó Jane— pase lo que pase ahí fuera no será peor que quedarnos aquí solos.

—Eso me temo —dijo Barney.

—Entonces coged las chaquetas —dijo el capitán, con una sonrisa—. *Rufus*, tú te quedas aquí. Quieto aquí.

Dejaron al perro cobrizo tumbado de mala gana en la alfombra frente a la chimenea y salieron de la Casa Gris. Poco a poco, al ritmo del capitán, descendieron la colina. Abajo, junto a los muelles, el anciano los condujo cuidadosamente hasta la sombra de un almacén situado en la parte trasera del puerto. Acurrucados en su escondite y azotados por el viento que soplaba desde el mar, podían ver al pintor de la Obscuridad sentado a menos de dos metros de distancia de ellos, junto a la orilla del mar y rodeado de luz.

En cuanto lo vio, Jane dejó escapar un grito ahogado y oyó que sus compañeros reaccionaban igual. El pintor no tenía ninguna linterna que radiara el resplandor que lo envolvía. Aquel brillo procedía del cuadro.

Una luz verde, azul y amarilla iluminaba la obscuridad formando un revoltijo de líneas contorsionadas como un nido de serpientes. La primera vez que vio el cuadro, Jane sintió una aversión inmediata por sus formas, colores y emociones, pero aun así no podía dejar de mirarlo. Incluso entonces, el hombre continuaba pintando. El viento

le tiraba de las ropas y empujaba el caballete, de modo que el pintor tenía que sostenerlo con una mano pero sin embargo continuaba pintarrajeando frenéticamente la tela con un pincel rebosante de aquellos colores horribles y extraños que tanto le gustaban y que para la desconcertada Jane parecían emanar todos del propio pincel, sin necesidad de mojarlos de nuevo en pintura.

—¡Es horrible! —exclamó Barney con violencia. Lo dijo sin pensar, en voz muy alta, pero el viento borró sus palabras al instante. El pintor, situado a barlovento, tampoco lo habría oído ni aunque hubiera chillado a pleno plumón.

—¡Ahora lo entiendo! —El capitán Toms golpeó el suelo con el bastón sin apartar la vista del cuadro—. ¡Eso es! ¡Claro! ¡Pinta sus hechizos! Mana y Reck y Lir... ¡Todo el poder emana del cuadro! Se me había olvidado que podía hacerse. Claro, ahora lo entiendo... Pero es demasiado tarde, demasiado tarde...

—¿Demasiado tarde? —preguntó, temerosa, Jane.

El viento aullaba en sus oídos, les golpeaba la cara y les lanzaba la espuma salada del mar a los ojos. No llovía, tampoco había rayos ni truenos; sólo se oía el rugir del viento y el oleaje.

Se echaron hacia atrás tambaleándose, empujados por el temporal, mientras el pintor encorbaba sus anchas espaldas contra el viento, tratando de mantenerse en pie. Arrojó el pincel, los cuadros y las hojas de papel salieron volando y se quedó solo con aquella extraña tela brillante. La alzó por encima de su cabeza y gritó unas palabras en un idioma que los niños no entendieron.

De repente oyeron un ruido proveniente del mar que no se parecía a nada que hubieran oído antes, un sonido sibilante como de succión y que retumbó de punta a punta del puerto. El viento cesó. Súbitamente se extendió un fuerte olor a mar, pero no a putrefacción, sino a espuma, olas, peces, algas y brea, arena húmeda y conchas.

La luna asomó un instante desde detrás de una nube deslavazada y vieron una ola increíblemente grande avanzar hacia el puerto. En la cresta de la ola se vislumbraba una figura erecta y oscura, el doble de alta que cualquier hombre, acercándose al pintor y trayendo con ella un penetrante aroma a mar todavía más intenso que antes.

El pintor sostuvo la tela con los brazos en alto y la agitó violentamente contra la figura oscura de las olas mientras gritaba con voz rota: «¡Alto! ¡Detente, te lo ordeno!».

—La Brujaverde —anunció el capitán Toms en voz queda, casi para sus adentros.

## Capítulo 9

Se acurrucaron en la puerta del almacén para contemplar la escena. El viento se había detenido y la repentina quietud que dominaba el ambiente, rota sólo por el rumor de las olas, resultaba inquietante. De vez en cuando llegaba hasta allí el murmullo de los coches que pasaban por la carretera principal del pueblo, pero los niños no le prestaban atención. Era como si no existiera nada más en el mundo fuera de aquella cosa que se *alzaba* delante de ellos sobre el mar fluctuante subiendo cada vez más.

No veían con claridad de qué se trataba. Aquella cosa no tenía un contorno ni caracteres reconocibles. Sólo percibían una gran masa de obscuridad absoluta que tapaba todo resquicio de luz o brillo de las estrellas y que se erguía sobre el misterioso punto luminoso que indicaba la situación del hombre de la Obscuridad. Jane pensó de repente que aquello era mucho mayor que la imagen de hojas y ramas que había visto lanzar al mar desde Kemare Head. Y sin embargo, siguió reflexionando, la Brujaverde le había parecido inmensa en la obscuridad de aquella otra noche, erguida entre las sombras que proyectaban las llamas de la hoguera.

—¡Brujaverde! —dijo en voz alta y clara el pintor.

Simon notó que su hermano temblaba de forma convulsiva y se le acercó. Barney lo cogió del brazo, agradecido.

—¡Brujaverde! ¡Brujaverde!

—¿Por qué me llamas? —preguntó una voz imponente desde la impresionante masa de obscuridad. Era una voz que parecía llenar la noche entera, una voz como el mar, con una melodía siempre cambiante.

El pintor bajó aquel cuadro terrorífico y su luz se desvaneció gradualmente.

—Os necesito —contestó.

—Soy la Brujaverde —suspiró cansinamente la voz—. Estoy hecha para el mar, pertenezco al mar. No puedo hacer nada por ti.

—Tengo que pedir os un pequeño favor —dijo el pintor, dulce y halagador, a pesar de que se lo notaba tan tenso que parecía que fuera a rompersele la voz en mil pedazos.

—Pertenece a la Obscuridad. Lo noto. No me está permitido hacer tratos ni con la Obscuridad ni con la Luz tampoco. Es la Ley.

—Pero os habéis apoderado de algo que la Ley no os permite poseer —arguyó rápidamente el pintor—. Y lo sabéis. Tenéis parte de un antiguo Objeto de Poder que no debería ser vuestro ni de ninguna otra criatura del Mundo Salvaje. Brujaverde, debéis entregármelo.

—¡No! —gritó la voz marina de la obscuridad con gran dolor—. ¡Es mío! ¡Mi secreto! —Jane se estremeció. Aquella era la voz que había oído en sueños: lastimera, quejumbrosa, el llanto de un niño.

—No es vuestro —le contestó con rudeza el pintor.

—¡Es mi secreto! —chilló la Brujaverde y pareció que la masa de oscuridad se elevaba y agitaba—. Lo guardo yo, nadie lo tocará. Es mío, ¡para siempre!

Inmediatamente el pintor bajó la voz y optó por un tono amable y adulador.

—Brujaverde, Brujaverde, hija de Tethys, hija de Poseidón, hija de Neptuno... ¿Qué necesidad tenéis vos de un secreto en las profundidades?

—Tanta como tú.

—Vuestro hogar está en las profundidades. —El pintor mantuvo su actitud amable y persuasiva—. Allí no hay necesidad de secretos. No es lugar para un objeto como ese, compuesto por hechizos que ni siquiera conocéis.

—Es mío. Yo lo encontré —insistió la voz de la oscuridad obstinadamente, casi mezquina.

—¡Loca! —gritó el pintor con voz temblorosa—. ¡Loca! ¿Cómo osáis jugar con asuntos de Alta Magia?

Ahora la luz de su cuadro se desvanecía más deprisa y los niños ya sólo alcanzaban a ver la oscuridad de la Brujaverde bordeada por el pálido reflejo gris del cielo y el mar. Solamente se oían aquellas dos voces, que resonaban por todo el puerto vacío.

—No eres más que una criatura fabricada y ¡harás lo que te ordene! —El tono del pintor era arrogante y autoritario—. ¡Dámelo, ahora mismo, antes de que la Oscuridad te borre para siempre de este mundo!

Los niños notaron que el capitán Toms los empujaba cuidadosamente pero con premura contra la pared, hacia un rincón alejado del lugar del muelle donde se estaban enfrentando las dos figuras. Se dejaron guiar nerviosamente.

Desde la negrura de la Brujaverde se elevó un sonido horripilante: un largo lamento, casi un gemido, que subía y bajaba de intensidad como un lloriqueo. Luego cesó, y la criatura empezó a refunfuñar entre dientes, palabras incompletas que no alcanzaba a pronunciar. Después siguió un momento de silencio hasta que súbitamente volvió a hablar con toda claridad:

—No tienes pleno poder de la Oscuridad.

—¡Ahora! ¡Os lo ordeno! —chilló el pintor con voz estridente.

—No tienes pleno poder de la Oscuridad —repitió la Brujaverde con confianza creciente—. Cuando se alza la Oscuridad no llega como un único hombre, sino como una terrible negrura que abarca todo el cielo y la tierra. Lo sé, mi madre me lo ha mostrado. Pero tú estás solo. La Oscuridad te envió para una misión insignificante y ahora tú estás tratando de convertirte en un gran Señor, en uno de los maestros. Crees que si consigues completar para ti uno de los Objetos de Poder te convertirás en uno de los grandes. Pero todavía no lo eres, ¡y no puedes darme órdenes!



—Tethys ha comprendido lo que nosotros no éramos capaces de ver —musitó el capitán Toms en el rincón.

—¡Tengo todo el poder que necesito! —gritó el pintor—. ¡Y ahora, Brujaverde, obedece a la Oscuridad!

La Brujaverde empezó a emitir un ruido sordo y bajo de tan mal agüero que los niños se apretaron aún más contra la pared. Fue algo a medio camino entre el gruñido de un perro y el bufido de un gato, con un claro mensaje amenazador.

—¡Por el poder del hechizo de Mana y el hechizo de Reck y el hechizo de Lir! —bramó con furia el pintor. Gracias al último tenue destello del cuadro pudieron ver cómo el hombre lo volvía a alzar por encima de su cabeza y lo balanceaba delante de la oscuridad que ocultaba a la Brujaverde. El gruñido se convirtió en rugido atronador y el aire se sentía espeso, lleno de miedo y furia, mientras Jane no paraba de oír en su cabeza una voz que gritaba: «¡Déjame en paz! ¡Déjame en paz!», pero nunca supo si alguien había llegado a pronunciar realmente aquellas palabras.

Sólo eran conscientes de la presencia de una gran cólera. Una furia resentida que retronaba en sus oídos, retumbando como una salva de olas rompiendo en las rocas. Y de repente el mundo entero brilló con una luz verde cuando, por un instante terrible, la Brujaverde se dejó ver en el cielo con toda su fuerza, mostrando con suma claridad hasta el último detalle con un brillo que nunca más volverían a recordar. El pintor se lanzó hacia atrás con un grito y cayó al suelo. La Brujaverde, vomitando ira por su boca inmensa, extendió sus terribles brazos en toda su amplitud como si quisiera envolver el pueblo entero... y se desvaneció. No se hundió en el mar. No desapareció como un globo cuando explota. Se desvaneció como el humo, disipándose en la nada. Y no por ello sintieron menos miedo, sino una tensión aún mayor como si el ambiente amenazara tormenta. —¿Se ha ido?— susurró Barney.

—No —contestó el capitán Toms con gravedad—. Está en todo el pueblo. Está con nosotros, a nuestro alrededor. Está enfadada y en todas partes. Es muy peligrosa. Tengo que llevaros a casa inmediatamente. Merry tenía sus buenas razones para elegir esos adosados: son tan seguros como la Casa Gris; están protegidos por la Luz.

Barney seguía con la vista fija en la figura inmóvil del muelle.

—¿El pintor está muerto? —preguntó temeroso.

—Eso es imposible —dijo en voz baja el capitán y miró hacia el pintor. El hombre yacía de espaldas rodeado por el charco negro que formaba su propia melena y respiraba con normalidad.

Oyeron el motor de un automóvil que se aproximaba por la carretera del puerto. El coche dio la vuelta a la esquina y Simon se adelantó para detenerlo, aunque no hubo ninguna necesidad. En cuanto los faros del coche enfocaron al grupo del muelle, el conductor se detuvo bruscamente haciendo chirriar los frenos. Desde detrás de aquellas luces cegadoras se oyó una voz con acento estadounidense.

—¡Eh! ¿Qué pasa?

—¡Son los Stanton!

Los niños se abalanzaron hacia las puertas del coche, de donde salieron dos figuras perplejas. El capitán Toms se volvió de inmediato y habló con voz clara y autoritaria.

—El atardecer... Habéis elegido un buen momento para regresar. Acabamos de encontrar a ese individuo tirado en el suelo de camino a casa. Deben de haberlo atropellado y habrán salido corriendo.

Bill Stanton se arrodilló junto al pintor postrado y le auscultó el corazón, le levantó una pestaña y después le palpó cuidadosamente piernas y brazos.

—Está vivo... No sangra por ninguna parte... No hay fracturas evidentes... A lo mejor ha sido un ataque al corazón en vez de un coche. ¿Hay alguna ambulancia en el pueblo?

—En Trewissick no —dijo el capitán—, no se nos dan bien las emergencias. Y solamente tenemos un policía, con motocicleta... Verá, señor Stanton, lo mejor que podemos hacer es meterlo en su coche y llevarlo hasta el hospital de Saint Austell. Para cuando diésemos con el agente Tregear, el pobre hombre podría estar muerto.

—Tiene razón —dijo Fran Stanton con preocupación—. Será mejor que nos lo llevemos, Bill.

—Por mí de acuerdo. —El señor Stanton repasó el muelle con la mirada, buscando con atención—. Tendremos que levantarlo con mucho cuidado... Me pregunto... ¡Ajá! —Le dio un codazo a Simon, que estaba a su lado—. ¿Ves aquella pila de tablas? Traedme una entre los dos, niños. Rápido.

Forcejeando entre todos lograron colocar al pintor sobre la estrecha madera y luego, maniobrando con suma lentitud, lo levantaron para conducirlo hasta el asiento trasero del coche.

—Sujétalo con los cinturones de seguridad, Frannie —dijo el señor Stanton mientras se sentaba al volante—. Creo que así irá bien... ¿Hará el favor de llamar al policía para que se reúna con nosotros, capitán Toms? No me gustaría que alguien creyera que le atropellamos nosotros.

—Claro, por supuesto.

—¿Dónde está Will? —preguntó Fran Stanton antes de cerrar la puerta del coche. Su marido soltó la llave de arranque.

—Es verdad. Es muy tarde. No puede ser que Merry y Will todavía estén por ahí. ¿Dónde está Will, niños?

—Will... —empezó a decir el capitán con un carraspeo.

—No pasa nada, tío Bill —dijo Will desde atrás—. Estoy aquí.

## Capítulo 10

—Muy bien —dijo Merriman observando cómo el coche de los Stanton giraba al final del puerto y se dirigía a la calle principal del pueblo—. Tendrán el tiempo justo para salir de aquí.

—Lo dices como si alguien fuera a lanzar una bomba —dijo Simon.

—Gumerry —intervino Jane, muy nerviosa—, ¿qué va a pasar?

—Nada, a vosotros nada. Vamos. —Merriman dio media vuelta y se encaminó a grandes zancadas hacia los adosados. Los niños salieron disparados tras él.

—¡Hasta luego, Merry! —gritó el capitán Toms.

Los niños se detuvieron y se volvieron con preocupación. El capitán había puesto rumbo a la Casa Gris.

—¿No viene con nosotros, capitán?

—¡Capitán Toms!

—Vamos ya —les dijo Merriman con sequedad y los hizo pasar delante de él. Sus sobrinos le contestaron lanzándole miradas de enfado y reproche. Únicamente Will siguió adelante sin dar muestras de la menor emoción.

—Me alegro mucho de que hayas vuelto —dijo Jane colocándose junto a su tío abuelo—. ¿Qué va a ocurrir ahora? ¿Qué pasará?

Merriman la miró desde lo alto con sus ojos hundidos en sombras, sin aminorar el paso.

—La Brujaverde ha salido. Esta noche se ha liberado todo el poder de la Magia Salvaje, que no tiene disciplina ni control. El poder de la Luz, puesto que así lo hemos preparado, protegerá las dos casas adosadas y la Casa Gris, pero todo lo demás... Trewissick está poseído. Esta noche no va a ser un lugar muy agradable. —Hablabla con voz tensa y grave, llena de inquietud.

Los niños siguieron nerviosamente al profesor por los senderos zigzagueantes y la escalera que conducía a las dos casas adosadas. Luego se colaron en la habitación iluminada como ratones que se hunden en el subsuelo huyendo del acecho del búho.

Simon tragó saliva tratando de recuperar el resuello. Se sentía algo avergonzado de tener tanta prisa por escapar.

—¿Dónde te habías metido? —le preguntó a Will agresivamente.

—He estado hablando con varias personas —contestó Will, sin alterarse.

—Bueno, ¿y qué has descubierto? Porque te has tomado tu tiempo, ¿eh?

—No gran cosa —respondió Will con suavidad—. Nada que no haya ocurrido ya.

—Entonces no ha servido de nada que te fueras, ¿no?

—Supongo que no —se rió Will.

Simon lo miró fijamente un momento y luego apartó la vista, irritado. Will echó una miradita a Jane y le guiñó el ojo. Ella le contestó con una mueca compungida,

pero cuando Will se volvió, se quedó observándolo al tiempo que meditaba: «Simon tenía ganas de pelea, pero tú no. A veces te comportas como un adulto. ¿Quién eres, Will Stanton?».

—¿Qué deberíamos hacer, Gumerry? —preguntó Jane—. ¿Quieres que Simon y yo subamos arriba a vigilar?

—Me gustaría que os fuerais todos a dormir —contestó Merriman—. Ya es tarde.

—¡A la cama! —Barney estaba aún más enfadado que sus hermanos—. ¡Ahora que la cosa se pone emocionante!

—Emocionante es una manera de decirlo, sí —el rostro huesudo de Merriman tenía una expresión adusta—, pero si te quedas, igual se te ocurren otras peores. Haced lo que os digo, por favor. —El tono de sus palabras no invitaba a la discusión—. Buenas noches —dijo Jane mansamente—. Buenas noches, Will.

—Hasta mañana a todos —contestó Will con naturalidad, y se fue a la mitad de la casa donde se alojaban los Stanton. Jane se estremeció—. ¿Qué te pasa? —preguntó Simon—. Un escalofrío... No sé, a lo mejor he cogido frío. —Te prepararé algo caliente y te lo subiré a tu cuarto— se ofreció Merriman.

Una vez arriba, Simon se detuvo un momento en el pasillo que comunicaba los dormitorios agarrándose la cabeza en un gesto de rabia desesperada.

—¡Esto es ridículo! ¡Una locura! Hace un minuto estábamos en medio de un gran... mirando eso, esa cosa... y entonces aparece Gumerry y antes de que te des cuenta ya lo tienes aquí arriba, arrojándonos y dándonos leche calentita. —Bueno, sí...— Barney bostezó ostentadamente. —Pero yo... estoy cansado...

—Yo también, creo. —Jane volvió a estremecerse—. No sé. Me siento rara. Como si... ¿Vosotros oís un zumbido muy bajito, como sí viniera de muy lejos? —No— contestó Simon.

—Yo me caigo de sueño —dijo Barney—. Buenas noches.

—Espera, voy contigo —dijo Simon, y miró a Jane—: ¿Estarás bien, sola?

—Bueno, si pasa algo, saldré corriendo a esconderme debajo de tu cama tan rápido que ni me verás.

—Seguro —contestó su hermano con una sonrisa—. Lo que está claro es que esta noche nadie va a pegar ojo.

Pero cuando poco después Merriman apareció en el cuarto de Jane todavía llevaba tres tazas humeantes en la bandeja.

—Podría haberme ahorrado el trabajo —dijo—. Simon y Barney ya están dormidos.

Jane estaba sentada en bata y pijama junto a la ventana, observando la calle.

—¿Los has encantado? —preguntó sin volverse a mirar.

—No —murmuró Merriman, pero algo en el tono de su voz hizo que Jane se diera la vuelta. Su tío seguía en el umbral, con los ojos brillantes como dos pozos

negros bajo las prominentes cejas blancas. Resultaba tan alto para aquel cuarto abuhardillado que su pelo rebelde y canoso rozaba el techo—. Jane, nadie os ha hecho nada a ninguno de vosotros, ni os lo hará. Te lo prometí desde el principio. Y aquí no pueden hacerte daño. Recuérdalo. Me conoces bien, sabes que nunca te expondría a ningún peligro, ni ahora ni nunca.

—Lo sé. Claro que lo sé.

—Entonces duerme tranquila. —Merriman le alcanzó la taza y al cogerla sus dedos se tocaron; fue como sellar un trato—. Ten, aquí tienes tu leche con cacao. Sin pociones, te lo prometo. Sólo azúcar.

—Me he cepillado los dientes —dijo Jane automáticamente.

—Luego te los cepillas otra vez —contestó Merriman entre risas. Dejó la taza y cerró la puerta al salir.

Jane cogió su leche y regresó a su puesto junto a la ventana, calentándose los dedos con la loza caliente de la taza. La habitación estaba fría. Miró afuera, pero el reflejo de la lamparilla de noche no la dejaba ver. Apagó la lámpara sin pensarlo dos veces y se sentó a esperar que sus ojos se acostumbraran progresivamente a la obscuridad.

Cuando por fin recuperó la visión, no podía creer lo que veía. Desde la casa, situada en la cima de la colina que dominaba el mar, tenía una vista magnífica de todo el puerto y gran parte del pueblo. Distinguía esporádicos charcos de luz amarilla correspondientes a las farolas: había dos en el muelle, tres en la carretera del otro lado del puerto, pasada la Casa Gris, y otros más alejados, dispersos por el pueblo. Pero eran unos charquitos pequeños. El resto estaba a oscuras. Y en aquella obscuridad, dondequiera que mirara, veía cosas en movimiento. Al principio logró convencerse de que las imaginaba, porque cuando le parecía ver algo por el rabillo del ojo y se volvía para contemplarlo de frente, ya había desaparecido. Nunca llegaba a ver nada con claridad. Pero ese problema no duró mucho.

El cambio lo provocó la figura de un hombre. Salió del agua a la orilla del puerto, subiendo una escalera como si se deslizara por ella.

Estaba empapado. Las ropas se le pegaban al cuerpo, tenía el pelo, largo y oscuro, aplastado alrededor de la cara y al caminar iba dejando un rastro de agua. Avanzó lentamente hacia la calle principal de Trewissick, sin mirar ni a derecha ni a izquierda. Cuando llegó a la esquina de la conservera, que sobresalía de entre los viejos edificios de ladrillo levantados desordenadamente a lo largo del muelle, no aminoró el paso ni se hizo a un lado. Sencillamente atravesó la pared como si no estuviera allí y a los dos segundos apareció en el otro lado. Luego se perdió en las penumbras de la calle principal del pueblo.

Jane se quedó con la vista clavada en la obscuridad. Repitiéndose en voz baja, desesperadamente:

—No es verdad. No es verdad.

Todo estaba en silencio. Jane se aferró a su taza como a un talismán de la realidad, pero de repente dio un brinco y derramó la mitad del contenido en la repisa de la ventana. Le había parecido ver un movimiento justo debajo de ella, en la puerta de la casa. Apenas si se atrevía a mirar. Se obligó a bajar la vista: dos figuras salían de la casa. Una de ellas era, sin lugar a dudas, Merriman. Aunque llevaba capucha y se cubría con una capa larga, gracias a la luz de una farola Jane había visto sus cejas espesas y su nariz picuda. Sin embargo, tardó unos instantes en darse cuenta de que la segunda figura, enfundada y encapuchada de igual modo, correspondía a Will Stanton. Le identificó sólo por su singular forma de caminar que hasta aquel momento ni siquiera era consciente de poder reconocer.

Se encaminaron sin prisas hacia el muelle. Jane sintió una necesidad frenética de abrir la ventana y gritarles que volvieran, que se alejaran de peligros desconocidos, pero hacía demasiado tiempo que conocía a su peculiar tío abuelo para hacerlo. Merriman nunca había sido como los demás; siempre había tenido poderes impredecibles y, por algún extraño motivo, también parecía más alto que cualquier otra persona que hubieran conocido. Incluso era posible que él fuera el causante de todo aquello.

—El pertenece a la Luz —se dijo Jane en voz alta con gravedad y oyendo por primera vez lo increíble del comentario. Luego se corrigió ligeramente y se dijo, más pensativa—: Los dos pertenecen a la Luz.

Miró la figura encapuchada más pequeña y descubrió que algo en su interior no quería aceptar que Will estuviera relacionado con lo sobrenatural. La cara redonda y alegre del niño, sus ojos, de color azul grisáceo, y su pelo, castaño y liso como de ratón, le habían parecido desde el inicio de aquella aventura una presencia sutilmente reconfortante. Y no tendría nada de reconfortante que Will se pareciera a Merriman Lyon.

Pero enseguida se olvidó de Merriman, Will y todo lo que la rodeaba porque unas luces distrajeron su atención.

Había un barco en alta mar con las luces encendidas: parecían estrellas que mecieran suavemente las olas. Oscilaban y se balanceaban envueltas en medio de la oscuridad, pero en realidad no estaban demasiado lejos. Aunque claramente se trataba de las luces de un barco de grandes dimensiones, estaban cerca de las rocas de Kemare Head, temeraria y peligrosamente cerca. Jane oyó unos gritos distantes y alguien chilló:

—¡Las luces de Jack Harry!

La niña apartó la vista del mar y se encontró con el puerto rebosante de gente. Pescadores, mujeres y niños corrían de un lado para otro gesticulando y señalando hacia el mar. Pasaron junto a las tranquilas figuras de Merriman y Will como si no

estuvieran allí.

Entonces la escena se emborronó, por un momento a Jane le pareció una visión más confusa; cuando recuperó la claridad todo seguía como antes y aunque creyó notar a la muchedumbre de aldeanos vagamente cambiada, quizás con ropas y aspectos diferentes, no acababa de estar segura. Pero el terror se apoderó de la multitud antes de que Jane pudiera meditar sobre aquel cambio. Un resplandor parpadeante y fantasmagórico iluminó el puerto. Y de repente empezaron a pasar junto al malecón extraños barcos iluminados por enormes antorchas y cargados de remeros, algunos con barba y largas melenas rojas y otros con gruesos cascos adornados con cerdas doradas y una terrorífica pieza de metal para proteger la nariz. Los barcos llegaron a las tranquilas aguas del puerto; los hombres cambiaron los remos por espadas y antorchas ardientes y desembarcaron en tropel, entre gritos espeluznantes que Jane oía con aterradora claridad incluso a través de la ventana cerrada. Los aldeanos se dispersaron, chillando, huyendo en mil direcciones. Algunos se enfrentaron a los invasores con palos y navajas, pero los hombres pelirrojos tenían un único objetivo: cortaban y golpeaban con sus espadas matando a cualquiera que estuviera a su alcance con una brutalidad de la que Jane nunca habría creído capaz a un ser humano. La sangre bañaba el muelle, escurriéndose hasta el mar y enturbiando sus aguas.

Jane se puso en pie tambaleante y con ganas de vomitar. Se dio la vuelta. Cuando, entre temblores, consiguió regresar a la ventana, ya casi no se oían gritos ni chillidos. Los últimos fugitivos y la tromba de invasores corrían por las carreteras más alejadas del pueblo y un inquietante resplandor rojo empezaba a alzarse sobre el lugar, cubriendo todo el cielo. Trewissick ardía. Las llamas rodeaban las casas de la colina situada en el extremo opuesto del puerto y se reflejaban en las ventanas; a lo lejos, el fuego devoraba el almacén. Incomprensiblemente, la piedra y los ladrillos ardían con tanta fuerza que parecían madera. Jane abrió torpemente la ventana, desesperada ante aquella visión y se enfrentó al rugido crepitante del fuego y las enormes nubes de humo. El reflejo de las llamas bailaba en el agua del puerto. Presa de una gran agitación, Jane no cayó en la cuenta de que ni olía a quemado ni sentía calor.

En el muelle, como si no hubieran visto nada de lo ocurrido, seguían las figuras impasibles de Will y Merriman.

—¡Gumerry! —chilló Jane. Sólo podía pensar en que el incendio alcanzaría a los adosados—. ¡Gumerry!

Entonces, de repente, el cielo enmudeció y Jane se oyó a sí misma, y descubrió que lo que ella creía un grito a pleno pulmón no era más que un suave susurro. Y mientras seguía allí sentada mirando el puerto, las llamas se extinguieron y desaparecieron y el resplandor rojo del cielo se desvaneció. Ya no había sangre ni rastro de ella, y todo en el puerto de Trewissick permanecía como si nunca hubieran

aparecido los salvajes pelirrojos llegados del mar.

Se oyó el aullido lejano de un perro.

Jane se ajustó la bata, tenía frío y miedo. Se moría de ganas de ir a buscar a Simon, pero era incapaz de alejar la vista de la ventana. Las figuras encapuchadas de Will y Merriman continuaban inmóviles, de pie en la orilla del mar. No daban señales de haberse percatado de nada de lo ocurrido.

El agua del puerto brilló trémulamente: ya no había nubes que taparan la luz de la luna. Una luz diferente iluminaba el mundo, una luz fría pero más suave, y todo se veía negro, blanco y gris. Y se oyó una voz. No era humana, era una voz débil y sobrenatural que cantó tres veces la misma frase en una nota conmovedora.

*Ha llegado la hora, pero no el hombre.*

*Ha llegado la hora, pero no el hombre.*

*Ha llegado la hora, pero no el hombre.*

Jane recorrió el puerto con la vista pero no vio a nadie. Sólo aquellas dos figuras silentes.

Volvió a oírse el aullido de un perro lejano. Y también volvió el zumbido extraño y vacilante del viento. Después Jane oyó otras voces que gritaban desde el pueblo.

—¡El *Lotería*! ¡El *Lotería*! —le pareció oír—. ¡Han abordado el *Lotería*! —dijo con mayor claridad una voz masculina.

—¡Roger Toms! ¡Roger Toms! —¡A las cuevas!

—¡Se acercan los recaudadores!

—Roger Toms, Roger Toms... —sollozaba una mujer. El puerto se llenó de gente que iba ansiosamente de un lado para otro oteando el mar y correteando en mil direcciones. Esta vez a Jane le pareció distinguir caras entre la multitud que se parecían a las gentes de Trewissick que conocía: los Penhallow, los Palk, los Hoover, los Tregarren, los Thomas; todos perplejos, angustiados, lanzando miradas aterradas al mar y al interior. No parecían relacionarse entre ellos, eran como sonámbulos que corrieran en sueños, gentes que se revolvían desesperadamente en medio de una pesadilla. Cuando el último espectro llegó desde el mar, la muchedumbre dejó escapar un chillido pavoroso.

No era una visión horrible, pero sin embargo te encogía el corazón más que ninguna otra. Era un barco, un barco negro de un único mástil, con aparejo redondo y con un bote en la parte posterior. Se deslizó silenciosamente, apenas rozando la superficie del agua, hasta el puerto. No llevaba tripulación. Nada se movía en las oscuras cubiertas. Cuando tocó tierra no se detuvo, sino que continuó adelante, navegando silenciosamente sobre el puerto, los tejados y la colina, hasta más allá de Trewissick, hacia los páramos. Y como si el barco fantasma hubiera arrastrado



consigo todo signo de vida, la muchedumbre se desvaneció.

Jane se aferraba con tanta energía a la repisa de la ventana que le dolían los dedos. Se sentía abatida. Pensó: «Por eso quería que nos fuéramos a dormir. A salvo e ignorantes con una manta amordazándonos la mente, así es como nos quería ver. Y en lugar de eso estoy atrapada en más pesadillas de las que creía que podían asaltarte en una sola noche, y la peor de todas es que estoy despierta...».

Echó otra ojeada nerviosa al otro lado de la cortina. Merriman y Will caminaban hacia el centro del muelle. Una tercera figura con capa y capucha se les unió desde el otro lado del puerto. Merriman se enderezó, se colocó de cara a la aldea y las montañas y alzó los brazos. Y aunque no se vio nada, fue como si una gran ola de ira se les aproximara rugiendo, irguiéndose sobre ellos, desde la obscura aldea de Trewissick.

Jane no pudo soportarlo más. Dejó escapar un gemido triste y débil y se metió en la cama. Se cubrió la cabeza con las mantas y se quedó allí tumbada, temblando. No tenía miedo por ella; Merriman le había prometido que la casa estaba protegida y ella le creía. Tampoco tenía miedo por las figuras que había visto en el puerto; si habían logrado sobrevivir a tan extraña sucesión de monstruosidades, sobrevivirían a cualquier cosa. En todo caso, nada podía hacerle daño a Merriman. Era otro miedo el que la atenazaba, un horror pavoroso ante lo desconocido o cualquiera que fuera aquella fuerza que se arrastraba por la tierra y el mar al otro lado de su ventana. Jane sólo quería acurrucarse en un rincón, como un animal, lejos de todo aquello, a salvo.

Y así lo hizo y, por extraño que parezca, descubrió que como sus temores eran tan grandes y abstractos la abandonaron con facilidad.

Poco a poco dejó de temblar y entró en calor. Se le relajaron los miembros y empezó a respirar lenta y profundamente. Se durmió.

## Capítulo 11

En el puerto, flanqueado por las figuras encapuchadas de Will y el capitán Toms, Merriman levantó ambos brazos todavía más alto en un gesto que era mitad ruego mitad orden y recitó a la obscuridad que se cernía sobre Trewissick las atronadoras palabras del hechizo de Mana y el hechizo de Reck y el hechizo de Lir.

Por todas partes se levantaron oleadas de cólera contra ellos, que los golpeaban como un gran vendaval originado por una fuerza invisible.

—¡No! —gritó la atronadora voz de la Brujaverde, llena de furia—. ¡No! ¡Dejadme en paz!

—Mostraos, Brujaverde —gritó Merriman—. Los hechizos os lo ordenan.

—Sólo pueden obligarme a salir una vez —rugió la voz— y del mar salí. Me lo ordenaron y vine. ¡Ya está!

—Mostraos, Brujaverde. —La voz cristalina de Will refulgió en la obscuridad como un rayo de luz—. La Dama Blanca os pide que nos escuchéis. Tethys nos permitió hablar con vos antes de que regreséis a las profundidades.

La furia los rodeó como un maremoto. Detrás de ellos, el mar gruñía y murmuraba y la tierra temblaba bajo sus pies.

Pero entonces, a pesar de que ellos no podían verlo, la presencia los rodeó hirviendo de ira y resentimiento.

—El secreto no os pertenece, Brujaverde —dijo Merriman—. Vos sabéis que no deberíais quedároslo.

—Me lo encontré. Estaba en el mar.

—No debería haber estado allí, pero en una batalla entre la Luz y la Oscuridad se cayó y lo perdimos.

—Estaba en el mar, en el reino de mi madre.

—Vamos, amiga —dijo amablemente el capitán Toms con su dulce acento de Cornualles—. Vos sabéis que no pertenece al mar, sino que forma parte de un Objeto de Poder.

—Yo no tengo amigos —replicó la Brujaverde—. Me trae sin cuidado lo que ocurra entre la Luz y la Oscuridad.

—Ah —exclamó Merriman—, si este Objeto de Poder cae completo en manos de la Oscuridad es posible que sí os importe. Ya tienen la mitad del Objeto y la otra mitad esperan obtenerla de vos. Si lo consiguen y consiguen todo el poder del Objeto, habrá problemas en el mundo de los humanos.

—Los humanos no tienen nada que ver conmigo —musitó la voz.

—¿Los humanos no tienen nada que ver con vos? —La voz de Will atravesó la noche, alta y clara—. ¿De verdad pensáis eso, Brujaverde? Los humanos tienen que verlo todo con vos. Sin ellos no existiríais. Ellos os fabrican cada año. Año tras año

os lanzan al mar. Sin ellos la Brujaverde nunca habría nacido.

—Ellos no me fabrican —dijo la voz con amargura—. Lo hacen por interés; los humanos sólo se preocupan de sus necesidades. Aunque me dan forma de criatura no fabrican más que una ofrenda, como en tiempos remotos ofrecían un gallo, una oveja u otro hombre. Yo no soy una ofrenda, Antiguos, ya no. Si los humanos me creyeran viva me matarían como hacían con los gallos, las ovejas y los otros hombres, a modo de sacrificio. En lugar de eso fabrican una imagen con ramas y hojas. Es un juego, un sustituto. Sólo la Dama Blanca me da la vida, la vida que me permite llegar hasta las profundidades del océano. Y en esta ocasión se ha despertado en mí otra vida diferente porque me atrajeron a la tierra, me sacaron del mar. Fue... —la Brujaverde reflexionó, luego añadió con cierto aire de astucia—: La Oscuridad.

—Quitaos esa idea de la cabeza —dijo al instante Merriman—. Nadie hay más interesado que la Oscuridad. Tethys os lo habrá explicado.

—¡Interesado! —Aquella voz escondía una profunda amargura—. Todos sois unos interesados: la Luz, la Oscuridad, los humanos. No hay lugar para la Magia Salvaje, a nadie le importa... a nadie...

Los tres Antiguos retrocedieron en contra de su voluntad, empujados por la fuerza de la furia y la cólera de la Brujaverde que vibraba a su alrededor como un gran corazón desbocado.

Merriman consiguió mantenerse erguido, tambaleándose y con la capa ondeando a su alrededor y la capucha caída, dejando al descubierto su melena blanca y rebelde, que refulgía a la luz de las farolas.

—¿Nadie se ha preocupado por vos, Brujaverde? ¿Nadie? —¡Nadie!— La voz resonó por todo el pueblo, las colinas y los páramos, retumbando y repitiéndose como un trueno lejano. —¡Ninguna criatura! ¡Nadie! Ni... una... —La fiereza se desvaneció y la voz perdió intensidad. Durante bastante rato sólo oyeron el arrullo del mar, las olas rompiendo contra los acantilados. Después la Brujaverde susurró—: Nadie excepto una criatura. Nadie excepto el niño.

—¿El niño? —dijo sin querer Will con cierto deje de incredulidad; por un instante creyó que la Brujaverde se refería a él.

—La criatura que te deseó felicidad —apuntó en voz baja Merriman, sin prestar atención a Will.

—En realidad fue una niña que estaba en el cabo durante la fabricación —dijo la Brujaverde—. Le contaron la vieja historia de que si tocas a la Brujaverde antes de que la lancen por el acantilado y pides un deseo te será concedido. Así que podría haber pedido lo que quisiera. —Por primera vez, la voz habló con calidez—. Podría haber pedido cualquier cosa, Antiguos, incluso que recuperarais la parte perdida del Objeto de Poder. Sin embargo, cuando me tocó, me miró como si también yo fuera humana y dijo: «Desearía que fueras feliz».

El fragor que aún subsistía acabó de apagarse y el puerto quedó en silencio, repleto de la memoria de la Brujaverde.

—*Desearía que fueras feliz* —repitió suavemente la Brujaverde.

—Así que ella... —empezó a decir Will, pero Merriman lo tocó en el brazo para que callara.

El aire empezaba a iluminarse y a aligerarse: por una noche, Trewissick iba a ser testigo de todos los cambios de humor de la Brujaverde. La voz seguía musitando para sus adentros dulcemente y a Will le pareció que la tierra y el mar se volvían más acogedores por momentos.

—La niña también es una interesada, como todos los demás —interrumpió una voz fría desde las penumbras de la noche.

Todo quedó en silencio. Después, el pintor apareció en el fondo del muelle. El hombre de la Obscuridad se situó bajo la luz amarilla de una farola, de cara a los demás. Su silueta era negra y fornida.

—Intereses —habló para nadie—, intereses. —Luego se volvió hacia Merriman y añadió—: Yo soy el maestro en tales cuestiones, no tú. Los hechizos que la sacaron del mar fueron los míos. La criatura está a mis órdenes, Antiguo, no a las tuyas.

Will oyó un ruido sordo y las luces parpadearon débilmente.

—No es cuestión de dar órdenes, sino de amabilidad —dijo Merriman—. Los hechizos que la trajeron desde el mar ya no pueden hacer nada más.

El pintor se rió con desdén. Dio media vuelta con los brazos en cruz.

—¡Brujaverde! —gritó—. He vuelto a buscar el secreto. ¡Os doy una última oportunidad antes de que caiga sobre vos la ira de la Obscuridad!

El ruido sordo que había oído Will se convirtió en un gruñido atronador y después volvió a extinguirse.

—Cuidado —dijo en voz baja el capitán Toms—. Mucho cuidado.

Pero el tono autoritario del hombre de la Obscuridad era frío como el hielo, fruto de la arrogancia que a través de los siglos había postrado y aterrorizado a los hombres.

—¡Brujaverde! —gritó el pintor—. ¡Entrega tu secreto a la Obscuridad! ¡Obedece! ¡La Obscuridad ha vuelto de nuevo, por última vez! ¡Ha llegado la hora, Brujaverde!

Will apretó los puños con tanta fuerza que se clavó las uñas en la palma de las manos; incluso un Antiguo sentía la fuerza de aquella orden. Observaba la escena con la respiración contenida, expectante; no sabía cómo afectaría a la Magia Salvaje semejante desafío. La Magia Salvaje no pertenecía ni a la Luz, ni a la Obscuridad ni a los humanos.

El aire silbaba a su alrededor, transmitiendo los feroces deseos del mensajero de la Obscuridad y hundiéndolos a ellos en la más absoluta incertidumbre... hasta que

gradualmente, muy sutilmente, algo empezó a cambiar. La fuerza que dominaba el aire titubeó y retrocedió imperceptiblemente hacia la maraña de hechizos que había poseído aquel pequeño rincón del planeta desde que la Brujaverde había abatido al pintor. La Magia Salvaje estaba resistiendo el desafío, invencible como Trwyth, el rey jabalí. Will respiró tranquilo, empezaba a intuir lo que vendría a continuación.

Solo en mitad del muelle, el pintor empezó a girar sobre sí mismo, tambaleándose y agitando los brazos en el aire como si intentara atrapar algo que no pudiera ver. Lejos de aquella obscuridad, sobrevolando el pueblo, se oyó una extraña voz que repetía:

*Ha llegado la hora, pero no el hombre.*

*Ha llegado la hora, pero no el hombre.*

*Ha llegado la hora, pero no el hombre.*

Y el silencio que siguió a aquellas palabras se llenó gradualmente con el susurro de mil voces murmurando, llamando: «¡Roger Toms! ¡Roger Toms!». Las sombras acudieron en masa al puerto, procedentes de todas partes; sombras y espíritus y fantasmas de aquella noche encantada: los antiguos aldeanos de Trewissick que a lo largo de los siglos habían ocupado aquel pequeño pueblo costero se reunieron en un único punto del tiempo. «¡Roger Toms! ¡Roger Toms!». Primero lo llamaron en voz baja, pero fueron subiendo de intensidad gradualmente. Era una llamada, una acusación y un juicio, y se repetía sin descanso por todo el puerto y a través del mar.

En silencio, discretamente, los tres Antiguos volvieron a cubrirse con las capuchas y juntos se hicieron a un lado, ocultándose bajo la sombra de una pared lateral del puerto para poder contemplar la escena sin ser vistos.

En el muelle, el pintor se volvió lentamente, incapaz de creer lo que veía y oía: el pasado lo acechaba, atrapándolo bajo su sombra alargada. Con gran esfuerzo logró levantar los brazos y agitarlos sin energía en el aire.

Pero no logró alejar de él la cólera irracional que la Magia Salvaje había levantado en la aldea para convertir a su atacante en chivo expiatorio. Las voces seguían bramando enfurecidas «¡Roger Toms! ¡Roger Toms!», cada vez más fuertes y exigentes.

—¡No soy yo! ¡Os confundís! —chilló el pintor—. ¡Roger Toms! —clamó la multitud—. ¡No! ¡No!

La muchedumbre lo rodeó, gritándole y chillándole, señalándolo mientras los aldeanos del presente se reunían y empujaban a la Brujaverde para lanzarla por el acantilado como si la acabaran de fabricar.

Y desde las profundidades de la noche, por encima de los techos de Trewissick apareció navegando el mismo barco fantasma de Cornualles, con un único mástil,

aparejo redondo y un bote en la parte trasera, que había surgido del mar de medianoche. Se deslizó silenciosamente sobre casas, carreteras y muelle, pero esta vez no iba vacío, había alguien al timón. El hombre ahogado, chorreante y resuelto, que Jane había visto salir del mar estaba de pie en la cubierta, manejando el timón de su barco negro y muerto sin mirar ni a diestra ni a siniestra. Y con un alarido de placer la muchedumbre de sombras se abalanzó hacia el barco arrastrando con ellos a la figura forcejeante del pintor.

—¡Roger Toms! ¡Roger Toms!

—¡No!

Las velas fantasma se hincharon con un viento que ningún humano podría percibir y el barco partió mar adentro, hacia la negra noche. En el muelle de Trewissick sólo quedaron los tres Antiguos.

Al principio Jane durmió plácidamente, pero en mitad de la noche empezaron a acosarla los sueños. Vio al hombre de la Oscuridad pintando; volvió a ver todas las cosas horribles que había presenciado desde la ventana de su habitación. Soñó con Roger Toms y los contrabandistas, con el barco llamado *Lotería* huyendo de los recaudadores y la lucha entre ambas tripulaciones; y en su sueño el *Lotería* se convertía en el barco fantasma de color negro que increíblemente había dejado el mar para seguir navegando tierra adentro.

Mientras se revolvía en sueños le pareció oír voces llamando a Roger Toms que se fueron apagando lentamente, dejando paso a la Brujaverde.

Jane no podía verla como había hecho en el otro sueño; en esta ocasión la Brujaverde no era más que una voz perdida entre las sombras. No era feliz. «Pobrecita —pensó Jane—, siempre está triste».

—Brujaverde, ¿qué son todas estas cosas horribles?

—Es Magia Salvaje —le contestó con tristeza la Brujaverde en su sueño—. Así es como tortura a las mentes de los hombres, despertando los temores que siempre han tenido o que tuvieron sus antepasados. Todas las viejas maldiciones de Cornualles que siempre han atormentado a sus hombres, eso es lo que has visto.

—Pero ¿por qué ocurren esta noche?

La Brujaverde suspiró hondamente. Fue como una ráfaga de viento en el mar.

—Porque estaba enfadada —contestó—. Nunca me enfado, pero el hombre de la Oscuridad me ha molestado. Y no es buena cosa provocar la ira de los que formamos parte de la Magia Salvaje. El pueblo ha pagado las consecuencias, ha sido poseído.

—¿Ya se ha acabado?

—Sí, todo ha pasado. —La Brujaverde volvió a suspirar—. La Magia Salvaje se ha llevado al hombre de la Oscuridad. El mensajero de la Oscuridad estaba solo, intentaba burlar a sus amos. De modo que no lo protegieron y la Magia Salvaje lo ha

enviado al Tiempo exterior, del que quizás no regrese jamás...

—¡Pero tiene el grial! —gritó Jane—. ¿Qué pasará con el grial?

—Yo no sé nada de ningún grial —dijo con indiferencia la Brujaverde—. ¿Qué es un grial?

—No importa —contestó Jane con un gran esfuerzo—. ¿Al final os quitó vuestro secreto? ¿Se lo disteis?

—Es mío —dijo rápidamente la Brujaverde—. Yo lo encontré, pero nadie quiere que me lo quede.

—¿Se lo entregasteis a la Oscuridad?

—No.

—Gracias a Dios. Es muy, muy importante, Brujaverde. Para la Luz, para todos... De verdad. Para las gentes que os fabricaron, para mis hermanos, para mí..., para todos nosotros.

—¿Para ti? —preguntó con melancolía la Brujaverde, y su voz retumbó a su alrededor como olas dentro de una cueva—. ¿Mi secreto es importante para ti?

—Pues claro.

—Entonces, ten. Cógelo.

Después Jane ya no recordaría qué estaba haciendo en su sueño en aquel momento, si estaba de pie, sentada o tumbada, si estaba dentro o fuera, si era de día o de noche, si se encontraba bajo el mar o sobre una roca.

Únicamente recordaría haber sentido una inmensa oleada de felicidad y sorpresa.

—¡Brujaverde! ¿Me daréis vuestro secreto?

—Ten —repitió la voz, y Jane se encontró entre las manos la cajita de plomo que había caído al mar al término de la aventura que los había llevado a conseguir el grial y que contenía el único manuscrito que permitiría descifrar el secreto del grial—. Cógelo. Pediste un deseo para mí, no para ti misma. Nadie lo había hecho antes. A cambio te doy mi secreto.

—Gracias —susurró Jane. Estaba rodeada de oscuridad, como si en el mundo no existiera nada a excepción de ella misma, de pie en medio del vacío, y la gran voz incorpórea de aquella extraña cosa salvaje, una criatura del mar confeccionada con ramas y hojas de la tierra—. Gracias, Brujaverde. Os encontraré un secreto aún mejor. —Enseguida lo visualizó en su mente—. Lo dejaré en el mismo lugar donde encontrasteis este.

—Demasiado tarde —dijo la voz con tristeza—. Demasiado tarde... —Sus palabras fueron resonando y repitiéndose cada vez más débilmente—. Me voy con mi madre, a las grandes profundidades. —El eco se desvanecía en la oscuridad, dejando un último susurro—: Demasiado tarde... demasiado tarde...

—¡Brujaverde! —gritó, angustiada, Jane—. ¡Volved! ¡Regresad! —Jane corrió a ciegas por la oscuridad, palpando a tientas la penumbra—. ¡Brujaverde!

Y en aquel preciso instante el sueño terminó y Jane se despertó.

Estaba en su pequeño dormitorio blanco iluminado por el sol y animado por las alegres cortinas amarillas de las ventanas y tapada hasta la barbilla con el edredón de idéntico color. La suave brisa que se colaba por la ventana a medio abrir desde la noche anterior mecía lentamente las cortinas. Jane tenía en la mano una cajita de plomo con manchas verdes como las de una piedra que hubiera pasado mucho tiempo sumergida en el mar.



## Capítulo 12

Los niños entraron en tropel en el dormitorio de Merriman, con el pelo alborotado de dormir y los pijamas arrugados.

—¿Dónde está?

—Probemos abajo. ¡Vamos!

Merriman y Will estaban tranquilamente sentados en el salón, desayunando y con aspecto de llevar varias horas levantados y vestidos. Cuando Simon, Jane y Barney entraron alborotando en el salón, su tío abuelo bajó un periódico enorme y arrugado y les echó un vistazo por encima de sus medias gafas de montura dorada, asombrosamente suspendidas del alto puente de su nariz.

—Ah —dijo mirando el maltrecho cilindro de plomo que le ofrecía Jane—. Ah.

Will dejó su tostada en el plato y su cara redonda se iluminó con una sonrisa de oreja a oreja.

—Bien hecho, Jane —le dijo.

—Pero si yo no he hecho nada —dijo Jane—. Sólo... Simplemente ha aparecido.

—Pediste un deseo —contestó Will.

Ella lo miró, sorprendida.

—¿No vamos a abrirlo? —preguntó Barney con impaciencia—. Va, Gumerry.

—Bueno. —Merriman tomó la cajita de plomo de las manos de Jane y la depositó sobre la mesa. Sus ojos negros destacaban brillantes en su rostro surcado de arrugas—. De acuerdo.

Jane seguía con la vista fija en Will y su tío abuelo.

—Vosotros sabíais que la tenía —dijo—. Ya lo sabíais.

—Confiábamos en que la tuvieras —contestó Merriman amablemente.

—Lleva mucho tiempo en el mar —dijo Simon tocando la caja con un dedo, como si le rezara—. Miradla, está cubierta de algas y cosas... ¿No habrá entrado agua? Será culpa mía, por lo del verano pasado. Sólo la abrí una vez para ver qué tenía dentro y luego la volví a cerrar. Y si el manuscrito se ha estropeado, y si no la cerré bien...

—Déjalo —le pidió su hermana.

Merriman cogió el cilindro con sus dedos, largos y nervudos, y, cuidadosamente, giró y tiró del metal reverdecido por el mar hasta que uno de los extremos se soltó súbitamente. De dentro sobresalía un rollo de grueso pergamino, proyectado desde la parte inferior del cilindro como si fuera un dedo acusador.

—¡Está perfecto! —exclamó Simon con la voz quebrada. Carraspeó y se enderezó, aunque resultaba difícil recuperar la dignidad enfundado en un pijama.

—¿Qué dice? —Barney se abrazada a sí mismo, sacudiéndose de impaciencia—. ¿Qué dice?

Muy despacio y con gran delicadeza, Merriman sacó el rollo manuscrito de la pequeña caja de plomo. Lo desenrolló cuidadosamente sobre la mesa, sosteniéndolo con una de sus enormes manos.

—Sólo podremos hacer esto dos veces como máximo, después se convertirá en polvo —explicó—. Así que esta es la primera.

Sus largos dedos sostenían el pergamino marrón y crujiente extendido sobre el mantel de color blanco. Contenía dos densos bloques de signos escritos en negro. Los niños lo miraron petrificados, con cara de consternación.

—¡Pero si no pone nada! ¡Eso no es ningún idioma!

—¡Es un galimatías!

—¿Qué es esta escritura, Gumerry? —preguntó Jane, más cauta que sus hermanos—. ¿Existe algún tipo de alfabeto así?

Jane miró sin esperanzas la serie de signos negros, compuesta por comas inclinadas y rectas, solas y en grupos, como los garabatos aleatorios de un hombre ordenado.

—Sí —contestó Merriman—. Sí que existe. —Levantó la mano de la mesa y el manuscrito se enrolló otra vez mientras Will, que había estado mirando el pergamino por encima de su hombro, regresó a su silla en silencio—. Existe un alfabeto antiguo llamado Ogham que no estaba pensado para nuestro tipo de escritura... Se parece a esto. Pero este mensaje está cifrado. Recordad que no tendrá ningún sentido hasta que consigamos el grial; fue escrito para acompañar la inscripción del cáliz, para mostrar su significado. Uno aclara el otro.

—¡Pero si no tenemos el grial! —gimió Barney.

—La Obscuridad —dijo Simon amargamente—. El pintor. —Entonces se enderezó con el rostro lleno de esperanza—. Pero podemos conseguirlo, podemos ir al carromato y cogerlo. A él se lo llevaron a...

—¡Buenos días! —La señora Penhallow apareció muy animada con una bandeja—. Os oí hablar, pequeños. Aquí tenéis el desayuno.

—¡Genial! —respondió Barney de inmediato.

Merriman dejó caer suavemente el diario sobre el manuscrito y la caja.

—Bueno —dijo Jane tratando de alisarse la bata arrugada—. Aún no estamos vestidos, pero gracias.

—¡Vaya por Dios! ¿Y quién se preocupa de esas cosas en vacaciones? Ahora lo que tenéis que hacer es relajaros mientras os arreglo las habitaciones. —La señora Penhallow dejó la bandeja y salió rumbo a la cocina, al rato apareció con la escoba y el trapo para el polvo. Cuando por fin se la oyó subiendo la escalera del otro lado de la puerta que conectaba ambas casas, Simon dejó escapar un largo suspiro y empezó a hablar otra vez, tenso y entusiasmado.

—Lo llevaron al hospital, así que podemos ir al carromato. ¡Seguro que todavía

no ha vuelto! El pintor...

Will lo interrumpió con un silbido y alzó la mano a modo de alerta. Alguien dio un traspie al otro lado de la puerta, se oyeron unos murmullos y después apareció Bill Stanton, bostezando y parpadeando mientras se ataba el cinturón de una curiosa bata con un estampado a rayas como el de las hamacas. Miró a los Drew mientras se llevaba la mano a la boca para tapar un bostezo.

—Bueno —dijo—. Me alegro de que al menos alguien tenga la misma pinta que yo.

Simon se sentó bruscamente en la silla y empezó a rebanar el pan con rabia.

—¿Cómo le fue anoche, señor Stanton? —preguntó Barney.

—Mejor no hablar del tema —contestó el tío de Will—. ¡Menuda nochedita! El loco aquel que llevábamos al hospital se escapó.

—¿Se escapó? —Se hizo un silencio absoluto—. Espero que se encuentre bien —dijo el señor Stanton. Se sentó y se acercó la tetera—. Pero la verdad es que nos dio muchos problemas. Iba callado como una tumba en el asiento de detrás. Habría jurado que todavía estaba inconsciente porque no hacía ningún ruido. Entonces, a mitad de camino de Saint Austell, en una zona muy oscura de la carretera, algo se interpuso repentinamente en mi camino y lo atropellé. —Bebió un sorbo largo de té y suspiró agradecido—. Así que paré el coche y bajé a echar un vistazo. Porque claro, no puedes dejar a un animal sufriendo, ¿no? Y mientras estaba fuera, el tipo abrió la puerta trasera del otro lado, bajó del coche de un salto y desapareció a campo traviesa antes de que Frannie pudiera reaccionar.

—Pero estaba herido —dijo Jane—. ¿Podía correr?

—Como una liebre —aseguró el señor Stanton peinándose el pelo que le bordeaba la calva—. Le oímos hacer mucho ruido, imagino que cruzando los setos. Estuvimos bastante rato buscándolo, pero no llevábamos linterna y el lugar, de noche y con mal tiempo, no era demasiado acogedor, la verdad. Así que al final fuimos hasta Saint Austell y le explicamos a la policía lo ocurrido. A Fran le pareció lo más correcto, ya que habíamos pedido al capitán Toms que hablara con el agente de Trewissick. Aunque después resultó que no le había dicho nada, ¿verdad, Merry?

—Intentamos hablar con él —contestó Merriman de manera insulsa—. Pero el agente Tregear no estaba en el pueblo.

—Bueno, la policía de Saint Austell nos tomó por unos chiflados y no andaban desencaminados. Al final regresamos. De madrugada. —El señor Stanton bebió un poco más de té y volvió a suspirar—. Por muy inglés de nacimiento que sea —lloriqueó— la verdad es que me gustaría que alguna que otra vez la señora Penhallow preparara café para desayunar.

—¿Qué tipo de animal atropello? —preguntó Barney.

—Ni lo vimos. Supongo que era un gato. A mí me pareció más grande... quizás

fuera un tejón. Para cuando acabamos con todo aquello —rió— habíamos llegado a la conclusión de que sería un viejo fantasma de Cornualles.

—Oh —susurró Jane.

—En fin, basta ya del tema —dijo el señor Stanton—. Todos nos comportamos como buenos samaritanos y me imagino que el tipo está la mar de bien. A propósito, niños, hoy es el último día que pasáis aquí, ¿verdad? Parece que va a hacer buen tiempo. Frannie se preguntaba si podríamos ir todos de picnic a esa gran playa que hay al otro lado de Kemare Head.

—Una buena idea —intervino rápidamente Merriman, sin darles tiempo de reaccionar—. Dentro de un rato, ¿de acuerdo? Antes quiero enseñarles una cosa a los niños.

—Muy bien. Me va a llevar mi tiempo recuperarme de la nohecita de ayer. Creo que Fran todavía no se ha despertado.

—¿Qué quieres enseñarnos, Gumerry? —preguntó Jane más por educación que por curiosidad.

—Va, nada, una granja vieja.

Cruzaron el pueblo dando tumbos dentro del enorme coche de Merriman.

Jane y el capitán Toms iban delante y los chicos detrás, acompañados por *Rufus*, feliz y juguetón. Las ventanillas estaban bajadas pero no corría nada de viento y el sol estaba ya muy alto; aquel prometía ser un día de primavera excepcionalmente caluroso.

—¡Pero estará esperándonos! —dijo Simon—. ¡Seguro que estará, por eso se escapó! Gumerry, ¿cómo puede ser que nos presentemos allí en coche?

Simon parecía cada vez más preocupado. Will lo miró con lástima, pero no dijo nada.

—El hombre de la Obscuridad no volverá a molestarnos, Simon —dijo por fin Gumerry sin volver la cabeza.

—¿Por qué no? —preguntó Barney.

—¿Cómo lo sabes? —insistió su hermano.

—Volvió a intentar enfrentarse a los derechos de la Brujaverde —explicó Gumerry mientras el coche daba la vuelta a una esquina—. Y la Magia Salvaje, a la que pertenece la Brujaverde, se deshizo de él. —Gumerry se calló. Aquel silencio, los niños lo sabían, significaba que se acababa el turno de preguntas.

—Anoche —dijo Simon.

—Sí —confirmó su tío abuelo.

Jane miró de reojo el perfil aguileño de Merriman, preguntándose por un instante qué le habría pasado exactamente al pintor de la Obscuridad. Pero enseguida recordó lo que había presenciado y se alegró de no saberlo.

Casi sin darse cuenta de cuánto se habían alejado, el enorme automóvil se salió de

la carretera y cogió un estrecho camino lateral cubierto por un techo de ramas bajas y encabezado por el cartel que anunciaba la entrada a la granja Pentreath.

—¿No sería mejor ir a pie? —preguntó Simon, nervioso.

—Va, no te preocupes. Esta vieja carraca ha visto baches peores que estos en sus tiempos —contestó Merriman, haciéndose el tonto.

Simon intentó aguantarse su inquietud. Contempló las laderas verdes tapizadas de hierba y árboles de denso follaje cuyas ramas arañaban las ventanillas del coche. Al aproximarse al último recodo del camino antes de volver a ver el carromato del pintor cruzó las manos inconscientemente y con el último bandazo del coche tensó la expresión, luchando por no cerrar los ojos.

Y al mirar hacia el claro salpicado de arbustos, descubrió que el carromato ya no estaba.

—Alto —dijo en un tono agudo extraño en él. Merriman frenó sin preguntar y Simon bajó del coche, seguido de su hermano. Ambos corrieron hacia el lugar donde antes estaba el carromato, donde el caballo pacía indolente y donde el hombre de la Obscuridad había utilizado la mente de Barney para sus propios fines.

No había rastro de que nada ni nadie hubiera pasado por allí desde hacía meses. No había ninguna brizna de hierba doblada ni ninguna rama pisoteada. *Rufus*, que había saltado del coche detrás de ellos, correteaba de un lado para otro olfateando el suelo y buscando en círculos sin encontrar ninguna pista. De repente se paró, levantó la cabeza y la sacudió de un lado a otro en un gesto muy poco perruno, como cuando a alguien le zumban los oídos, acto seguido echó a andar a buen paso y desapareció tras el siguiente recodo del camino.

—¡*Rufus!* —gritó Simon—. ¡*Rufus!*

—Déjalo —le sugirió el capitán Toms desde el coche—. Vuelve aquí, lo seguiremos con el coche.

El enorme coche siguió avanzando sendero abajo y al girar la última curva se encontraron delante de la granja.

El edificio bajo y gris parecía todavía más decrepito de lo que Simon recordaba. En esta ocasión observó con mayor atención las barras de madera clavadas en cruz sobre la puerta principal y las matas de enredaderas que trepaban hasta las ventanas o las aberturas negras, como de dientes caídos, que dibujaban las ventanas rotas. La hierba crecía alta y frondosa alrededor del aparejo oxidado de la granja, tirado en el patio de detrás: un arado esquelético y viejo, una rastra y los restos de un tractor al que le faltaban los enormes neumáticos. En el redil de una pocilga desierta crecían altas matas de ortigas. *Rufus* ladró con fuerza desde detrás de la granja y una oleada de palomas salió en desbandada. Se olía la humedad de las plantas en crecimiento.

—El campo se está adueñando de la granja Pentreath muy deprisa —murmuró el capitán Toms.

Merriman estaba de pie en medio del patio mirando a su alrededor con perplejidad. Las arrugas de su cara parecían todavía más profundas que antes. El capitán se apoyó en el coche, con la vista puesta en la granja y garabateando en la tierra húmeda con el bastón de forma inconsciente.

Will echó un vistazo por una de las ventanas rotas de la parte delantera de la granja, tratando de ver algo en medio de la obscuridad reinante.

—Imagino que deberíamos entrar —sugirió sin demasiada convicción.

—Yo diría que no —dijo Simon. Los dos niños estaban hombro con hombro y por una vez no existía tensión entre ellos; se limitaban a analizar un problema que les afectaba a ambos—. Estoy seguro de que el pintor no entró nunca en la granja. La última vez que la vimos parecía intacta. Creo que vivía en el carromato, solo. Era un tipo solitario.

—Y tanto —dijo la voz grave de Merriman desde la otra punta del patio—. Era una criatura de la Obscuridad muy extraña, a la que enviaron solamente como ladrón, para que robara el grial y lo escondiera. Eligieron un buen momento, habíamos bajado la guardia porque los creíamos ocupados recuperándose de las heridas sufridas en la gran derrota... Pero la criatura de la Obscuridad estaba dispuesta a traicionar a sus amos; tenía ideas de mayor alcance. Conocía la historia del manuscrito perdido y pensó que si podía recuperarlo en secreto y quedárselo, completando así el Objeto de Poder, conseguiría convertirse en uno de los grandes señores de la Obscuridad mediante alguna suerte de chantaje.

—Pero ¿ellos no sabían lo que estaba haciendo el pintor? —preguntó Jane.

—No esperaban que se extralimitara. Sabían, quizás mejor que el propio traidor, el destino funesto que esperaba a cualquiera que se aventurara en solitario en semejante búsqueda. Suponemos que no lo vigilaban, que se limitaron a esperar su regreso.

—De todas formas la Obscuridad va estar muy ocupada durante un tiempo —añadió el capitán Toms—. Tiene que reparar ciertos daños sufridos en el invierno. No creo que dé señales de vida hasta el próximo gran alzamiento.

—A lo mejor el pintor se refería a eso cuando le preguntó a Barney si lo vigilaban —dijo lentamente Simon—. ¿Os acordáis? Pensé que se refería a vosotros, pero debió de querer decir sus amos.

—¿Dónde está Barney? —preguntó Will mirando alrededor.

—¿Barney? ¡Eh, Barney!

Se oyó un grito inconfundible procedente del extremo opuesto de la granja.

—¡Ay, Dios! —exclamó Jane—. ¿Y ahora qué estará haciendo?

Corrieron en dirección al lugar de procedencia del grito, seguidos más despacio por Merriman y el capitán Toms. Una intrincada maraña de maleza, ortigas y zarzas crecía junto a la casa y alrededor de los edificios anexos.

—¡Ay! —aulló Barney desde dentro de la espesura—. ¡Me he pinchado!

—¿Qué demonios estás haciendo?

—Busco a *Rufus*.

Oyeron un ladrido apagado que parecía proceder del más lejano de los dos edificios, un viejo granero de piedra con un peligroso tejado medio desplomado.

—¡Ay! —volvió a gritar Barney—. Cuidado con las ortigas, son terribles... *Rufus* no para de ladrar pero no aparece, creo que está atrapado. Se fue por aquí...

El capitán Toms se acercó cojeando.

—¡*Rufus*! —llamó en voz alta y severa—. ¡Ven aquí!

Se oyeron más ladridos apagados procedentes del granero destartado, seguidos de un aullido sofocado.

El capitán Toms suspiró y se tiró de la barba.

—¡Perro tonto! —se quejó—. Apartaos un minuto. Cuidado, Barney. —Blandiendo su pesado bastón como si fuera una guadaña, el capitán fue abriéndose camino por entre las ortigas y la maleza hasta las ruinosas paredes del granero. Dentro, *Rufus* ladraba todavía más frenéticamente.

—Calla, *Rufus* —le ordenó Barney, que estaba junto al capitán—. ¡Ya vamos! —Se coló por entre la maleza hasta una puerta de madera medio podrida que colgaba de una única bisagra y escudriñó el interior del granero a través de la rendija que formaba la puerta con la pared—. Debe de haberse metido aquí dentro, habrá tirado alguna cosa que ahora obstaculiza la salida... Podría colarme si...

—Ten cuidado —le dijo Jane.

—Pues claro —contestó Barney y se escabulló dentro haciendo a un lado alguna cosa que cayó al suelo con gran estruendo. Se oyeron unos ladridos felices dentro del granero y luego *Rufus* apareció dando brincos por la rendija, con la lengua colgando y meneando la cola. Se puso a hacerle cabriolas al capitán Toms. El perro estaba muy sucio, tenía trozos de madera podrida y húmeda enganchados en el pelaje cobrizo y le colgaban telarañas del morro.

El capitán Toms le dio unas palmaditas con aire ausente. Miraba el granero con el ceño ligeramente fruncido. Luego echó una mirada interrogativa a Merriman, y Jane, siguiendo la mirada del capitán, vio que su tío abuelo le respondía con la misma expresión. ¿Qué les ocurría? Antes de que Jane tuviera tiempo de preguntarlo, Barney asomó la cabeza por el hueco de la puerta del granero. Estaba despeinado y tenía una mejilla manchada de gris, pero lo que más llamó la atención de Jane fue la adusta palidez de su rostro. Tenía aspecto de haber recibido una terrible impresión.

—Sal de ahí, Barney —le dijo Merriman—. Ese techo no es seguro.

—Ahora salgo. Pero Gumerry, por favor, ¿no podría entrar Simon un minutito? Es importante.

Merriman miró al capitán Toms y a Will y después volvió a fijar la vista en

Barney. La cara arrugada del profesor traslucía una gran tensión.

—De acuerdo. Sólo un momento.

Simon pasó junto a su tío abuelo camino de la puerta.

—¿Te importaría que te acompañara? —le preguntó tímidamente Will desde detrás.

Jane dibujó una mueca, a la espera del inevitable desaire. Pero Simon se limitó a contestar:

—Bien. Vamos.

Los dos niños se escurrieron detrás de Barney. Simon se arañó el brazo con el borde astillado de la puerta; el hueco era más estrecho de lo que parecía. Se enderezó y esperó tosiendo a que Will entrara en el granero. El suelo estaba cubierto por una gruesa capa de polvo y al principio les costó ver con claridad en la penumbra resultante de las ventanas sucias y cubiertas de maleza.

Simon, sin dejar de parpadear, entrevió a su hermano haciéndole señas.

—Por aquí —dijo Barney—. Mira.

Simon siguió a su hermano hasta un rincón del granero libre de las pilas de maderas y troncos que cubrían gran parte del suelo.

Se paró en seco.

Ante él, en un rincón medio oculto por las sombras del techo, vio un carromato gitano de forma y diseño idénticos al que tenía el pintor de la Oscuridad. Allí estaban los laterales altos e inclinados hacia fuera, los encajes de madera labrada bajo el alero del tejado saliente de madera. Allí estaban, en el extremo más alejado, los ejes para el caballo y la puerta partida en dos como las de los establos, a la que se llegaba por una escalera de madera de seis peldaños. Al final, había estado de pie sobre aquel peldaño superior...

Pero, claro, no podía ser el mismo carromato. Este no estaba limpio ni recién pintado. Los laterales de este estaban gastados y sucios y sólo quedaban restos de la antigua pintura, desconchándose. Este tenía un eje roto y la mitad superior de la puerta colgaba de media bisagra. Estaba viejo y abollado, olvidado, abandonado; el cristal de las ventanas se había roto hacía tiempo. No se había movido de aquel lugar desde que el techo del granero había empezado a combarse muchos años atrás, porque los tablones del tejado estaban pudriéndose apoyados sobre la cubierta del carromato.

Era una reliquia, una antigualla. Simon lo miró fijamente. Era como si acabara de conocer al tatarabuelo de un buen amigo y descubriera que el anciano tenía exactamente la misma cara que el chico pero enormemente envejecida, casi hasta lo imposible.

Abrió la boca y miró a Barney, pero no supo qué decir.

—Debe de llevar aquí años y años —dijo Barney con voz plana—. Desde mucho



antes de que naciéramos.

—¿Recordáis bien el interior del carromato? —preguntó Will.

Simon y Barney pegaron un brinco al oír la voz de Will; se habían olvidado de él. Se volvieron a mirarlo. Will estaba de pie junto a la puerta del granero, semioculto en las sombras, de modo que sólo veían su cara amistosa, parpadeando a causa de la luz.

—Bastante bien —respondió Barney.

—¿Y tú, Simon? —dijo Will, y sin darle tiempo a contestar añadió—: Barney ni siquiera recuerda haber visto el grial. Pero tú lo recordabas todo: estaba en la caja desde el principio.

—Sí —contestó Simon. Con un vago desinterés se dio cuenta de que por primera vez estaba escuchando a Will como si fuera mayor, sin resentimientos ni enfados.

Will no dijo nada más. Cruzó por delante de los hermanos Drew hasta la escalera trasera del viejo carromato, apartando con los pies la porquería y los escombros que abarrotaban el lugar. Subió los peldaños. Agarró la mitad superior de la puerta, que se le cayó entre las manos al tiempo que la bisagra resbalaba hasta el suelo. Luego tiró con fuerza de la mitad inferior, que cedió de mala gana en dirección a Will con el lento chirrido que daría una verja vieja.

—Barney —dijo—, ¿te importaría entrar?

—Claro que no —contestó Barney en tono osado, pero en realidad se acercó al carromato despacio y a regañadientes. Simon no dijo nada para animarlo. Estaba ocupado observando a Will, cuya voz, como en otra ocasión anterior, traslucían una decisión y una seguridad que le despertaba inexplicables reminiscencias.

—Simon —dijo Will—, ¿qué dijo el pintor, palabra por palabra, la primera vez que le indicó a Barney dónde encontrar el grial?

Simon entrecerró los ojos y se concentró con todas sus fuerzas, tratando de que su mente retrocediera en el tiempo para recordar el pasado.

—Estábamos los dos con un pie dentro del carromato —dijo—. Como un sonámbulo subió los desvencijados escalones con la mano apoyada en el hombro de Barney, empujándolo suavemente al entrar, y con Will a sus espaldas. Entraron en el pequeño habitáculo que conformaba el interior del carromato.

»Y como Barney había dicho que tenía sed, el hombre le dijo: “En el armario que tienes a tus pies, a la derecha, encontrarás algunas latas de naranjada... Saca también la caja de cartón que hay dentro”.

Barney se dio la vuelta y miró inquieto a Will, y aquel Will que no acababa de ser Will lo animó con una sonrisa radiante, como si después de todo no fuera más que el chico amable y con aspecto tontín que habían conocido al principio de aquellas extrañas vacaciones. Así que Barney miró a sus pies y descubrió un armario bajo sin picaporte y los escombros de años y años amontonados contra su puerta. Se arrodilló, apartó la porquería y escarbó con las uñas en busca de algún resquicio que le

permitiera hacer palanca y abrir la puertecita del armario. Cuando por fin lo consiguió, palpó en el interior del armario y sacó una caja de cartón apestosa, húmeda y abollada.

La dejó en el suelo. Los tres la contemplaron en silencio. Desde fuera del granero les llegó la voz lejana y nerviosa de Jane preguntándoles si se encontraban bien y pidiéndoles que salieran.

—Ábrela —dijo Will en voz baja.

Despacio, vacilando, Barney asió la tapa de la caja. El cartón viejo y podrido se le deshizo entre los dedos y se le iluminaron los ojos con un resplandor dorado que cubrió los restos decrepitos y maltrechos de lo que en otros tiempos había sido un carromato. El grial.

## Capítulo 13

En el suelo del patio, delante de la casa, había un bloque enorme de granito. Se trataba de una vieja rueda de molino, desgastada y bordeada de hierba. Colocaron el grial encima de aquel bloque gris y lleno de motitas brillantes y se dispusieron alrededor mientras Merriman se sacaba del bolsillo el pequeño y abollado cilindro que contenía el manuscrito. Sacó el rollo de pergamino, cuyos bordes ya empezaban a agrietarse y desmenuzarse, lo desplegó y lo colocó sobre la superficie desigual de la piedra.

—Esta es la segunda ocasión que tenemos para mirarlo —dijo.

Los niños recogieron piedras de la hierba y las pusieron con cuidado sobre los bordes del pergamino para mantenerlo liso. Luego se apartaron instintivamente a un lado para que Merriman y el capitán Toms pudieran examinar el grial y el manuscrito.

De pronto Barney, que estaba al lado de Merriman, se dio cuenta de que Will estaba detrás de él, completamente inmóvil. Se apartó a un lado rápidamente.

—Pasa aquí —dijo—. Vamos.

El grial dorado resplandecía bajo el sol. Los grabados de sus lados estaban limpios y se veían con claridad, pero el oro pulimentado del interior, tal como había dicho Simon, estaba ennegrecido. Will contempló los delicados grabados por primera vez en su vida y vio los paneles que representaban con nitidez escenas de hombres corriendo, luchando y agachándose detrás de sus parapetos: hombres vestidos con túnicas y con extraños yelmos que blandían espadas y escudos.

Los grabados despertaron en él recuerdos de cosas que había olvidado que estaban en su mente. Miró más de cerca las palabras y las letras intercaladas entre las figuras y el último panel del grial, que estaba todo lleno de palabras en el mismo lenguaje cifrado que ningún académico había sido capaz de comprender.

Al igual que los otros dos Antiguos, empezó a comparar los signos del viejo manuscrito con los signos del grial y poco a poco la relación se fue volviendo más clara.

Will sintió que se le aceleraba la respiración a medida que el significado de la inscripción tomaba forma en su mente.

Merriman miró el manuscrito. Lentamente y en tono muy grave, como si estuviera recitando una lección, empezó a decir:

*En el día de los muertos, cuando el año también muere,  
Deben los más jóvenes abrirse camino por las colinas antiguas,  
Por la puerta de las aves donde la brisa irrumpe.  
Allí el fuego huirá del muchachocuervo,  
Y de los ojos de plata que ven el viento,*

*Y la luz obtendrá el arpa de oro.*

Se detuvo con el rostro crispado por culpa de la concentración.

—No es fácil —se dijo a sí mismo—. Cuesta seguir los signos.

El capitán Toms se apoyó en su pesado bastón y observó otro panel del grial. Se puso a recitar con voz suave. Su acento arrullaba las palabras:

*Junto al hermoso lago yacen los Durmientes,  
En el Camino de Cadfan donde gritan los cernícalos;  
Y aunque las siniestras sombras del Rey Gris se ciernen,  
A pesar de todo el arpa dorada dirigirá la canción  
Que romperá su sueño y los hará cabalgar.*

Will se arrodilló junto al bloque de granito y volvió a prestar atención al grial.

*Cuando la luz regrese de la tierra perdida,  
Seis Durmientes cabalgarán y seis Señales arderán,  
Y cuando el árbol del estío sea más alto que ningún otro  
La Oscuridad será derrotada por la espada de Pendragon.*

Merriman se puso de pie.

—Y el último verso de todos será el conjuro —dijo, mirando fijamente a Will. Aquella mirada profunda de ojos negros se clavó en su mente—. Recordad: *Y maent yr mynyddoedd yn canu, ac y mae'r arglwyddes yn dod*. «Las montañas cantan y la Dama aparece». Recordad.

Se inclinó sobre el bloque de granito, quitó las piedras que hacían peso, enrolló el diminuto manuscrito y se lo guardó en una mano.

Luego miró a Will y al capitán Toms como si los Drew no existieran.

—¿Lo tenéis todo? —dijo.

—Sí —dijo Will.

—Está bien memorizado —dijo el capitán Toms.

Con gesto brusco, Merriman apretó el puño y el diminuto rollo de pergamino acartonado y de bordes rotos se deshizo al instante en fragmentos minúsculos como granitos de arena y livianos como el polvo. Luego extendió el brazo y abrió los largos dedos para esparcir en todas direcciones una lluvia de polvillo del pergamino, que así desaparecía para siempre.

Los niños dejaron escapar un chillido.

—¡Gumerry! —le dijo Jane, consternada—. ¡Lo has estropeado todo!

—No —dijo Merriman.

—Pero no se entiende lo que dice el grial. Nadie puede entenderlo sin el pergamino. —La cara de Simon estaba crispada de perplejidad—. ¡Vuelve a ser un misterio igual que al principio!

—No para nosotros —dijo el capitán Toms. Se sentó con cuidado en el bloque de granito, cogió el grial y lo hizo girar en sus dedos de modo que la luz del sol arrancó destellos de sus lados labrados—. Ahora sabemos lo que dice el mensaje oculto del grial. Esa información orientará los próximos doce meses de nuestras vidas y muy pronto nos ayudará a salvar para siempre a los hombres de un terror enorme. Y ahora que lo hemos memorizado, nunca lo olvidaremos.

—Yo ya lo he olvidado —se lamentó Barney—. Todo salvo un trozo sobre un arpa de oro y un rey gris. ¿Cómo va a haber un rey gris?

—Claro que ya lo habéis olvidado —dijo el capitán Toms—. Esa era la intención. Y ni siquiera nos hace falta un conjuro para olvidarlo, tal como hizo nuestro amigo de la Oscuridad. Confiamos en la mortalidad de vuestra memoria.

—Y ya no hay que preocuparse porque nadie más pueda recordarlo —dijo Simon, empezando a entenderlo—, porque nadie más lo va a ver ni oír.

—Es una pena —dijo Jane con tristeza— que el secreto de la pobre Brujaverde se destruya de esa forma.

—Ha cumplido su propósito —dijo Merriman. Su voz grave se elevó un poco y adoptó un tono ligeramente ceremonioso—. Un propósito muy elevado para el cual fue creado hace mucho tiempo. Nos ha hecho avanzar un poco más por el camino que lleva a evitar que triunfe la Oscuridad. Y eso es lo más importante.

—El último verso que has leído en el grial y el manuscrito —dijo Barney—, ¿en qué idioma estaba?

—En gales —respondió Merriman.

—¿La última parte de la búsqueda tiene lugar en Gales?

—Sí.

—¿Y nosotros tomaremos parte en ella?

—Esperad y veréis —dijo Merriman.

Estaban tumbados en la playa en actitud perezosa, recobrándose de un picnic copioso. Simon y Barney se pasaban una pelota sin molestarse en ponerse de pie. Bill Stanton miró a los niños y al bate de cricket que había junto a ellos con optimismo nostálgico.

—Espera y verás —le dijo a su mujer, que se estaba bronceando—. Te enseñaremos cómo se juega exactamente dentro de un rato.

—Estupendo —dijo Fran Stanton en tono soñoliento. Jane estaba tumbada de espaldas y contemplaba el cielo azul con los ojos entrecerrados. Se apoyó sobre los codos y miró el mar. La arena estaba muy caliente. Hacía un día hermoso, soleado y sin viento. Para ser Cornualles era un día excepcional.

—Me voy a dar un paseo —dijo a nadie en particular. Y se marchó por la arena, atravesando la playa alargada y dorada, en dirección a las rocas que brillaban por efecto de las algas que la bajamar había dejado a los pies de Kemare Head. La punta de cabo se alzaba ante ella. Una pendiente cubierta de hierba daba paso a un acantilado escarpado y gris. Y en la cima, los riscos se recortaban contra el cielo formando una verdadera muralla.

Jane tenía la cabeza llena de recuerdos. Empezó a caminar sobre las rocas, dejando escapar pequeñas muecas de dolor cada vez que se le clavaban en los pies, que todavía no estaban curtidos por el verano. Era allí mismo donde el año pasado ella, Barney y Simon habían llegado al clímax de su aventura: el rescate del grial que había pasado cientos de años en una caverna, cuya entrada estaba totalmente cubierta por las aguas salvo en los momentos de marea más baja. Era allí donde habían empezado a huir de la Obscuridad que los perseguía, llevando consigo el grial y el pequeño estuche de plomo que habían encontrado en su interior. Y era allí mismo, recordó mientras llegaba al extremo de la formación rocosa, con la espuma blanca de las olas rompiendo a sus pies, donde el pequeño estuche de plomo se había caído al mar por culpa de la agitación con que habían salvado el grial y se había hundido en sus profundidades.

Y la Brujaverde lo había encontrado allí y lo había convertido en un precioso secreto.

Jane miró el agua verde y profunda que se extendía más allá de los rompientes.

—Adiós, Brujaverde —dijo con suavidad.

Se desabrochó una pequeña pulsera plateada que llevaba en la muñeca, la sopesó en la mano y levantó el brazo para arrojarla al mar.

—No lo hagas —dijo con amabilidad una voz detrás de ella.

Jane se sobresaltó y estuvo a punto de perder el equilibrio. Se dio media vuelta y vio a Will Stanton.

—¡Oh! —dijo—. Me has dado un buen susto.

—Lo siento —dijo Will. Avanzó haciendo equilibrios hasta llegar junto a Jane. Sus pies descalzos se veían muy blancos sobre las algas oscuras que cubrían las rocas.

Jane miró el rostro redondo y amable de Will y luego observó la pulsera que tenía en la mano.

—Ya sé que parece una tontería —admitió a regañadientes—, pero quería darle a la Brujaverde otro secreto para que lo guardara. Para reemplazar el que nos llevamos. En mi sueño —hizo una pausa, ligeramente avergonzada, pero luego continuó animosamente—, en mi sueño le dije que le daría otro secreto y la Brujaverde contestó con su voz atronadora que era demasiado tarde. Luego desapareció. Jane se quedó callada, mirando el mar.

—Solamente te he dicho que no lo hagas —dijo Will—, porque no creo que tu pulsera sirva para eso. Es de plata, ¿verdad? Eso quiere decir que el agua salada la dejará toda negra y sucia.

—Oh —dijo Jane, con tristeza.

Will movió los pies sobre la roca mojada y rebuscó en su bolsillo. Observó brevemente a Jane y luego miró a lo lejos. —Yo ya sabía que querías darle algo a la Brujaverde. Pensé que a lo mejor esto te servía.

Jane lo miró. En la palma de la mano extendida de Will había el mismo estuche de plomo con manchitas verdes donde había estado el manuscrito, el primer secreto de la Brujaverde. Will le quitó la tapa y dejó caer un pequeño objeto en la mano de la niña.

Jane vio una tira de metal dorado y brillante, con una palabras minúsculas minuciosamente labradas.

—Parece oro —dijo ella.

—Lo es —dijo Will—. Tiene pocos quilates pero es oro. Dura para siempre, aunque esté allí en el fondo.

Jane leyó la inscripción: «Poder de la bruja verde, perdida en el fondo del mar».

—Es un verso de un poema —dijo Will.

—¿De verdad? Es perfecto. —Jane pasó un dedo por la superficie brillante de oro—. ¿De dónde lo has sacado?

—Lo he hecho yo.

—¿Lo has hecho tú? —Jane se volvió y lo miró con tanto asombro que Will no pudo evitar reírse.

—Mi padre es joyero. Me está enseñando a grabar. A veces lo ayudo en su taller, después de la escuela.

—Pero esto lo debiste de hacer antes de venir aquí, antes incluso de saber que íbamos a encontrarnos con la Brujaverde —dijo Jane en voz baja—. ¿Cómo supiste lo que tenías que hacer y lo que tenías que escribir?

—Supongo que tuve suerte —contestó Will, y su voz dejó entrever un matiz educado pero tajante que a Jane le recordó enseguida a Merriman: era aquel tono de voz que no permitía ser cuestionado.

—Ya.

Will colocó la pequeña banda dorada en el estuche y ajustó bien la tapa. Luego se lo dio a la niña.

—Aquí tienes tu secreto, Brujaverde —dijo Jane, y lo arrojó al mar. El estuche se perdió entre las olas. La espuma bañaba las rocas cubiertas de algas. La luz del sol hacía que las olas brillaran como cristales rotos—. Gracias, Will Stanton. —Hizo una pausa y lo miró—. No eres como todos nosotros, ¿verdad?

—No del todo —respondió Will.

—Espero que volvamos a vernos alguna vez.

—Estoy convencido de que así será.

El señor y la señora Penhallow salieron a despedirlos a la escalera de la casa cuando se marcharon. Merriman iba a llevar a los cuatro niños hasta el tren de Londres y los Stanton se iban a pasar el día a Truro. —¡Adiós!

—¡Que tengáis buen viaje! ¡Adiós!

Los coches se alejaron bordeando el muelle. Las gaviotas daban vueltas y chillaban en el cielo.

—A mí me parece que esta vez el profesor ha encontrado lo que buscaba —dijo el señor Penhallow, chupando su pipa con gesto pensativo.

—¿La copa dorada del año pasado? ¿La que robaron en Londres? Sí. Pero me da la impresión de que había algo más. —La señora Penhallow miró con expresión meditabunda el lugar por donde el coche había desaparecido al doblar un recodo.

—¿Algo más?

—No fue ningún accidente que viniera aquí por la Brujaverde. No lo había hecho nunca. Y también fue la primera vez en muchos años que el capitán Toms venía a casa por la Brujaverde. No sé, Walter. Creo que aquí pasa algo raro.

—Estás soñando —dijo el señor Penhallow indulgentemente.

—No, yo no. Pero la pequeña Jane sí que estaba soñando una noche. La misma noche en que todo el mundo estaba soñando, la noche en que todo el pueblo andaba revuelto. A la mañana siguiente se habló mucho. Se habló de cosas que es mejor olvidar. Y aquella mañana yo estaba al lado de los dormitorios, haciendo mis tareas, cuando de pronto la pequeña Jane se despertó. Dejó escapar un chillido, salió disparada de la habitación y se fue corriendo con sus hermanos.

—Pues entonces es que tuvo un sueño —dijo el señor Penhallow—. Por lo visto tuvo una pesadilla. ¿Y qué?

—No es su pesadilla lo que más recuerdo. —La señora Penhallow contempló la quietud de la bahía y las gaviotas en el cielo—. Es su habitación. La noche antes estaba limpia como los chorros del oro. Jane es una mocita muy ordenada. Pero aquella mañana toda la habitación estaba llena de ramitas y hojas. Hojas de espino y de serbal. Y todo estaba impregnado por el olor del mar.